

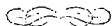
860-31(866)Moreno

M. 713

1912.

Manuel B. Moreno.

NAYA
O LA
CHAPTONA.



Leyenda tradicional.

Segunda edición.

Con licencia eclesiástica.

9711



1993

LOJA.
004348-E.
Imprenta del Clero.

1912.

Ho de erratas.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice:</i>	<i>Léase:</i>
17	14	ò	do
19	15	blanco	flanco
21	23	el	él
22	33	del	del
25	10	pirucos	picuros
id	11	ostenta	se ostenta
id	41	enfermedad	enferma
31	28	colocar	colectar
56	18	Nacosal	Nacasol
id	20	cabedera	cabecera
id	29	escrutadora	escrutadora
107	41	Macas	Macas y

Naya o la Chapetona.

LEYENDA TRADICIONAL.



Introducción.



acia el año de 1549, alzábase la ciudad de Zamora, entre el río de este nombre y el de Yacuambi.

Recostada suavemente en las faldas de la Cordillera del Pumacayo, extendía sus edificios de cal y piedra sobre las suaves ondulaciones de las últimas colinas, que se deprimen galantes hasta el gran río, como para servir de alfombra á esta sultana del Yaguazongo.

Vista la ciudad desde lejos, un dibujante la habría tomado por la piel desarrollada de un ciervo monstruo, que en la pasada noche sirvió de lecho á un considerable ejército; y contemplada por un poeta, la habría cantado como á un lago poblado de cisnes, colocado por los genios en el oasis de la floresta.

Los bosques seculares que orlan sus espaldas por todos los declives de la cordillera, la sirven como de un manto, ó remedan, movidos por el céfiro, la cabellera flotante de una actriz; sus brazos hundidos entre las hileras de árboles frutales que le cobijan con su sombra; sus pies bordados de huertos y jardines en los que se combinan primorosamente, á manera de fajas de terciopelo, el fondo verdegry de los canaverales, con el más oscuro de los limoneros y cafetales, y á lo lejos el cortinaje ceniciento de las selvas: todo esto, unido á la música eterna de los millones de aves parleras que pueblan los huertos, los bosques y los ríos, el murmullo de las cascadas que se arrojan espumosas contra los peñascos de los barrancos, el aspecto de ese horizonte inmenso, infinito, en cuyo oriente nace la aurora entre cintas de oro, perla y nácar, en cuyo indeciso confín se adivina el lecho majestuoso del Atlántico, recibiendo en su regazo el caudal de los innumerables tributarios del Marañon—todo esto decimos—hace del pavorama de Ya-

guaruzongo y de su capital Zamora, como un Edéu escondido bajo la línea ecuatorial, como un palacio caído del cielo, desde el cual los ángeles extasiados contemplaron, en la primera mañana de la creación, las maravillas de la Naturaleza, que brotaban á la palabra fecundante del Eterno.....

Los españoles habían acertado en edificar á Zamora en el paraje más ameno y al mismo tiempo más ventajoso para el comercio. El hermoso puerto de su río, poco distante de la ciudad y accesible á los denas tributarios del Marañón, era el punto de partida desde donde se deslizaban las piraguas y canoas cargadas de oro, pieles preciosas, resinas y maderas escogidas, aves y animales raros, para cambiarlos en Portugal y España con telas de algodón y seda, armas é instrumentos de labranza, y multitud de objetos de adorno, y útiles de casa y de campo.

Lejos, distante tan sólo 60 kilómetros del puerto de Zamora, se traxó relaciones mercantiles con la capital de Yaguazongo; y para cambiar sus quinas, sus famosos molinos y caballos, sus quesos y carnes exquisitas y todos los mejores productos de su industria, con el oro en polvo que entonces era la moneda corriente en las colonias, ensanchó é hizo más cómodo el camino que unía á las dos capitales.

Sevilla del Oro, famoso por sus lavaderos y sus minas, Huambaya, hija predilecta del Singay, Legroño que baña sus pies en el Morona y conduce por el Parte hasta Yaguazongo sus piraguas, cargadas de rímezaz, todos esos pueblos que componian el gobierno de Macas, émulos de Zamora, se esforzaban en superar su industria y su comercio; y por medio de sus ríos navegables se rozaban sin cesar, manteniéndolo y cultivándolo, por lo mismo, relaciones íntimas y mutuas.

La ambición y la codicia, el monopolio y el fraude, comenzaban también á enseñorearse de las nuevas poblaciones; y la suerte de los indios, compelidos á explotar las minas y cultivar los campos de sus señores, se hacia cada día más abrumadora é insuportable.

Sin embargo, el celo evangélico de los apóstolos de Cristo que habían arribado á Zamora, con el fin de plantar la cruz sobre las ruinas de la idolatría, contribuyó, en gran parte, á suavizar el trato que los europeos daban á los indígenas, y, mediante la instrucción religiosa que les prodigaban, la superstición principiaba á desaparecer, se dulcificaban las costumbres, y el culto de un Dios Redentor, sacrificado por el hombre, y el de su Madre Inmaculada, compañera y protectora y Madre también de los desgra-

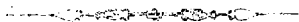
ciados, era alcazudo con amor por las diversas tribus que horningueaban en esta privilegiada región.

¡Cuántas veces el lábaro de la redención ó la imagen sagrada de María, depositada en el hueco de los troncos ó en las cuevas de las rocas, cerca de los embarcaderos, á la entrada de las minas ó frente de las cabañas, eran saludados con ternura por el salvaje zamoreño como la estrella amiga de sus viajes, ó el ángel tutelar de sus fuercas, de sus hogares y de sus campos!.....

Merced á los apóstoles de la buena nueva, las diseminadas tribus aborígenes se habian reunido en familias, viviendo confederadas á lo largo de los numerosos afluentes del Zamora, y todas sujetas á un Jefe común que las mantenía en la obediencia de la corona de España, en fuerza de un pacto con las autoridades de Yaguarzongo.

Quiroá era el jefe general de los yaguarzongos y capitán especial de la tribu de los Payaná.

Digámos algo de esta tribu, y entremos en materia.



L



Quando Gonzalo Pizarro, Gobernador de Quito, ordenó, en 1541, la conquista de la provincia de Pacamores, tocóle al capitán es;añol Pedro Vergara, el honor de llevarla á cabo, y se internó hasta Cunabimamá, su capital, aguijoneado por el deseo de saquear sus muchos riquezas en oro y plata; pero su ambición quedó burlada por la heroica resistencia de los cunabimamés que rechazaron á Vergara y á sus valientes, hasta ponerlos en vergonzosa derrota.

El valor y pericia militar de los pacamores, sorprendió á los conquistadores castellanos, acostumbrados á arribar millares de enemigos al primer golpe de su fusilería; y para precaverse de mayores desastres, se informaron de las costumbres y hábitos militares de tan terribles enemigos, valiéndose de un prisionero que llevaban consigo.

Por él llegaron á saber que los pacamores vivían en poblaciones bien organizadas y dependientes de un Príncipe que entonces vivía en la capital, llamado Payaná. Este príncipe era descendiente de aquellos intrépidos guerreros que derrotaron en varios combates á Huanacápac, aquel Napoleón peruano; cuando, ávido de con-

quistas y de gloria, quiso avasallarlos, imponiéndoles su yugo; hasta que, convencidos de su impotencia, hubo de abandonar su atrevida empresa, porque los pacamores, hábiles en el manejo de las armas, le dieron una lección severa, haciéndole comprender su disciplina y superioridad militar.

Flavio Páez, Lugarteniente de Vergara, llegó también á descubrir que Payaná había traído consigo una joven prisionera de singular belleza, después de un combate sangriento, librado con los moradores de allende el Chimchipe; y que aquella joven, que frisaba en los catorce años, lloraba inconsolable la trágica muerte de sus padres y se resistía indignada á las caricias de su nuevo amo.

Con estos antecedentes, los españoles combinaron cautelosamente su plan de ataque; y ansiosos de botín y de aventuras, arremetieron de nuevo á los pacamores logrando esta vez alguna ventaja; pero reaccionados éstos muy pronto de su primer descalabro, se lanzaron furiosos contra Vergara y su gente, desalojándolos por completo de las posiciones ocupadas.

Un año pasaron los españoles en estas escaramuzas, sin conseguir más resultado que la pérdida casi total de sus soldados y la triste convicción de su impotencia, para conquistar esta región del Reino de Quito.

Resuelto Vergara á llevar á cima su peligrosa expedición, se regresó á San Miguel de Piura para allegar gente, municiones y arteos militares, mientras daba noticia á Gonzalo Pizarro, para que le auxiliase desde Quito. Dejó en su lugar á Flavio Páez á fin de que cuidara de la colonia que había establecido sobre la ribera occidental del río Vergel, á tiempo que el capitán D. Juan Salinas salía de Quito conduciendo noventa familias y un considerable refuerzo de tropas para ayudar á Vergara.

Mientras los dos capitanes se reunían con su ejército, á fin de marchar sobre Chimbinamá, el Teniente Páez se dio á una serie de aventuras que revelaban su carácter ardiente y belicoso. De talento nada común, dotado de una imaginación creadora y de modales finos y aristocráticos, hijos de una alma noble y de un corazón bien formado; la cuna de Flavio Páez se había mecido en Valencia, entre los cariños paternales y la estimación general. Habiendo perdido á sus padres á la temprana edad de veinte años, reconcentró todos sus afectos en una joven huérfana, confiada para su educación á sus parientes, con la que había resuelto compartir bien pronto el resto de sus días. Pero la muerte vino también

inexorable à matar sus ilusiones y enterrar su amor en una tumba.....

Abromado por sus recuerdos, con el alma enferma y lacerada, se lanzó à los mares para buscar en extrangeras playas algùn lenitivo à sus dolores. Entregándose à los peligros y azarés de la guerra, se había abierto en América un camino sembrado de laureles, y cèlebre ya en los tres años que llevaba de combates, su ambición de gloria era el pretexto con que ocultaba su desprecio por la vida, demasiado pesada para su corazón joven, muerto en flor à las esperanzas de la tierra.

Sin embargo, la narración del prisionero de guerra acerca de los infortunios de esa joven de catorce años, tan parecidos à los suyos, hizo vibrar por un instante las cuerdas amortiguadas de su ex-ausita sensibilidad, é interesándose por la esclava dijo un día al prisionero:

—¿Quisieras conseguir tu libertad?

—¿Yó, mi amo?—contestó medio dudo-o el prisionero y abriendo desmesuradamente sus ojos—daría hasta un brazo por volver al lado de Kaira, la joven esposa de mis amores. —¡Oh! si tú la conocieras, continuó el salvaje con creciente animación.....cómo eclipsa à la divina Chasca (1) con la lumbre de sus ojos..... Entonces tuvieras compasión de mí.....

—¿Luego tú la amas demasiado? —dijo Flavio.

—Con toda mi alma, respondió Yao, (pues éste era su nombre.)

—Entonces júrame por ella, que cumplirás una condición, por cierto bien sencilla, en cambio de tu libertad.

—Las que tú quieras: yo serè tu esclavo, junto con mi esposa, mi madre y mi familia.

Es de advertir que Yao, fascinado por el trato franco y generoso del Teniente, había concebido por él y por los suyos una afección sincera y decidida; y si le hubiera sido posible llevar consigo à su padre y à su esposa, su actual esclavitud habría cambiado para él en verdadera dicha.

Digamos también, en gracia de la verdad, que los españoles se portaron con los pacamores con decoro y hasta con cierta delicadeza, impresionados talvez por su régimen administrativo regularmente organizado, y mas que todo por su disciplina militar. Así que, ni un acto de crueldad hubo que lamentar en esta expedición, como

(1). El planeta Venus.

los muchos con que se señalaron las demás.

Reconocido, pues, Yao por el beneficio de la vida que le concedía el Teniente — él, que sabía que un prisionero de guerra, era un sentenciado á muerte — le significó que jamás haría armas contra los blancos y que por el contrario, aparentando una fuga del campo español, volvería á Cambiriqui para conducir alguna noche á su esposa y á su padre, con el fin de ser en adelante sus esclavos.

Estaba Páez encantado con la proposición ambiciosa de su interlocutor; y haciéndole entender que si volvía al campo español, como él aseguraba, sería recibido no como esclavo sino como hermano y compañero de armas sólo exigió que al día siguiente le mostrase el sitio por donde el serrallo de Payani y que se informase por medio de su esposa, si la joven prisionera consentía en ser excusada por un militar español, que la mentaba sus desgracias.

Luego convinieron de común acuerdo en que Yao arrojase una sueta, en un sitio consabido, con plumas negras si la joven rechazase la proposición, y con amarillas si la aceptaba. Y en este último caso, Yao estaría en acecho durante la noche de aquel mismo día.

Yao se despidió contentísimo de los españoles, y para garantizar al Teniente de la verdad y firmeza de sus ofrecimientos, "yo te juro — dijo — arrojándose un c Páez, por tu hermosa Ráira que hoy me la devuelve, que tus palabras serán sagradas para el agradecido Yao, y que mi alianza contigo y con los tuyos será eterna."

Dijo, y desapareció como el gamo entre los matorrales.

II



A noche, — esa compañera de las almas sensibles, que recoge entre los pliegues de su manto los misterios más recónditos de la vida, que dilata la imaginación de los poetas, de los amantes, de los corazones doloridos, que consolaba el pensamiento y guarda como en una enciclopedia las impresiones, los suspiros, las esperanzas é ilusiones de la vigilia — la noche, decimos, había extendido sus cortinas de sombras sobre el campamento español y sorprendido fuera de él á Flavio Páez, inclinado de colos sobre el tronco

derribado de un corpulento Alpitira. (1)

Era la hora en que los cochles, con sus graznidos y aleteos, buscaban el nido protector que los defendiera de la noche por entre el tupido follaje de los godayas y liquidámbares (2) que bordean las riberas del Vergel; pero el Teniente, absorto en sus recuerdos, miraba vagamente en dirección á Cumbinamá, sin cuidarse de ese cielo cuajado de diamantes, desplegado sobre su cabeza, ni del murmullo de las ondas del Vergel, confundido con los ruidos de las lejanas selvas.

El proyecto que había tomado á pecho, preocupaba sumamente á Páez; pues quería llevarlo á cima, sin costo de vidas ni de sangre; y los pormenores que había oído sobre aquella joven prisionera, se habían agarrado de su pecho con un tenaz jorjía, que una imágen indecisa, y hasta cierto punto real y arrastradora, se levantaba en el fondo de su mente, dibujando los perfiles y las formas de la desconocida, como una exhalación, causada por las evocaciones de una hechicera...

De repente se levantó impresionado por un chasquido semejante al de una flecha al romper el aire: era una de esas aves nocturnas que ayudan en los abrevaderos, para chupar la sangre de los cuadrúpedos que pernoctan en las majadas y otros. Retiróse, pues, á su tienda de campaña, pidió á su ordenanza una vihuela y, con voz dulce y melancólica, entonó la siguiente canción, por él compuesta en sus ratos de ocio:

¿Qué me importa marchar al combate,
y oponer á las balas el pecho,
si en el mundo no tengo derecho
á que alguno se acuerde de mí?

Yo no tengo ni madre, ni hermanos
que pudieran llorarme en la vida,
ni una esposa, que amante, afligida,
me llamara, al sentir su orfandad.

Un desierto erizado de espigas,
es la alfombra que lucellan mis pies,.....

¡Soledad infinita! : á su vez
devorándome va el corazón!.....



El tambor redoblando, soldados,
ya nos llama á morir ó vencer,

[1] Arbol que da goma. (2) Arboles de Mainas.

y el clarín repitiendo: á tener
nuestro puesto en el campo de honor.

Calló el Teniente, y desde su hamaca de janchama (1), escuchaba el soñoliento canto marcial de sus soldados, canto que le trajo á la memoria las vicisitudes de las campañas y los desastres de la guerra. Sin podersele explicar, sintió un estremecimiento á la idea de una muerte próxima — él, que había despreciado la vida tantas veces en los mayores furoros del combate — tenía miedo de un desenlace fatal en la jornada que pensaba realizar. No caía en cuenta de que el corazón del hombre nunca muere, y por más que nos engañe, aparentando debilidad ó indiferencia por los encautos de la tierra, derepente late con violencia, llama con todas sus fuerzas á las puertas de la vida; y el vacío en que se reflejaba, solitario é inerte, se colma de improviso, se agita como un caos, y de sus energías brota una nueva creación que todo lo ilumina con su luz, que todo lo enciende con su fuego y surgen nuevas esperanzas, nuevas ilusiones, nuevas realidades en la existencia humana, las que cambian su derrotero en su paso por el planeta.....

Tal le acontecía al Teniente Pá z, subyugado por la historia de la bella desconocida. Procuró dormir e y cerró los ojos, combinando de antemano un plan de batalla que impidiese á las sueltas enemigas robarle la vida de ninguno de sus soldados.

El sonido de las dianas, mezclado al canto de los pararotes y colorines, (2) el aleteo de los palomas y gulleretas (3), despertó al Teniente, y trayéndole á la memoria la acción de aquel día, lo puso de pie inmediatamente, á fin de ordenar los preparativos.

Mientras saboreaba el *mate*, preparado con guayusa y yerba del Paraguay, daba sus disposiciones, entre las que sobresalía, por su originalidad, la de preparar pelotas ó soldados de paja con los uniformes de los muertos y ausentes, á fin de simular un ejército de línea a lo largo del Vergel.

— Qué?... mi capitán — ¿vamos á cazar gualines? le preguntó su ayudante, con una estrechísima carcajada.

— No — mi querido — flechas, y tal vez envenenadas — le contestó el Teniente.

— ¿O á par-diar un domingo de Resurrección? — aca-

(1) Arbol de Moínas que da dos tejidos. [2] Gorriones y Jigueros.
[3] Entre pato y cuervo.

dió el tambor.

—Yo tengo guardados tres quepis, con plumas de chiricles, (1) para hacer tres cabos Pedros, —dijo el clarín— mirando maliciosamente con el rabo del ojo al cabo furriel que, tendido sobre el césped, echaba bocanadas de humo de su respetable pipa, colmada de nicotiana. (2)

—Y yo también haré de tu chupón una famosa morcilla, ensartándote de cabeza como tosinio adobado, —le contestó gangosamente.

La hilaridad de los soldados ya no conoció límites, y hasta los muchachos del campamento, apropiándose de la ejecución del proyecto, principiaron á reclutar pantalones y casacas por docenas, extendiendo su pesquisa á las enaguas y faldellines femeninos, mientras otros amontonaban paja, barba de higuérón y algodón de ceibo y de vimba.

—Ajaáá— ¿también nosotras entramos en fandango?— gritaron las mujeres cuando vieron la profanación de sus prendas.

—Justamente, — contestó un sargento, cara de hueso, en cuya boca contraída, cualquiera sonrisa hubiera parecido un anacronismo. Los nuevos paladines deben llevar reliquias para pelear con los jíbaros.

—O para que no les acometa la fiebre —añadió otro... El buen humor de los soldados caminaba viento en popa.

Inter tanto un muchacho, saliendo de una tienda con un mamarracho á cuestas, gritó, echándolo en medio de la concurrencia;

— Viva el Cabo Chancharretas.

Una explosión de hurras, vivas y aclamaciones atronó el campamento, y fue como una corriente eléctrica para que los demás muchachos, por no quedarse en menos, improvisasen cada uno su soldado, bautizándolo respectivamente, al consignarlo en la exposici^on:

— El Sr. Alférez Furrungo.

— El Sr. Capitán Chuvico.

— El Sargento Papurreta.

— El Cabo Mandingo.

— El Subteniente Candangas.....

No hubo bicho en el ejército que careciese de su puesto de honor en el famoso sainete representado á orillas del Vergel.

Las alusiones indirectas y chanzouetas, iban tomando proporciones colosales, almibaradas con el jarabe de pico

(1) Papagayos del Marañón. (2) El saire ó tabaco silvestre.

de las mujeres, tan felices y fecundas en esta clase de materias, hasta que Páez, temeroso de haber provocado consecuencias desagradables, dando mucha cuerla al buen humor, hizo tocar en el acto á formación general, la que restableció el silencio y la disciplina entre su gente.

Inmediatamente se dirigió Páez con toda la guarnición á colocar un puente de troncos de María [1] sobre el Vergel, á efecto de favorecer la retirada.

¡Cuál fué su sorpresa al encontrar clavada, en un enorme paloponta, [2] una flecha con plumas amarillas y entre ellas una madeja de sedosos cabellos color de azabache, que por su finura y longitud indicaban pertenecer á una mujer! Páez sintió que la sangre se le agolpaba en el pecho, y su corazón latió de una manera inusitada. Tenía ya la certeza del logro de sus deseos y un medio seguro de reconocer á su protegida.

La tarde se adelantaba, tiñendo de escarlata el horizonte, cuando un punto blanco en dirección de Cumbi-namá parecía moverse á lo largo de un barranco que moría en el río, ocultarse en seguida, volver á mostrarse más distinto y acercarse deslizándose por las laderas, casi en cuclillas.

—¿Será un espía?—dijo el jefe—al mismo tiempo que lo observaba con su antejo, y ordenó á su ayudante fuese á cortarle el paso de costado, tomándolo por el bosque un sendero extraviado.

Como á una hora regresó el ayudante gozoso de encontrar á Yao en lugar del espía imaginado. Burlado la vigilancia de los centinelas de la capital, Yao había venido á prometer el buen éxito de la empresa, toda vez que la mayor parte de los jefes indios, aprovechándose de la suspensión de hostilidades, habían evacuado la ciudad para dirigirse á las poblaciones circunvecinas, en busca de un considerable refuerzo de tropas.

El sol de los venados, bañando con dorados reflejos los últimos perfles de las montañas, se despedía de su naturaleza, yendo á dormirse en Occidente entre gases color de topacio.

Era una de esas noches magníficas, espléndidas, en que millones de estrellas rebrerverando sobre el tímido azul pálido del firmamento, se sustituyen á la claridad de la luna, y colijian con sus reflejos las sombras misteriosas de los bosques y la majestad agreste de su

[1] Palma la más elevada. [2] Arbol de corozo.

orientalismo salvaje... ..

Páez, á caballo con sus más íntimos amigos, se detuvo un momento para decir á media voz á sus soldados:

— Al llegar á la ciudad una descarga de la caballería al aire; en seguida toque de dianas; después la infantería, paso de vencedores, á retaguardia.

Y se precipitó en el río con sus compañeros, caballeros en alazanes oscuros.

El sendero que conducía á la ciudad por el occidente, estaba defendido por una especie de barricada en la que dormía ó más bien velaba un centinela.

Yao, que había hecho de las suyas, engañando á sus aychas á los pacamores, consiguió aun susurrar al centinela de la barricada aquella noche: indicó á Páez otra senda solitaria por donde podía entrar á la ciudad con sus infantes y jinetes y el sitio que ocupaba el serrallo de Payaná, asegurán lole adelantos que en la primera descarga de fusilería, caerían los cerrojos, por estar ya rotos, y que sería fácil reconocer á la joven prisionera por el penit [1] blanco que había conveaido en llevar aquella noche.

Todo se verificó cual lo habían deseado; mas, en el momento de la descarga y cuando ya la joven era arrebatada en brazos del ayudante para colocarla á la grupa de Páez, un guerrero indio, saliendo precipitadamente de entre las sombras, arrojó desesperado al ayudante, para disputarle el paso, blandiendo al mismo tiempo contra él su enorme lanza; pero un sablazo que Páez le asestó en el brazo le hizo retroceder espantado. Era Quirca, hijo de Payaná, que, á pesar de contar sólo diez y ocho años, pisaba como el más intrépido entre los valientes de la tribu; pues su invencible brazo sembraba la muerte en todas partes.

Aquella joven prisionera había robado su tranquilidad desde su llegada al palacio de su padre, y en el delirio de su pasión violenta y reconcentrada, se contentaba con rolear todas las noches el serrallo, confiando á sus muros todos los suspiros de su pecho, sus acentos de ternura, sus lágrimas de fuego.

Así, cuando entendió que le arrebataban su tesoro, como herido por la hoja de un puñal, se arrojó jadeante contra el causador de su desventura, y repuesto de la turbación que le causara el golpe de una espada, volvió á tomar su lanza, y como una furia, corrió tras el caballo del ayudante, creyendo iba allí su joven a-

[1] Manto de mujer.

dorada. Desde lejos acertó un golpe al animal, tirándole la lanza con tal fuerza, que lo traspasó por los costados. El jinete contestó con un tiro de pistola y dejando á su caballo en las convulsiones de la muerte, fue á ponerse á la grupa de sus compañeros, al escape. Un alarido sordo y desgarrador se escapó del pecho de Quiroá cuando no descubrió á la joven, y reuniendo á toda prisa á sus guerreros, voló tras los españoles hasta el río.

Pero era tarde, y aunque una lluvia de saetas y proyectiles caían á retaguardia, cual una tempestuosa granizada, ni un rasguño de su pellejo tuvieron que añadir á su hoja de servicios, los raptores de la nueva Helena.

Las sombras silenciosas de la media noche envolvían con su manto aquella escena cómico-dramática, alumbrada tan sólo por millares de luciérnagas y animada por el chirrido monótono de las cigarras de verano.

III



A buena estrella de los españoles permitió que al día siguiente, por la tarde, llegase al campamento el nuevo ejército de Vergara, considerablemente aumentado con el refuerzo que haba conducido el capitán Juan Salinas desde Quito, por orden de Gonzalo Pizarro.

Los capellanes de ambos cuerpos, quedaron agradablemente sorprendidos al encontrar en la colonia á Yaa, su esposa Raira y su padre, pero sobre todo á Tocoaya, la joven protegida por el Teniente Páez.

Catequizando á estos cuatro, se proponían valerse de ellos como intérpretes, para anunciar el Evangelio á los que fueren reduciendo en toda la provincia conquistada.

Improvísóse un Oratorio rústico, y al día siguiente los neófitos contemplaron enternecidos al Dios de los cristianos, que por vez primera visitaba aquella región, oculto en la blanca hostia, que reflejaba los primeros rayos de la aurora.

Un día el P. Anselmo llamó aparte á Flavio Páez, y con acento paternal le dijo:

—Yo sé que amas á Tocoaya; y la nobleza de tu raza, la educación cristiana que has recibido de tus malogrados padres y hasta el decoro de tu puesto militar, te prohíben mantener relaciones con esa joven, sin que te ligen los

lazos del matrimonio.

— Padre Anselmo, por la gloria de nuestra bandera, por esta espada, nunca manchada con la sangre de la inocencia, te juro que Tocoaya se halla tan pura como los rayos de ese sol sin nubes, como las ondas cristalinas de ese río que nos circunda.

— Entonces cástate con ella.— Por su belleza no es indigna de tu mano.

— Esa es mi ilusión y la única esperanza de mi vida. Cuando la arranqué á la esclavitud yo la dije en presencia de mis soldados: Eres ya libre; y si quieres regresar á tu patria y á tu hogar, mi brazo protector será el escudo de tu honor y mi mayor satisfacción ser la causa de tu felicidad.

— No tengo patria ni hogar— me contestó llorando.— Mis padres ya no existen. Soy una pobre arista expuesta al soplo del infortunio.....

— Pero eres dueña de tu suerte y puedes dirigir tus pasos, allá donde te creas dichosa.

— ¿Es decir que me arrojas de tu presencia?... Mi dicha se encuentra aquí..... y sinó moriré.....

Estas últimas palabras me hicieron estremecer, pues las pronunció en un arranque de indefinible amargura.

— ¿Y qué, la conservas en tu tienda?— interrumpió el misionero.

— Nó, padre; desde la noche aquella la confié al cariño de las matronas que siguen la suerte de sus hijos militares.— Pero escúchame un momento, padre Anselmo.

La voz de Flavio era dulce y apasionada, y callándose un instante como para tomar aliento, continuó: Comprendí que una esclavitud mas terrible que la primera, se había apoderado de su alma virginal: la de una pasión volcánica. ¿Cuándo y cómo me había conocido? Yo no lo sabía, sino cuando húbome explicado que en la última invasión á Cumbinamá, tan adversa á nuestras armas, me había alcanzado á ver, desde las almenas del serrallo, luchando á brazo partido con un joven guerrero que se había asido de mi espada; cabalmente el mismo joven que tantas veces la declaró su amor y cuyos suspiros ella rechazaba. ¿Cuál sería su asombro al persuadirse de que su libertador era el mismo cuya imagen se había grabado indeleblemente en su alma?.....

Rechazarla, pues, de mi presencia sería matar una alma lacerada, asida de la única ventura que espera en este mundo.....

¡Oh! cuando la dije que en nuestra Religión el amor

casto es bendecido por el Dios verdadero, al pie de sus altares; cuando comprendió que en vez de terminarse aquí en la tumba, se sublima y eterniza allá en el Cielo, un arrobamiento angélico, celestial, divino sonrosó todo su rostro, y de sus labios acariciados por una sonrisa infante, brotaron estas palabras: "yo te juro que amaré á tu Dios con toda el alma, si realizas lo que acabas de decir".....

Désde entonces prometí enjugar su llanto y sepultar el luto de mi corazón al pie del tálamo nupcial; y todos los días me ocupo en desplegar ante sus ojos admirados, el cuadro hermoso de nuestros misterios venerandos, y en hacerla saborear las dulzuras y consuelos que guarda en su seno la Religión de Jesucristo. En cambio, ella ameniza mis ratos de ocio, refiriéndome su vida y la historia peregrina de su patria.

—También yo te prometo — dijo el misionero — añadir algunas joyas más á la corona que has tejido para esa alma virginal, hermoscada ya con tu instrucción.

—¡Y entonces, en cuanto ella se bautice yo podré estrechar su frente con la diadema sagrada del himeneo!

—El Señor te bendiga y reciba también entre sus hijas á esa joven extranjera.

—Amén—contestó Páez — y se separaron.

IV

SEIS meses más tarde Cumbinamá, aunque en cenizas, se hallaba sometida al poder español, y la ciudad de Loyola, se alzaba á su lado, á las márgenes orientales del Vergel, merced á los esfuerzos de su fundador Juan Salinas.

Los pacamoros, después de heroicas hazañas de valor se encastillaron en su capital y reducidos, por el hambre y el incendio, á una resistencia inútil, tuvieron que rendirse á la astucia española, y se vieron obligados á celebrar tratados de amistad.

Payaná había ya sucumbido atravesado por las balas de Salinas, y cuando se revolcaba ensangrentado, entre las convulsiones de la agonía, nombró por sucesor á su hijo, encargándole trasladase su cadáver á Yaguarzongo, lejos del alcance de los blancos.

Quiroa hizo lo posible por impedir que su padre tomase el mando de las tropas; pues un presentimiento inexplicable le pronosticaba su pérdida inmediata.....

Quando su hijo le propuso que se retirase con su esposa al Chunchipe á esperar el desenlace de la guerra y

que él venguría la afrenta irrogada por los blancos con el rapto de Tocoia,

—Caiga mil veces mi cabeza—dijo irguiéndose como una leona enfurecida, —antes que mi brazo suelte la lanza con que castigaré la audacia ó insolencia de esos extranjeros.

—Y si las balas enemigas. Quiroa no se atrevió á concluir la frase.

—Moriré contento; pero mi cuello no se habrá inclinado á recibir la coyunda de la esclavitud.

Quiroa guardó silencio, porque veía en el ademán de su padre una resolución irrevocable.

—Oye, hijo mío—volvió á decirle—si lá suerte me es adversa en el combate y una muerte gloriosa me redime de los amargos dolores que devoro, tú serás la sombra bienhechora de tu madre y de tu tribu. Dejo un hijo que demuestra haber conquistado con sus proezas el nombre y el valor de Payaná. Si la derrota se cierne sobre nuestras frentes, habremos dado siquiera á esos advenedizos aventureros una lección sublime de nuestro amor á nuestra patria independencía. Nuestras huestes están diezmadas y hemos quedado reducidos á sólo esta capital. Pudiera ser que los blancos aun se adueñen de ella, nos arranquen el único asilo que nos queda, y su codicia, que yo he sorprendido en sus ojos, devaste nuestros campos y reduzca á escombros nuestros hogares. Conserva, pues, tu vida para que salves á tu madre, y huye de esta tierra maldecida á buscar hospitalidad en el país de nuestros aliados los Yaguarzongos. El Jefe de Cumbinamá sabrá mantener hasta el fin el honor de su tribu y la gloria de sus antepasados y no llevará el baldón de haber ido á esconder el miedo en la humillación de un escondrijo.

Quiroa no replicó, convencido de las razones de su padre; pero él también hastiado de la vida y con el corazón chorreando sangre, desde la ausencia de Tocoia, aparentaba una serenidad varonil que estaba muy lejos de sentir; y so pretexto de guardar la persona de su padre, luchaba á su lado haciendo prodigios de valor y desafiando impertérrito á la muerte que extendía sus alas sobre su cabeza.

Cuando el clarín de la victoria hizo flamear la bandera de España sobre la capital de Pacamores, la tribu de este nombre conducía los restos de su difunto Príncipe para hacerlos descansar en playas más hospitalarias, al oriente de Yacuambi.

Quiroa, su nuevo Jefe, bautizó á esta tribu con el

nombre de su malogrado padre; y célebre ya entre los Yaguarzongos por su fama militar, fué acogido con entusiasmo y elegido Jefe general de todos ellos.

Ocho años después, la ciudad de Zamora, como una Reina del Oriente, levantaba sus blancos edificios no muy distante del sitio que ocupaban los Payanás.

V



dos millas, más ó menos, de la orilla oriental del Yacuambi se dilata una inmensa sábana de verdura, rodeada de colinas coronadas de exuberante vegetación y bañada por un hermoso riachuelo de aguas transparentes, que retrata en sus cristales los árboles adornados de festones y lianas florecidas que, á manera de púrticos aéreos, bordan sus orillas. El río deja ver en sus remansos multitud de peces de colores plateados, de donde le viene el nombre de Chalau (1); y al desprenderse de uno de los pliegues de la cordillera, que le sirve de nacimiento, se precipita inquieto y bullicioso contra su lecho de rocas, para ir después en la llanura á dormirse manso y tranquilo en el Yarusé y con él á confundir sus aguas en el Yaya—mayu, llamado por los blancos el Zamora.

Quiroa escogió este sitio encantador para la residencia de su tribu. Colocó la *tola* de su padre sobre la cima de donde se descuelga el Chalau en espumosos borbotones, en los cuales el sol al nacer quiebra sus rayos y descompone su luz con los matices del iris, entre el follaje de los árboles y los ramilletes de flores de variados tintes, dando así al torrente el aspecto de un muestrario de piedras preciosas, embutido en marco de esmeralda.

El *Inlñagüi* (ojo del sol) quedó, pues, definitivamente cedido á los payanás por los jaguarzongos, conviniéndose éstos en fijar su habitación en las hoyadas y márgenes de los muchos ríos que llevan sus caudales al Zamora, desde el Suririza para abajo. Cada tribu escogió un río, apropiándose aún su nombre (2) y un Jefe doméstico la gobernaba como su Capitán y su Pontífice; mas en los

[1] Adulteración de challuua, pez en quichua.

(2) Tribus de Yaguarzongo.	{	Bombosicuros,	Tabumbuas,	Irambises,
		Chictuzaes,	Urimangas,	Iranasus,
		Numbissas,	Yurmes,	Yugutuas,
		Paricoans,	Yerisaa,	Yurambusas.

mundicia de las cosas nacionales estaban sometidos á Quiroa, quien en el nombre de todos los capitanes que formaban el blanco, resolvía todo lo relativo á la cosa pública.

Los bosques del Intiñahui, sombreado por bosques secundarios, cuyos tintos oscuros contrasta con el verde pálido de las praderas esmaltadas de flores de múltiples cambiantes, la dulzura de su clima perennemente acariciado por las frescas brisas de la vegetación y de los ríos, la música eterna de sus infinitas aves de colores variados que llaman de armonía, de animación y de vida á las solitarias soledades: todo esto, unido á la pasmosa fertilidad del territorio, en cuyas planicies descollaban plantaciones de plátanos, de inchi (1), de yucas y batatas (2), papayas, paltas y papayas, café, caña de azúcar, chirimoyas y capulies, etc., etc., todo esto decidió la atención de los fundadores de Zamora, y en su admiración por el Intiñagui, llamaron *La Sirena* á esta sección de Yaguarzongo, sin duda por la configuración peculiar que el terreno presenta en esta parte, ó talvez por el aspecto seductor de sus riquezas naturales. Un puente de robustos troncos de esparto (3) sobre el Yacuambi, establecía la comunicación entre la capital y el Intiñagui.

Rosuetos los españoles á apropiarse de *La Sirena* con el fin de extender sus huertos y fincas de recreo hasta cerca del Yarusé, comenzó para los payanás una serie de vejámenes y hostilidades sin cuento, que los obligó á declarar la guerra, esta vez con ánimo de no cejar ante las pretensiones de los blancos (4).

Veinte años llevaba Zamora desde su fundación; y el comercio y la industria que habian atraído á su suelo una población inmensa, necesitaban un campo mas ancho para dilatarse. Creíanse por lo mismo los habitantes de Zamora con el pleno derecho para ir ocupando paulatinamente las posesiones del Intiñagui y obligar á los Payanás á buscar un nuevo asilo en las apartadas regiones de aquende el Marañón.

Pero Quiroa, que habia jurado sobre las cenizas de su padre defender palmo á palmo su nuevo hogar, siquiera sea á costa de la vida de toda su tribu, reunió á los capitanes de las tribus que habitaban á lo largo de los confluente del Yaya-mayu, para que cada una de ellas engrosase su ejército con los guerreros más diestros en

(1) El mañí.

(2) Camotes.

(3) Palma muy durable.

(4) Blanco y enemigo, siuónimo entre indios.

nombre de su malogrado padre; y célebre ya entre los Yaguarzongos por su fama militar, fué acogido con entusiasmo y elegido Jefe general de todos ellos.

Ocho años después, la ciudad de Zamora, como una Reina del Oriente, levantaba sus blancos edificios no muy distante del sitio que ocupaban los Payanás.

V



dos millas, más ó menos, de la orilla oriental del Yacuambi se dilata una inmensa sábana de verdura, rodeada de colinas coronadas de exuberante vegetación y bañada por un hermoso riachuelo de aguas transparentes, que retrata en sus cristales los árboles adornados de festones y lianas florecidas que, á manera de pórticos aéreos, bordan sus orillas. El río deja ver en sus remansos multitud de peces de colores plateados, de donde le viene el nombre de Chalau (1); y al desprenderse de uno de los pliegues de la cordillera, que le sirve de nacimiento, se precipita inquieto y bullicioso contra su lecho de rocas, para ir después en la llanura á dormirse manso y tranquilo en el Yaruse y con él á confundir sus aguas en el Yaya—mayu, llamado por los blancos el Zamora.

Quiroa escogió este sitio encantador para la residencia de su tribu. Colocó la *tola* de su padre sobre la cima de donde se descuelga el Chalau en espumosos borbotones, en los cuales el sol al nacer quiebra sus rayos y descompone su luz con los matices del iris, entre el follaje de los árboles y los ramilletes de flores de variados tintes, dando así al torrente el aspecto de un muestrario de piedras preciosas, embutido en marco de esmeralda.

El *Intiáguí* (ojo del sol) quedó, pues, definitivamente cedido á los payanás por los yaguarzongos, conviniéndose éstos en fijar su habitación en las hoyadas y márgenes de los muchos ríos que llevan sus caudales al Zamora, desde el Suririza para abajo. Cada tribu escogió un río, apropiándose aún su nombre (2) y un Jefe doméstico la gobernaba como su Capitán y su Pontífice; mas en los

[1] Adulteración de *challhua*, pez en quichua.

	Bombosicuros,	Tahuabusas,	Irambises,
(2) Tribus de {	Chicunzas,	Urimangas,	Iranusas,
Yaguarzongo. {	Nutabisas,	Yaruses,	Yagulusas,
	Paricosas,	Yerisas,	Yurabusas.

asuntos de interés nacional estaban sometidos á Quiroa, quien, en asocio de todos los capitanes que formaban el Consejo, resolvía todo lo relativo á la cosa pública.

La amenidad del Intiñahui, sombreado por bosques seculares, cuyo tinte oscuro contrasta con el verde pálido de las praderas esmaltadas de flores de múltiples cambiantes; la dulzura de su clima perennemente acariciado por las frescas brisas de la vegetación y de los ríos; la música eterna de sus infinitas aves de colores variados que llenan de armonía, de animación y de vida esas bastas soledades: todo esto, unido á la pasmosa feracidad del territorio, en cuyas planicies descollaban plantaciones de plátanos, de inchic (1), de yucas y batatas, (2) piñas, paltas y papayas, café, caña de azúcar, chirimoyas y capulies, etc., etc., todo esto—decimos—llamó la atención de los fundadores de Zamora, y en su admiración por el Intiñagui, llamaron *La Sirena* á esta sección de Yaguarzougo, sin duda por la configuración peculiar que el terreno presenta en esta parte, ó talvez por el aspecto seductor de sus riquezas naturales. Un puente de robustos troncos de esparto (3) sobre el Yacuambi, establecía la comunicación entre la capital y el Intiñagui.

Resueltos los españoles á apropiarse de *La Sirena* con el fin de extender sus huertos y fincas de recreo hasta cerca del Yuruse, comenzó para los payanás una serie de vejámenes y hostilidades sin cuento, que les obligó á declarar la guerra, esta vez con ánimo de no cejar ante las pretensiones de los blancos [4].

Veinte años llevaba Zamora desde su fundación; y el comercio y la industria que habian atraído á su suelo una población inmensa, necesitaban un campo mas ancho para dilatarse. Creíanse por lo mismo los habitantes de Zamora con el pleno derecho para ir ocupando paulatinamente las posesiones del Intiñagui y obligar á los Payanás á buscar un nuevo asilo en las apartadas regiones de aguende el Marañón.

Pero Quiroa, que habia jurado sobre las cenizas de su padre defender palmo á palmo su nuevo hogar, siquiera sea á costa de la vida de toda su tribu, reunió á los capitanes de las tribus que habitaban á lo largo de los afluentes del Yaya-mayu, para que cada una de ellas engrosase su ejército con los guerreros más diestros en

[1] El maní.

[2] Canotes.

(3) Palma muy durable.

[4] Blanco y enemigo, sinónimo entre indios.

el manejo de las armas.

El Consejo tuvo lugar en el lago Oncatu, que se encuentra en la ribera occidental del Urimanga; y allí se reunieron también los capitanes de los indomables jivoros del Pante, aliados por los Yaguarzongos, para tratar de la sublevación general que meditaban, á fin de exterminar á los blancos y vengarse de su ambición y tiranía. En efecto, á los panteños que forman una provincia independiente al sur de Macas, se les habia recargado con mayor cantidad de tributos, por orden de don Andrés Hurtado de Mendoza, tercer Virrey del Perú, en 1557.

Después de una discusión acalorada, que se dilatò por algunos días, el Consejo resolvió aplazar el día de la venganza para época más propicia y cuando se hubiese conseguido la alianza de los Macas y Huamboyas que habitaban hasta cerca del Upano.

Por lo pronto, para salvar el Intiñagui de la ocupación de los españoles, se designaron los Jefes que habian de concurrir con sus guerreros al combate, y el valiente Raric, capitán de los Yugutúas, fué nombrado General del ejército auxiliar.

A pesar de las precauciones y reserva observadas por los indios en estos casos, sus preparativos de guerra no pasaron desapercibidos para los habitantes de Zamora, quienes, ansiosos de castigar la insolencia con que se oponían á sus conquistas, no tardaron en lanzarse á las ondas del Yacuamání, y librar diversos ataques que les costó muchas bajas.

Rasuelto los de Zamora á realizar su proyecto, por medio de una batalla decisiva, designaron á Juan Salinas para comandar la división, y á Flavio Páez como segundo jefe, á pesar de hallarse retirado del servicio por concesión de la corona.

VI

AMANECIÓ un día de invierno, de esos que transforman los bosques orientales en una vista optorámica del polo norte. Un manto inmenso de nubes blanquecinas cubria los valles, los barrancos y los ríos á la manera de las olas encrespadas de un mar embravecido, cuyos últimos perfiles iban á confundirse con las brumas flotantes de la aurora. Algunas copas de palmeras destacándose medio envueltas en la niebla, como mástiles calcinados, semejaban buques destrozados entre bancos de nieve ó los fantasmas ciclópeos del sueño de un náufrago. El silencio era solenne: ni el canto de las a-

ves, ni el susurro del viento, ni el rumor de los lejanos sonidos de las selvas, venían á profanar el letargo de la naturaleza arropada con un sudario de hielo.....

Los españoles, á favor de la niebla, se habían internado hasta muy cerca del Chalau, pero los indios, conocedores insignes de todo el territorio, habían sorprendido el paso de sus enemigos, y con sólo adaptar una oreja al oramen de un agujero cavado en la tierra, medían paso á paso la marcha de la vanguardia española atrincherándose por lo mismo en las escarpadas colinas que coronan el paso del Yacuambi. Así, pues, mientras el ejército auxiliar comandado por Ruric sembraba la muerte en la vanguardia enemiga, Quiroa con sus valientes, tomando de flanco á la retaguardia descargaba una lluvia nutrida de balas, piedras y saetas; pues á más de la masa y de la lanza, del arco y de la onda, sus guerreros manejaban con destreza armas de precisión, conseguidas de los europeos á cambio de oro en polvo.

La matanza era terrible en una y otra parte..... Centenares de indios rodaban por el suelo como los troncos de los árboles en un inmenso *rosa*, y la sangre española tiñó repetidas veces las corrientes del Yacuambi.

El sol apareció encapotado tras las brumas de la pasada noche: su faz avergonzada con el cuadro de sangre que manchaba el Intiñagui, mostrábase apenas como una antorcha funeraria tras un bastidor de cristales empañados. Pero luego rasgando las tenues nieblas y bañado con un rubor sonrosado las tenues nubes que cobijaban la tierra, principiaron éstas á escaparse derrotadas por el rey del día. Escuadrones colosales alzábanse formando espirales sobre las cuencas de los ríos y evaporándose á los cuatro vientos sobre los picos de las sierras lejanas, dejaban su puesto al diluvio de luz que invadía hasta los barrancos más profundos.....

Era la hora en que el *yangache*, saluda con sus arpegios por cuarta vez la presencia de la luz, y entonces los españoles, ya en pleno día, conocieron su imprudencia y las malas posiciones que habían ocupado. Al unir sus flancos separados por matorrales de mimbres, escaramujos y cornicabras, cayeron en cuenta de sus numerosas bajas y de haberse casi agotado sus municiones.

De improvviso se oyó un grito ahogado, sordo y desgarrador, cerca de la posición donde Quiroa se había emboscado con su reserva. Ese grito como un fluido eléc-

trico, hizo vibrar todas las fibras de su sistema nervioso, helándose la sangre en las venas y extinguiéndose el valor para seguir luchando.

Sin podérselo explicar, corrió maquinalmente hacia el punto de donde el grito se había escapado. ¡Cual fué su espanto al encontrar à Tocoya sin sentido sobre el pecho de un guerrero muerto por una saeta que le había traspasado la garganta!.....

En el mismo instante de haber sonado el grito oyó la detonación de un arcabuz que produjo un rumor de voces siniestras entre sus combatientes. Fijó allí su mirada y observó que muchos de los suyos se precipitaban despavoridos por entre las malezas de una ondonada. Aterrado por ese rumor y temiendo un desenlace fatal para los suyos, cogió su escaupil, y colocándolo á modo de pabellón sobre el asta de su lanza, se precipitó al centro del ejército español, gritando desaforadamente.

--La paz, señores, la paz..... Basta de sangre.... Pido tratados de alianza.....

Los españoles, que no deseaban otra cosa, acogieron las palabras de Quiroa con frenético entusiasmo, y corrieron al mismo tiempo hacia el lugar de la catástrofe donde su jefe había caído.

Quiroa volvió también al sitio donde dejó à Tocoya desmayada, cuidando antes de enviar un emisario à sus guerreros para que se reuniesen à orillas del Chalau.

El Jefe atravesado por la flecha era Flavio Páez..... Quiroa había visto alguna vez aquel rostro, demacrado ya por las huellas de la muerte. Reuniendo sus recuerdos reconoció en aquel hombre uno de los profanadores del palacio de su padre, en la noche aquella del rapto de Tocoya. Su cabeza algún tanto calva y medio encanecida, le daba un aspecto venerable; pero sus patillas todavía negras, servían de marco à un rostro ovalado, en cuyas facciones se adivinaba la expresión del mando y la grandeza de alma, no menos que el combate de las pasiones juveniles al través de unos cincuenta y cuatro años de edad.

Tocoya à su lado había querido incorporarse; pero al reconocer muerto à su esposo, cayó de nuevo sin sentido, en una especie de síncope mortal que la puso en el último extremo, cubriéndose su rostro de una palidez amarillenta. A pesar de sus cuarenta y tres años, el semblante de aquella mujer ostentaba aún la perfección juvenil de sus contornos, débilmente ajados por el dedo del tiempo; y si hubiera podido abrir sus ojos medio velados por una sombra imperceptible y por sus largas

pestañas negras, Quiroa fascinado por su lumbré de otro tiempo, habría caído de rodillas, renovándole sus protestas amorosas.

Pero no había tiempo que perder: el dolor que embargaba á aquella mujer, conduciéndola á la última agonía, reclamaba que se la asistiera sin demora alguna.

La ciudad estaba distante, y lo más natural era trasladarla á la primera cabecera de la sierra que estuviese más á mano.

Quiroa pidió como un favor el conducirla á la suya, asegurando que bajo el cuidado de su anciana madre conseguiría su pronto restablecimiento.

Los españoles nada podían ya negar al generoso jefe que les había salvado la paz en circunstancias tan apremiantes. Ellos mismos se ofrecieron á llevarla en una parihuela de indio, ofreciéndose conducirla á la cabecera de Quiroa, mientras sus compañeros trasladaban el cadáver del capitán Páez al centro del campamento.

Pero en ese momento, cuatro guerreros payanas se presentaron á su jefe para noticiarle que su madre había caído muerta al golpe de una bala disparada por aquel capitán cuyo cadáver parecía estaba el honorado.....

Como un rayo que, en un abrir y cerrar de ojos, destrozó por completo el bello terciopelo de un elevado copacabolo, sin dejar de su follaje más que ramas deshojadas y empujadas, no de otro modo el choque de tan crueles y encontradas emociones, cayó sobre Quiroa, derribándole de cara sobre un bardo, donde mustio y abatido se refocila en su dolor, cual si un diluvio de plomo derretido hubiese caído sobre su cabeza.

Las lágrimas—de roce vavilónico que refresca las almas hecchadas, como la lluvia limpia la tierra calcinada por un sol ecuatorial—no fueron concedidas á sus ojos; y haciendo un esfuerzo muscular supremo, como para arrojar un grito agudo, sólo pudo exhalar un gemido sordo y concentrado, parecido á la última boqueada de un moribundo.....

Los guerreros, de pie, respetaron en silencio el dolor de su jefe y ansiosos de mitigar de alguna manera su acerbilidad, le redirieron que al mismo tiempo que la bala enemiga traspasó el pecho de su madre, una flecha de un payana arrebató la vida á su matador, revolcándolo por el suelo.....

—Mi padre y mi madre están vengados—dijo entonces con acento nervioso el jefe indio, haciendo esfuerzos por incorporarse.

Y luego señalando á sus guerreros con la mano, la parihuela de Tozoya:


—Conducid—les dijo—á mi cabaña ese depósito. El me garantiza para lo porvenir, la paz de mis guerreros, y el buen éxito de los tratados.

El destino ponía de nuevo en su poder á la antigua prisionera de su padre.

Una bala había arrebatado la vida á la autora de sus días; pero una flecha de sus guerreros había castigado al matador.

Había perdido para siempre á su madre, —arbol trasplantado desde Cumbinama para que lo protegiese con su sombra en esta tierra hospitalaria—pero había recuperado á la bella cautiva que en otro tiempo hizo latir su pecho con vehemencia; y esta vez estaba resuelto á no separarse mas de ella.....

VII

os tratados se llevaron á efecto con la intervención del Cabildo de Zamora y los buenos oficios del Padre Anselmo, superior de los dominicos y Prefecto general de las misiones, el cual había concurrido también á la batalla para prodigar los auxilios de la Religión á los moribundos y predicar la paz á los vencedores.

Fuera del tiempo indispensable para la curación de los heridos, Quirca puso el mayor empeño en la inhumación de los cadáveres de indigenas y extranjeros. Por una delicadeza, digna de imitarse en pueblos civilizados, el jefe yaguarzongo hizo sepultar juntos á españoles y payanas, cual si fuesen hermanos y compañeros de armas, desplegando en su entierro toda la pompa del ceremonial indio, que es peculiar de las funciones fúnebres. Consiguio así mismo de los españoles que el cadáver del esposo de Tocoya descansase junto con el de su difunta madre, en un túmulo especial que hizo construir, contiguo á la tumba de su padre, mandando que, en lo posible, se le tributasen los honores propios de un Príncipe de su raza.

Por su parte los misioneros de Zamora llevaron cumplidamente las prescripciones del rito católico sobre el sepulcro de sus hermanos; y el emblema sacrosanto de la Redención cobijó con sus brazos la última morada de los finados.....

No había tiempo que perder en el arreglo de las ro-

laciones de paz y de amistad, que era el tema palpitante de las conversaciones del día. Remidos, pues, en el palacio del Cabildo, los Delegados de los payanís, el Corregidor y vocales del Concejo, se formularon los protocolos respectivos para remitirlos á la Real Audiencia de Quito, y después de acaloradas disputas y serias deliberaciones se convinieron en las siguientes bases capitales:

— Los payanís poseerán en lo sucesivo el territorio de la Sirena, en calidad de propietarios, mediante una cédula real expedida por la corona de España, á petición del Cabildo de Zamora.....

— Los payanís tendrán derecho de pedir la desocupación inmediata de las posesiones de la Sirena por algunos extranjeros que se tenían como dueños, pero podrían vender dichas posesiones, prefiriendo á los habitantes de Zamora.

— Los yaguarzongos y sus aliados no podrán impedir el establecimiento de dos asientos de minas reales uno sobre el Yacuanubi y otro sobre el Iranhisa llamado Cangasa, el primero mas arriba, el segundo mas abajo de la ciudad de Zamora, ambos á su oriente.

— A nadie se podra impedir en adelante trabajar en los lavaderos de oro y explotar otras minas particulares, hasta el Marañón.

— Los indigenas contribuirán con un tributo en oro para la corona de España.

— Los indigenas estarán obligados á trabajar las minas reales; y una veintena de ellos proporcionará semanalmente su jefe, alternándolos hasta el fin del año. Recibirán en remuneración de su trabajo vestidos, instrumentos de labranza, útiles de hierro y otras metales; pero les será prohibido el uso de armas de fuego.

— Los hijos que nacieren de matrimonios ó alianzas entre españoles y americanos, serán educados en la religión cristiana.

— Cada tribu estará precisada á mandar á la escuela católica dos niños, varón y hembra, para el aprendizaje de primeras letras.

Quiroa procuró añadir como complemento del tratado, se le diese en matrimonio á la viuda del capitán español para resarcirse de la pérdida de su madre.

Sancionado el convenio por ambas partes, se comisionó al P. Anselmo el cumplimiento de la parte final, es decir, el influir en el ánimo de la viuda para que accediese á ser la esposa del jefe de los yaguarzongos.

Desde el momento en que Quiroa vió realizada su pretensión, como base del contrato, ordenó siete días de

fiestas á todos sus aliados, para celebrar con danzas y bailes la terminación de los tratados. Numerosas hamacas (1) de las diferentes tribus se balanceaban majestuosas en toda la extensión del puerto, distinguiéndose entre sí por los vistosos adornos de colores que llevaban con profusión los tripulantes de cada una de ellas.

Los espectáculos y banquetes se sucedieron sin interrupción, entre repiques de campanas, rávas de fusilería, y el estruendo de los taquis y totulos de los indigenas, cuyo eco, repercutiendo en las más elevadas montañas, atrajo al circo multitud de curiosos y espectadores que tomaron parte en los juegos del huayru, (2) del cincu-chúncay (3) y del piriruy (4).

La expansión y cordialidad que reinaron en estos días, dieron lugar á indigenas y extranjeros á que establecieron íntimas relaciones de amistad, lo cual influyó eficazmente en el ánimo de los salvajes para que se negasen reducir por los misioneros al seno del catolicismo y se formasen poblaciones de mitimaes (5) hasta más abajo de Pazcoca.

Pero no adelantamos los acontecimientos, y retrocedamos al lugar donde dejamos á Tocoya.

VIII



OBRE la ancha meseta de una colina escarpada que domina toda la Siruca, alza-se una cabaña de figura ovalada, cuya cubierta está formada de mimbres y hojas de palmera primeramente entretejidas, y sus paredes son de chontas simétricamente unidas en líneas paralelas, y las robustas que sostienen el enlramado de la cubierta. Las tabiqueras que dividen las habitaciones interiores son de esparto y tejidas por ambas caras con tejidos de cáñamo de chambara, teñido de antemano con basil. (6)

Por el lado que hace frente á la ciudad, queda impracticable el ascenso á la cabaña, pues un promontorio de roca pizarrosa, como cortada á pico, le sirve de fundamento y sólo una abertura, á manera de ventana, se abre sobre el promontorio, quedando la puerta ó entrada del lado opuesto, para llegar á la cual hay que dar un gran rodeo, franqueando primero el arroyuelo

(1) Naves. (2) Juego de hueso de 5 puntas. (3) Juego de bolas con palas. (4) La pelota. (5) Colonos conquistados. (6) Arbol para tinte.

que rodea la casa y tiene su nacimiento a veinte pasos de la cabaña.

Frente a la puerta principal, se extiende un pintoresco huerto esmeradamente cultivado: cuadros de patatas, piñuelas, ananas, yucas y cucamas, sirven de fondo a los guayabos, cafés, guindas, limoneros, guabos y papayos que orlan las calles del huerto y a lo largo de las cercas de naranjos, chiperos y chipirinas (1) se enredan las granadillas tripomas, las badeas y las uvas camai-ronas, regalado alimento de sainos, tatabros y pirucos. (2) Al terminar el huerto, cerca de la floresta, se ostenta la plantación de caña de azúcar, cuyo tinte verdegay contrasta admirablemente con el más oscuro de los platanales y el indio de los bosques vecinos. Aves e inoras de variadas especies, llenan de vida los alrededores del huerto, con sus melodías: la filomena, (3) el pú-pil, el predicador, el pañi, la zumbela, compensan con sus trinos los atarbarados productos de los fru-tales, al mismo tiempo que las toraces y tucupillas (4) desde la espesura, envían con el viento sus arpegios fú-nebres.....

Los yaguarzongos, en su amor por el jefe valeroso de los payanás, se habían prestado solícitos a embellecer la nueva mansión de Quiroa y una zagala de musculatura varonil, cuidaba con ahínco de la horticultura y menaje de la casa.

Penetremos nosotros en la cabaña de Quiroa, que es la que hemos descrito a grandes rasgos, y lleguemos hasta el departamento de las mujeres, separado del resto de la casa por un robusto tabique entapizado con tejidos de janchana.

Sobre un entrimado de guadúas machacadas y cubier-tas con pieles de lobo y de jaguar (5), descansa Toco-ya arropada hasta el cuello con una espesa manta de algodón de vimba.

Cualquiera, a primera vista, hubiera creído un cadáver lo que reposaba en aquel lecho; pero al fijarse en el movimiento imperceptible de la manta en la parte que cubría el seno de aquella mujer, se hubiera convencido que era originado por la penosa respiración de la en-ferma.

De improviso su pecho exhaló un gemido semejante al rumor del céfiro al rozar en los hilos de un barran-co; sus ojos se entreabrieron como velados por la nie-

(1) Arbol que da bilcaño. [2] Puercos. (3) Ruisñor.
[4] Tórtola cusca. [5] El Tigre.

bla, volviendo a cerrarse inmediatamente, y por su frente, medio escondida entre los cabellos desparrramados sobre la almohada, apareció el sutil vapor de una exhalación acuosa.

Dos hombres de pie al lado de la enferma, observaban con interés sus menores movimientos. El uno era el P. Anselmo que, con las manos entrelazadas sobre el pecho, parecía orar en silencio. Su cabeza calva y venerable, en cuya parte anterior parecían a brillar algunas hebras de plata; su hábito lúgubre ceñido á la cintura con una correa de piel de tapir (1); su rostro apacible y demacrado por las viglias; la blancura de su vestido; la dignidad de su porte, la majestad de su continente, y ese resplandor divino que brotaba de sus ojos, le daban el aspecto de uno de los patriarcas bíblicos, en el acto de ofrecer sacrificios á Jehová; parecía la estatua de la humanidad orada.

El otro, como de unos veintiocho años, estaba completamente vestido de negro. Un cuello blanco de lana que rino, abrochado hasta el cuello, le bajaba hasta sus rodillas, y sobre el pecho cruzaba un cordón de nácar que sostenía en sus extremos, por el costado izquierdo, un bazo guardado de cuero de cristo (2), barnizado de nala y con guarniciones de metal, conteniendo en su interior útiles de dibujo, pomos de esencias y un pequeño estuche de instrumentos quirúrgicos. Era el doctor Blicher, médico y cirujano de la guarnición española de Zamora.

Su amor á la Botánica le había hecho suspender sus viajes por el Reino de Quito y fijar su residencia en Yaguazozoago, cuyas Fauna y Flora abundantes y maravillosas le proporcionaban encantos tan inefables, descubrimientos tan sorprendentes que con ellos pensaba llamar bien pronto la atención del mundo científico sobre esta porción privilegiada de la América.

Nacido en Oxford, sus acudalados pulcres le procuraron una educación tan osmerada, que á la edad de veinte años, pasaba como una notabilidad en el centro de las academias científicas de Europa. Había tenido el pensamiento de incorporarse al estado clerical y por esto se dedicó con tesón al estudio profundo de las ciencias sagradas; pero la Reforma protestante, que devastaba entonces todas las comarcas de las islas británicas, hasta el punto de hacer desaparecer de Inglaterra la jerarquía eclesiástica con Tomas Godwal, último Obispo de Saint-Asaph que fué á morir en Roma, le hizo desistir de su

[1] La danta.

[2] Puerto montañez.

proyecto y le obligó á atravesar el canal de La Mancha, visitar á Francia y últimamente traspasar los Pirineos para establecerse en el país católico por excelencia: la España. Su padre, Lord del Parlamento, había dejado al morir una fortuna colosal de dos millones de libras, divisible entre cinco herederos y la pingüe renta de esta herencia, la que le produjo el nombramiento de Botánico del Reino británico, y la de Decano de la facultad de Mineralogía y Ciencias naturales en Madrid, le daban de sobra para todos los gastos de una vida nueva, para sus excursiones científicas y compra de libros é instrumentos de todo género. Ha habido al fin de respirar el ambiente de las ciudades europeas, el uso de la corona de España en el trato de la ciencia, el estudio de los libros nuevos en las bibliotecas y en las universidades, se encuentran en él una gran variedad de ideas nuevas, y la ciencia científica.

En el momento en que nos hallamos en el aposento de Tocoya, el Médico observó el sudor tibio que brotaba sobre la frente, puso sobre ella la mano izquierda, y tomando el pulso con la diestra, hizo al religioso una señal significativa, en la que se retrataba la satisfacción del triunfo. Destapó la esfera de su cronómetro, y después de alguna pausa exclamó á media voz: -Se ha salvado.... Principia ya la crisis.....Esta vez la muerte tendrá que humillarse ante la ciencia.....

En el momento en que nos hallamos en el aposento de Tocoya, el Médico observó el sudor tibio que brotaba sobre la frente, puso sobre ella la mano izquierda, y tomando el pulso con la diestra, hizo al religioso una señal significativa, en la que se retrataba la satisfacción del triunfo. Destapó la esfera de su cronómetro, y después de alguna pausa exclamó á media voz: -Se ha salvado.... Principia ya la crisis.....Esta vez la muerte tendrá que humillarse ante la ciencia.....

En seguida aplicó á la nariz de la enferma el cuello destapado de un pomo de álcali, ordenó frotaciones de col-paete y de zhiuvillo (1), algunos sinapismos y una infusión de flores de escabiosa y de ayaguaache. (2)

Tocoya volvió á un lado la cabeza y abriendo los ojos

(1) Corroborante.

(2) Planta sudorífica.

miró vagamente á su alrededor como buscando algún objeto. Tornándose después del lado opuesto, trató en vano de incorporarse y solo balbució esta palabra: — “Agua”.

Quiroa que había acudido á las palabras del doctor, por insinuación de éste tomó una fasa que contenía una infusión de flores de alcea con gotas de esencias olorosas, se la entregó al P. Ancelmo y fué en seguida á levantar sobre su pecho la cabeza de Tocoya.

El religioso la hizo tomar algunas cucharadas, diciéndole al mismo tiempo, con acento dulce y paternal: — Inés, aquí estamos tus amigos.....

Inés, —que este era el nombre cristiano de Tocoya— fijó sus ojos en el P. Ancelmo y trató de tomarle una mano para llevársela á sus labios, esforzándose al mismo tiempo para regularle una sonrisa.

—Animo, hija mía, — volvió á repetir el religioso— y confianza en Dios.

Mister Bläcker, para evitar emociones, que la debilidad de la enferma no podía aun soportar, ordenó que la dejasen en perfecta tranquilidad; y fijando el tratamiento que se había de observar durante el día, se retiró á curar á los heridos del ejército español, que habían sido transportados á una cabaña vecina á la de Quiroa.

Cuando el doctor atravesaba el puentecillo de guayacanes del arroyuelo, Quiroa que lo había ido acompañando, se adelantó á decirle:

—¿Y hay alguna esperanza, señor, de que Tocoya se restablecerá pronto?

—¿Y quién es Tocoya? preguntó el doctor?... El médico ignoraba el nombre indígena de la enferma.

—La infeliz viuda que habeis tomado bajo vuestro amparo, dijo enternecido Quiroa.

—Lo que es Inés, añadió el doctor, se ha libertado de una terrible congestión fulminante, y por hoy está fuera de peligro.

—; Oh! entonces dentro de muy poco..... Quiroa no se atrevió á terminar la frase, dominado como estaba por una idea fija que no tenía bastante valor para expresar.

Pero el médico comprendió la ansiedad del indio y el deseo de saber con precisión el tiempo en que sanaría Inés.

—Ignoro los lazos que te unan con la enferma, interrumpió Bläcker, pero si te interesas por ella, y el régimen que he prescrito se observa puntualmente, dentro de diez días la tendrás restablecida. Mañana estaré á verla,

y ni un solo día dejaré de visitarla, hasta que haya vencido su indisposición.

Quiroa enternecido tomó la mano de Bläcker y la aplicó a sus labios; y para demostrarle la gratitud que en su corazón habian sembrado sus nobles servicios, ofreció mostrarle en Suririsa un lavadero de oro, de todos ignorado, en donde podría recoger, en los *criaderos*, granos tan gruesos como los de las lentejas, y enriquecerse fácilmente sin ser molesto a nadie.

Bläcker se sonrió encantado de la caudorosa ingenuidad del indio, y sorprendiendo en sus ofertas tan intempestivas una pasión oculta por la enferma, resolvió en sus adentros interesarse vivamente por la futura suerte de entreambos.

—¡Vez ceas selvas—le dijo—cuya majestad agreste progona la magnificencia del que las plantó, como su jardín eterno y el pedestal de su omnipotencia y de su gloria?... Así como Pitágoras, cuando se elevaba su meditación, oía la música de las esferas que ruedan sobre los etéreos espacios, obedeciendo siempre á la ley de la armonía, de la misma manera el naturalista contempla extasiado el mudo lenguaje de esos millares de seres, pegados á la tierra como el tierno niño á los pechos de su madre, cada uno de los cuales con sus variadas formas, su admirable organismo, su estructura peculiar, sus hábitos vitales, son como una nota del sublime concierto que entonan al Eterno Creador de los mundos.—Oyelo Quiroa—no es el oro ó el dinero lo que cautiva mi espíritu y lo dobliega sobre la materia, haciéndole olvidar sus grandiosos destinos: mi único ensueño, mi adorada ambición, es arrancar uno á uno todos los secretos que guarda en sus tesoros esta privilegiada región, predilecta hija de la pródiga naturaleza. ¡Oh! si pudiera sintetizar en mis descripciones, acumular en mis colecciones, cuanto de grande, misterioso y sorprendente ofrece este suelo virgen y fecundo, desde el criptógamo y el musgo que vegetan en las cabernas, bajo del Océano, hasta el líquen que cubre las rocas sobre los picos de los Andes y se oculta bajo la nieve: las palmeras que producen los cocos y los bálsamos, los helechos arbóreos y las febrífugas chinchouas, las liliáceas de hermosas flores y las pacifloras arbóreas, tan altas como las encinas, los cucularios que levantan majestuosamente su cabeza entre las nubes, las lobelias y las hayas, las gramineas y las plantas alpinas.....Y luego en el reino animal, desde el pájaro-mosca y el ave-mono, hasta el cóndor que se cierne sobre las altas cumbres, desde el alado inserto que baña sus alas de oro entre el césped

cargado de rocío hasta el jaguar y el oso que comen la médula de la achupalla.....

Mr. Blácker iba á continuar sus interminables descripciones de la naturaleza ecuatorial, pero las sombras del crepúsculo de la tarde, dorando con sus medias tintas los perfiles de las montañas y las copas de los árboles más elevados, le hicieron recordar á sus heridos. Tomando, pues, una mano de Quiroa.—Tú serás en adelante, le dijo, el compañero de mis excursiones; y si la suerte te liga á Inés, que roba hoy tu pensamiento, bajo tu techo nos preparará á entrambos la cena del viajero y nos ofrecerá el masato (1) hospitalario.....

Quiroa apretó con confusión la mano de su amigo y se separó de él haciéndole protestas de que sabría llenar cumplidamente sus deseos. Aquel hombre le había fascinado; y aunque no comprendía la fraseología de su perorata, el espiritualismo que encerraban sus palabras le habían hecho sospechar verdades para él hasta entonces desconocidas.

Los seres explicados por Blácker, que en la teogonía de los indios son genios ó dioses independientes, influyendo cada cual, más ó menos, en las acciones del hombre y en los males y bienes que suponen venir de sus supremas voluntades, en la teología del médico naturalista no son más que efectos de una causa única y común, los anillos de una inmensa cadena, cuyo último eslabón pende de una mano Omnipotente, de una fuente universal y productora de la vida que se llama el Criador.

Mr. Blácker era católico; y al revés de tantos semi-sabios que en el día adoran las fuerzas de la materia y sus continuas evoluciones como origen y causa primaria de todos los fenómenos, de todas las leyes del universo, él sólo veía en ellas y en la misma materia, efectos múltiples y al parecer contrarios; pero todos en armonía con la unidad de un pensamiento creador; todos dependientes, en sus diversas manifestaciones, de una voluntad suprema, omnisciente y causa primordial de cuanto existe.

Quiroa, pues, más con el corazón que con la cabeza, se adhería al peregrino razonamiento del Doctor.

Las simpatías—ese imán secreto que atrae los corazones, cuya influencia misteriosa no podemos explicar las más veces—unían con su invisible energía á los dos interlocutores que acababan de separarse.

La amistad y el amor son el corolario de esas corrientes

(1) Chicha de yuca.

tes magnéticas, ocultas è invencibles que invaden los corazones humanos, asimilándolos en tendencias y en afectos, vaciándolos—permitásenos la expresión—en el mismo molde en que un fundidor liga diversos metales para sacar una obra acabada.

Las simpatías tienen diversos grados de tensión, recorren varias escalas, y se combinan admirablemente con la imaginación, los pensamientos y las aficciones del ánimo y hasta con los usos y costumbres más triviales. De la influencia gradual de cada uno de estos agentes nacen la amistad y aun el amor ardiente, se ensanchan, se debilitan, se rompen ó se immortalizan con el heroísmo y el sacrificio.

Quiroa amaba á Blácker, y si le hubiera sido posible, habría expuesto mil veces su vida en aras de su amistad.

Aquel hombre extraordinario, que se internaba en las forestas, que conversaba con los torrentes, que se encaramaba en los riscos y en los peñascos para borrajear el croquis de un panorama; que se olvidaba de su persona y de las necesidades de la vida, por medir una montaña, perseguir una mariposa ó recoger una parásita en los precipicios; aquel hombre, amigo de los bosques que se extasiaba con el canto del mirlo y del piuri, con el zumbido del insecto y el jugueteo de los peces en las cristalinas corrientes, y que, satisfecho con libar la miel de las colmenas y gustar los dátiles de las palmeras, pasaba días enteros en dibujar una planta, en coleccionar corolas de calceolarias, ó las flores purpúreas de las orquídeas, aquel hombre—decimos—era para Quiroa un sér excepcional, un genio casi divino que buscaba la soledad y el desierto para enviar á Dios la ofrenda de su pensamiento, envuelta en el aroma de las flores y en el rumor de las selvas, en la música de los torrentes y en la armonía del canto de las aves y conservar su corazón limpio de las manchas de las pasiones mundanales.

Quiroa hubiera querido prolongar su compañía con el simpático naturalista, si el restablecimiento de Tocoja, único ideal que embargaba sus facultades, se lo hubiese consentido. Todo su anhelo estaba entonces cifrado en procurar á la enferma, cuantas atenciones y comodidades pudieran acolerar su inmediata mejoría. Con exquisita solicitud atendía á cuanto pudiera complacerla. El mismo cuidaba del aseo y ornato de su habitación: buscaba con ahínco las yerbas y las flores que se le habían de administrar, y fuera del tiempo indispensable para atender á la curación de sus heridas, el resto lo consagraba á Tocoja, constituyéndose su enfermero.

¡Poder milagroso del amor!... El enfermero de Tocoya había adivinado, por el diagnóstico del médico, lo que conducía al restablecimiento de la paciente, sin proponerle otra cosa que no sea lo absolutamente provechoso, bien así como un habil alquimista separa diestramente las sustancias extrañas, para dejar en el substratum nada más que oro puro. El amor crea en las almas apasionadas, uno como sexto sentido que alcanza a descubrir por intuición lo que no es dado á las almas frías é indiferentes.

IX



LA entrada principal del Convento de los Dominicos, veíase hormiguar la población de Zamora con animación inusitada. Grupos de gente de todas clases, llenaban la plaza y las avenidas; y la portería de Santo Domingo estaba custodiada por el cuerpo de guardia del Corregidor.

El pabellón español flameaba en las torres y en las ventanatas de las casas; colgaduras de vistosos colores adornaban las calles y los testeros de los balcones, y la puerta del Corregimiento estaba guarnecida de festones y guirnaldas de flores campestres.

Una especie de altar cubierto con tapiz de raso blanco, sustentaba una pequeña estatua de la Virgen del Pilar: y un crucifijo de plata, alumbrado por lámparas de cera blanca, se destacaba entre maceteros de mayos, pomos de ámbar, lirios, mosquetas y pajararillas.

El repique de campanas, las salvas de la guarnición y los raudales de armonía que enviaba la música, en compases marciales, daban á aquella fiesta un aire guerrero--religioso del tiempo de los cruzados.

Era el matrimonio de Quiroza y Tocoya como parte complementaria de los tratados de paz entre indios y españoles.

Merced al ascendiente del P. Anselmo sobre Tocoya, habíase conseguido que ésta aceptara la mano del jefe yaguarzongo á pesar de sus protestas de no contraer nuevas nupcias.

El destino la obligaba á unir su suerte con la del generoso Jefe que tan cariñosa acogida la había ofrecido en su cabaña, á quien era deudora de los esmerados esfuerzos con que había procurado su restablecimiento y cuyo corazón había por ella latido con violencia, desde que estuvo en el palacio de su padre.

Y si bien es verdad que no podía alejar de su memoria

el doloroso recuerdo del desastrado fin de sus padres y de su familia, no ménos que las desventuras de su cautiverio, causadas por su padre, sabía también que Quiroa no tuvo la menor parte, y por el contrario, había maldecido más de una vez la hora fatal en que su padre había permitido á sus guerreros tales crueldades. No ignoraba tampoco los desvelos que le prodigó en su encierro por medio de su madre y cuál fué su anhelo por endulzar su esclavitud.

Por otra parte, ¿á dónde iría después de la muerte de su primer esposo? En Zamora sólo dejaba una hermosa casa que tantas veces había presenciado su dicha de mejores días y sus lágrimas de madre, cuando la muerte de dos niños, hijos de Flavio, en lo más florido de su infancia. En el Chinchipe no le quedaban más que cenizas del antiguo esplendor, de la corte de sus padres.....El conquistador, en la embriaguez del triunfo, había talado sus jardines, arruinado sus palacios, acuchillado á su parentela: y entre tantos horrores se levantaba siempre en su imaginación el fantasma aterrador de la hoguera de sus padres, y ella arrancada á viva fuerza de los brazos de su madre que le consagraba sus últimas miradas de desesperación entre las angustias de las llamas.....

La vida de las ciudades le era antipática y enervante: su corazón lacerado por el infortunio, anhelaba naturalmente por la soledad de las selvas; y aunque su prometido era guerrero y jefe de las tribus del Oriente, en cambio la paz, asegurada por tratados tan solemnes, le daban motivos de esperar que sus últimos días se deslizarian tranquilos en el silencio de las cabafias.

Sólo el temor de que Quiroa pudiera impedirle algún día la práctica del culto católico, habia embargado su resolución y suspendido su palabra.

Tozoya era cristiana y prácticamente piadosa. Desde que conoció al Dios de los blancos, ni un solo día habia dejado de ofrendarle el holocausto de su espíritu en aras de su adoración y de su fe inquebrantable. Su infinita Providencia le habia deparado á los catorce años de edad un ángel de consuelo que le recorriese los velos de un mundo superior é invisible á sus miradas, de donde fluyese para las heridas de su alma el rocío celestial de la resignación y la esperanza.

—Ese ángel era Flavio Páez.

Habia éste en verdad alzado el vuelo á la mansión celeste; pero su sombra vagaba en el santuario de su corazón, como un fuego sacro que iluminaba su camino á través de los escollos de la vida.

El alma de su esposo había subido al seno del Señor, pero había quedado también encarnada en la suya.

Flavio Páez no existía ya en la tierra, pero Tocoya se había apropiado de sus creencias, de sus aspiraciones hacia lo infinito, de sus prácticas cristianas; había bebido la inspiración católica en sus labios; su corazón había palpitado á impulsos del mismo entusiasmo religioso con que juntos cultivaban la caridad evangélica.....

¡Cuántas veces Tocoya, sobre las rodillas de su esposo, había llorado de ternura al escuchar la relación de la tragedia del Calvario, es decir de un joven que era Dios, crucificado voluntariamente por el amor á los mortales!

¡Cuántas veces se sintió involuntariamente caer de hitos ante el relato de ese mismo Dios, niño, nacido en pobre cuna y envuelto en míseros vendados!

Ella, que había saboreado la desventura en lo más fúrido de su edad, que había libado, gota á gota el acíbar de la orfandad y de la desesperación en el amargo cáliz del cautiverio, cuando conoció que había también para sus desgracias el seno paternal de un Dios, donde reclinar su frente abatida y derramar su corazón atribulado, abrió con avidez su alma á la nueva religión y recogió con vehemente emoción las dulzuras encerradas en sus misterios de amor, en sus prácticas de caridad, en sus enseñanzas divinas, no de otro modo que una tierra virgen, tostada por el sol de estío, se refresca con las lágrimas de la mañana, ó como el capullo de una flor, azotado por el cierzo, se abre á las primeras auras de la mañana.

¡Tan natural es al sér humano amar con ardimiento á los que enjugan su llanto, calman su dolencia, valoran sus penas. Tocoya se abrazó á la cruz con plácida sencillez, abrió sus miradas, nubladas por el lloro infantil, á un nuevo horizonte y á una nueva vida, y acabó el sufrimiento y el dolor santificado y embellecido por el Hombre—Dios.

Flavio había sido la puerta de ese nuevo cielo que se dibujaba ante su atónita imaginación con reflejos tan sublimes, y ella á su vez quería ser también el ángel protector de Quiroa, para encaminarlo por la buena senda.

Bien hubiera podido exigir de Quiroa que recibiese el bautismo en cambio de su mano; pero el P. Anselmo, hábil y experimentado misionero, no creyó oportuno violentar la voluntad del jefe indio, esperando que una instrucción sólida ó insinuante preparase la ocasión propicia para la conversión, no sólo del jefe, sino de las tribus á él sujetas.

Una vez bautizado Quiroa, los payanás y sus aliados insensiblemente se agruparían en torno de la cruz; guerreros como eran, debían también ser profundamente religiosos, toda vez que en las campañas de las selvas, los ritos del culto y los sacrificios son como el alma que los vivifica.

Suprimido, pues, el error y la superstición, en su lugar debían brillar en todo su esplendor la luz de la verdad y el culto del Redentor.

Al P. Anselmo y á sus hermanos en religión les era casi imposible permanecer incesantemente entre los payanás y las demas tribus. Era, pues, indispensable que un catequista sagaz y entusiasta viviese al lado de Quiroa, aprovechando las coyunturas más favorables para derramar la luz en esa alma, sumergida en una atmósfera de tinieblas.

Y Tocoya era el sér destinado por la Providencia para sembrar la buena nueva en el corazón de su esposo y de sus súbditos; se ofreció, pues, con heroica abnegación á ejercer ese ministerio bendito: el sacerdocio de la caridad.

Y Quiroa se gloriaba de haber arrebatado su esposa á Flavio Páez, como el mejor trofeo de su victoria.

La ceremonia matrimonial se verificó, pues, delante del altar improvisado en el primer patio de los Dominicos. El P. Anselmo la llevó á cabo, después de asegurarse de que los hijos de este matrimonio serían educados en la religión de los blancos. El Dr. Blacker y la señora del Corregidor servían de padrinos á la célebre pareja que atraía todas las miradas.

Quiroa ostentaba en su vestido todas las galas del guerrero americano: sin afectar soberbia ni bajeza, descu- bríase en su figura al jefe de un gran pueblo, acariciado por los genios de la felicidad.

Su pampanilla que le cubre hasta las rodillas, lleva, entre el tejido de los filamentos vegetales de que está formada, variedades de plumas de colores aterciopeladas, primorosamente combinadas con abalorios de sangapi- lla (1) y colgantes de oro y conchas.

Ciñe su cabeza una especie de llautu, (2) con plumas de guacamayos, perdices y faisanes, y recamado con colibríes y colorines disecados.

De sus orejas cuelgan pendientes de chonta, color de azabache, con incrustaciones de oro fino y al rededor de sus piernas, brazos y cuello, brillan con profusión sartas

(1) Cuentas vegetales para hacer rosarios. (2) Turbante de colores.

de chilchiles (1) entremezclados con colmillos de animales marinos, cuentas de poloponta, conchas y otros mariscos.

Sus pies están defendidos por sandalias de cuero de eriso (2) y borceguies de piel de ardilla. Acaban de formar su adorno la mochila de alegres tintes, tejida con cáñamo de chambira y cuajada de flechas con algodón de viaba, y por último la onorme lanza de *aula*, ó cobre templado, engastada en chonta color de ébano.

La profusión de adornos de este raro personaje, dan á primera vista á su tez bronceada y al conjunto de su fisonomía un aspecto repulsivo; pero aualizados los detalles se descubre en las facciones de su rostro un aire franco que revela la generosidad y al mismo tiempo la entereza varonil. Ojos pardos, de mirar lánguido y tranquilo, boca dilatada hacia los ángulos, algún tanto entreabierta, mejillas ligeramente contorneadas por la fuerza de la juventud aunque con pómulos salientes, nariz perfectamente recta y algo ensanchada en sus ventanas: hé ahí á grandes rasgos el conjunto de Quiroa.

La robustez de su organismo, la fuerza vital que se advina bajo su epidérmis, la perfección de sus contornos y toda su musculatura le asemejan á los antiguos atletas de la Grecia ó al Hércules de Fidas.

Por complacer á Mr. Blacker, Quiroa había suprimido de sus adornos el pintarrajeo de su persona, indispensable en las grandes fiestas del salvaje americano; y sólo un carmin medio oscuro tenía en partes su rostro, que no dejaba de formar contraste con la palidez de Tocoya. Esta, muy sencillamente ataviada, había aprendido de los blancos á ocultar las perfecciones femeniles á las miradas profanas: una túnica de cambray azul celeste, ligeramente salpicada de lentejuelas blancas y con abalorios de cristal, la cubría desde el cuello hasta los talones; y excepto un pendil color lacre, tejido de chambira y primorosamente recamado con cuentas de oro, conchas, miniaturas y plumas de chiricles de varios colores, que le había regalado Quiroa, como distintivo de su dignidad, el resto de sus adornos estaba reducido á una corona de escabiosas, (3) sobre sus cabellos negros destrenzados á la espalda, y un par de borceguies de piel de castor, con pasamanería y estrellas de cristal dorado, obsequio de la *Corregidora*.

En cambio, las gracias que la naturaleza había derramado en todas sus facciones, daban á la fisonomía de To-

(1) Casenboles. (2) Puereco. [3] Planta con flores azules en forma de cabezuela.

coya un encanto indefinible: su andar era de princesa; las miradas plácidas y melancólicas que tímidamente lanzaban sus grandes ojos negros, cautivaban á cuantos eran objeto de ellas; y aunque las huellas del dolor habian ajado sus mejillas, robandoles su grana de otro tiempo, en su conjunto se advertía un no sé qué de misterioso y seductor que fascinaba al primer golpe de vista.

No á otra cosa debe atribuírse ese sentimiento de marcada simpatía que manifestó el populacho de la ciudad, durante la presencia de los contrayentes en medio del tumulto, y el orden y la parsimonia observados por el pueblo contra su natural costumbre de saciar su hilaridad á expensas de los jibaros.

Cuando la comitiva salió de la portería dominicana para dirigirse al opiparo banquete, preparado en la casa del Corregidor, una salva de la guarnición real, hizo salir desprovorida una bandada de andoriñas (1) cayendo al mismo tiempo á los pies de Quiroa un nido con sus polluelos que fueron pisoteados por la multitud.

Como si hubiese caído un rayo en pleno meridiano, Quiroa manifestó su impresión, por una nube que se extendió sobre su semblante, dejándolo aterrado; pero supo dominarse en el acto y devolver á su actitud la calma y serenidad que requería el órden de la fiesta. Sin embargo la huella de este incidente quedó impresa en su alma como un fantasma fatídico que venía á robarle su felicidad; pues el espíritu supercioso del salvaje americano ve en estas coincidencias el preludio de mil desgracias cuyo origen es el destino.

La concurrencia invadió la casa del Corregidor entre el estruendo de los lúncaris y pingullos, (2) de los indios, los acordes de la banda militar y las salvas de la guarnición. Para festejar á su jefe los principales caciques, desde el Yarusé y Tahuabúa, hasta más abajo del Urumanga habian traído tropas de guerreros indios, adornados á usanza militar, que ejecutaban maniobras marciales y simulacros de batallas. El ruido de los taquis y de los quipas, (3) el estruendo del suelo bajo las danzas de los guerreros; el sonido de los cascabeles y los ruidos del pueblo; los juegos del intinacuy y del huarchina (4), todo ese torrente de voces, de gritos, de movimiento y animación repartían la vida por donde quiera y la alegría se dibujaba en todos los rostros de indios y blancos.

[1] Golondrinas en Galicia. [2] Tamborcillos de baile, pifanos ó flautas. [3] Tambores y trompetas de guerra. [4] Juegos de lucha y de pelota.

Sólo en él de Tocoya se dejó notar por un momento una nube de melancólica turbación que no pasó desapercibida para su esposo; pero atribuyéndola éste á la impresión producida por el nido de andoriñas, procuró solazar á su esposa con la mayor serenidad del mundo, á pesar de que estaba también él sobrecojido con aquel evento de mal agüero.

Tocoya se retiró á una pieza inmediata, aparentando deseos de descansar; mas no era éste su anhelo, sino el de abrir su corazón al P. Anselmo para encontrar algún lenitivo á sus temores... ¿Pero cuáles eran estos? ¿El prosagio del nido descolgado, había herido también la innata susceptibilidad de Tocoya, hasta el punto de obligarla á ocultarse, en sus instantes de angustia, temerosa de que leyeran todos en su rostro el motivo de su agitación? ... No, no eran las supersticiones lugareñas las que habían trastornado su imaginación, haciéndola ver en lontananza cuadros aterradores y sombríos, porque educada en la religión de Flavio Páez, había aprendido á despreciar las preocupaciones de la idolatría y de la ignorancia y á no descubrir en los hechos contingentes de la vida, más que el dedo de la Providencia sabia y benigna, encaminándolos á un fin soberano y digno de su infinita sabiduría. Empero, no podía desprenderse de la sensibilidad inherente á su sexo y por lo mismo, concebir serios temores por el secreto que sólo ella guardaba.

El P. Anselmo, separándose de la sala del festín, donde continuaba lo demás de la concurrencia, llegó al aposento de Tocoya.—¿Te haz indispuesto?—dijo á ésta mientras acercaba su asiento á la hamaca de chambira en que ella descansaba.

Tocoya, por toda respuesta hizo señas al P. Anselmo para que entornara la puerta, como temerosa de ser escuchada desde afuera.

—Mi desgracia es mayor de lo que puede imaginarse —dijo Tocoya, bañándose en sus lágrimas...

El religioso sin sorprenderse por estos arranques mujerieles, fijó en su protegida una mirada escrutadora, de esas que rompen los velos más espesos tras los cuales se esconden los misterios del corazón, y sin separar la vista de Tocoya.—¿Has visto la dijo—algún desdén en tu marido?

—No, Padre,—mi esposo me idolatra más de lo que merezco. Pero las horas de ventura que él pensaba saborear en nuestro enlace, pronto se le cambiarán en amargo desengaño....

—Entonces tú odias á Quiroa y te has arrepentido de tu matrimonio?...

—Te amo como el deber me lo prescribe; y aunque no fuera su esposa, la gratitud me obligaría á amar al sér que tan generosos desvelos ha ofrecido á mi orfandad.

—Luego, ¿por qué nublas el cielo de tu felicidad, hoy que te sonrís tan límpido y sereno? ¿Escondes por ventura algún horrible crimen?

—No es el crimen, P. Anselmo, el que abruma mi alma que ha sido y es inocente...sinó la fatalidad la que me aplasta con toda su pesalumbre y me condena á una muerte espantosa y desesperada.....

—¿A la muerte?...Pues no comprendo....Expíciate mejor....

Tocoya al pronunciar sus últimas palabras se cubrió el rostro con las manos, no tanto para ocultar el llanto en que estaba anegada, cuanto por quitar sus miradas del cuadro horripilante que se delineaba en su exaltada imaginación. Pero, apresurándose á enjugar las lágrimas con sus cabellos, continuó:

—Talvez no ignoras, P. Anselmo, que en nuestras tribus, se observa hasta la exageración una ley bárbara que hace morir, entre las llamas de una hoguera á la infeliz mujer que tiene la desgracia de introducir á su matrimonio otro hijo que no sea el de su esposo, y yo,.... yo soy esa culpable.....

La cabeza de Tocoya se inclinó sobre las rodillas, sostenida por sus manos, bien así como el delicado lirio dobla su corola ante la violencia del huracán.

—¿Eres tal vez madre? prosiguió el P. Anselmo.

—Siento en mi seno agitarse un nuevo sér....

—Pues, debiste manifestar este incidente antes de celebrar el matrimonio.

—No lo había sospechado; y sólo he llegado á convencirme de la realidad, en el momento en que unas andoriñas espantadas con el fragor de las salvas arrojaron á los pies de mi esposo un nido de polluelos, así como sabemos de la portería.

El misionero bajó la cabeza y guardó silencio, abarcando de una mirada la difícil situación de Tocoya, y dando á su acento la calma que entonces no sentía:

—Traquilízate, Inés, dijo dulcemente, hay todavía remedio para precaver los resultados; y si te arrojas confiada en los brazos del Señor, El sabrá librarte de la muerte que presentes.

—No es el apego á mi vida lo que me hace temblar por el porvenir, sino el desastrado fin del sér que llevo en mis entrañas; pues conforme á la misma ley que condena á la madre á una muerte inevitable, su infeliz hi-

jo será sacrificado al sanguinario Cúpay (1), sirviendo sus delicados miembros de pábulo á las llamas de su altar....

Tocoya no pudo continuar, ahogada su voz por el acerbo llanto maternal que caía á torrentes sobre sus mejillas, no de otro modo que el sauce del cementerio arroja de sus hojas la abundante lluvia, sacudido por el huracán.

El cuadro de sangre que se bosquejaba á su imaginación, nó podía ser más desgarrador: ella sabía que los yaguarzongos, celosos hasta el delirio de la observancia de sus leyes, no ejercerían misericordia con ella ni con su esposo por ser extranjeros: por el contrario, si éste, como jefe guardaba silencio ó se mostraba de cualquier modo cómplice en la impunidad, quedaría comprendido con toda su parentela, en las mismas penas, y concitaría la indignación pública, especialmente la de muchos envidiosos y descontentos de un gobierno advenedizo.

El P. Anselmo penetró también en el fondo de la terrible realidad; pero en su ahinco por arrancar del suelo americano las supercherías y prácticas inhumanas de los indios, concibió un plan salvador de las dos víctimas, ambas inocentes. Mr. Blácker entró como el alma de dicho plan y como el ángel que detendría la espada exterminadora.

Acordóse, pues, que Tocoya guardara silencio y no diese á sospechar á su esposo el secreto, el cual sería observado religiosamente por los tres. Más tarde el ascendiente que Mr. Blácker ejercía sobre Quiroa, el prestigio de su ciencia reputada como divina entre los indios, y sobre todo su integridad ya proverbial en toda la población, serían suficiente garantía para que el médico explicase un alumbramiento anticipado y desconcertase las sospechas que pudieran germinar.

Cual el náufrago que en noche tormentosa no alcanza á divisar más que el abismo sin fondo que le servirá de sepulcro y que próximo ya á hundirse, de repente hace pie en un arrecife ó se hace de un escollo que le libra de la muerte, así Tocoya, sumergida en el mar de sus amarguras, acogió con avidez las indicaciones de sus dos interlocutores, y la negra tempestad que se cernía sobre su cabeza, principió á disiparse como por encanto. Las palabras del misionero habían derramado bálsamo en las heridas de su corazón, y ella con el candor de un niño, se había reclinado dulco y tranquilamente en brazos de la amistad y de la religión, dos baluartes para ella más

(1) Dios del mal.

seguros que todos los poderes del mundo para conjurar todo peligro.

Después de borrar el llanto, para que ninguna huella de dolor pudiese denunciar en ella las emociones que acababa de experimentar, mostrose á su esposo cariñosa y apacible; tan así como la mariposa, que después de cruzado invierno sale de su cueva, para dorar el terciopelo de sus alas con los primeros rayos de un sol de estío.

Las fiestas tocaron á su fin, y Totoya constituida en la cabaña de Quiroa, consagróse con esmero á rodearlo de cuantas atenciones le sugería su índole amable y complaciente, y en especial su amor de esposa, santificado por la religión y embellecido por el agradecimiento....

X.



N el extremo septentrional de la *Calle de la Concha*, deslucase una casa de paredes blanqueadas, completamente aislada de otros edificios. A primera vista parece un Monasterio, si se mira su puerta de entrada guarnecida con barrotes de hierro y ferrada por la espalda con tablas con nogal.

Para suavizar la monotonía que ofrecen al espectador los desnudos muros de la Calle de la Concha, los vecinos de las pocas covachas que en ellos están incrustadas han plantado á lo largo de sus aceras dos hileras de aramos, azarquirus y floripondios que atraen bajo sus follajes á muchos desocupados en las tardes de verano.

Extrañará talvez el lector que abandonando nuestro relato, lo conduzcamos bruscamente al sitio que dejamos medio bosquejado; pero aparte del poder que acompaña al novelista para franquear distancias inconmensurables, crear mundos, evocar recuerdos, fantasear hechos y seres desconocidos, colocarse, en fin, en regiones inaccesibles, con las alas invisibles y los saltos de gigante que le presta la imaginación, debemos advertir, en gracia de la claridad, que la visita que le obligamos á hacer á la casa, objeto de este capítulo, lo será muy provechosa si quiere enterarse de los acontecimientos de esta historia.

La casa en cuestión pertenecía á Flavio Páez, y en consecuencia á su viuda la actual esposa de Quiroa. Este, antes del matrimonio, había renunciado todo derecho sobre la casa, para que su esposa pudiese más tarde destinarla á un objeto de beneficencia.

El Capitán Páez la había adquirido de un modo original.

Cuando, después de la conquista de Cumbinamá, Flavio Páez se unió en matrimonio con Tocoya, pidió su retirada del ejército español; y, para alejar á su esposa del teatro de sus desventuras, escogió por residencia la capital de Yaguarzongo, centro entonces del comercio, de la industria y hasta cierto punto de la civilización.

Mediante un regular sueldo que le decretó la Corona como á capitán retirado, Páez abandonó la vida de los combates y se retiró á Zamora para dedicarse con ardor á los cuidados domésticos, saboreando al propio tiempo las dulzuras que encontraba en su himeneo.

La casualidad le hizo amigo de Mr. Blácker.

Según la costumbre del Corregimiento, ningún forastero podía domiciliarse en Zamora, sin comprobar su procedencia, profesión, oficio y todos sus antecedentes, ante el Cabildo de la ciudad, al cual de ordinario era convocado Mr. Blácker, no como vocal ó miembro de él, sino en calidad de consultor, por la deferencia que se guardaba á su integridad, á su profundo saber y á su carácter franco y complaciente.

Compelido Páez á presentarse ante el Cabildo, no pudo justificar sus derechos sobre la caja real de Zamora, de la cual debía tomar sus sueldos, ni comprobar su filiación, por habérsele atrasado en el camino sus despachos y documentos. Y aunque la fama le había conquistado un nombre glorioso en las colonias españolas, el poco boato de su comitiva, en la que se distinguía una joven india de belleza artística, y una negra, también joven, produjo contra el viajero una impresión desagradable que lo envolvió en una atmósfera de repulsión y que para él no pasó desapercibida.

Pero el Dr. Blácker, insigne fisonomista, y profundo conocedor de las vicisitudes humanas, comprendió al punto todas las dificultades que pudieran volver embarazosa la situación del Sr. Páez; y sin dar lugar á discusiones.—Usted, caballero, dijo á Flavio, se dignará aceptar por hospedaje mi modesto hogar, y cuando lleguen sus credenciales, queda por mi cuenta arreglar sus asuntos con el Cabildo.—Gracias, Sr. Blácker.—dijo con manifiesta emoción el Capitán.

El acento firme y grave del doctor, sus modales finos y aristocráticos y hasta el aire de autoridad con que se imponían sus palabras á cuantos le escuchaban, hicieron conocer al capitán que esta vez la suerte le había deparado en su camino una estrella protectora de sus pasos, para conseguir en Zamora el logro de sus aspiraciones, que no eran otras, á decir verdad, sino vivir tranquilo y solitario en el seno del hogar doméstico.

Poco tiempo después del incidente que acabamos de historiar, veíase á dos hombres departiendo familiarmente en uno de los anchos corredores de la casa, á donde hemos conducido al lector, en la calle de la Concha. Eran Mr. Blácker y Flavio Páez, ambos plenamente satisfechos de haberse ligado con los dulces lazos de una amistad cultivada bajo el mismo techo.

El doctor Blácker, cuando llegó en Zamora, habiase establecido en la casa de la tía Perruja, que se hallaba totalmente inhabitada. Llámábasela así por haber pertenecido á la mujer de un Notario de célebre memoria y á la cual el bajo pueblo había bautizado con aquel apodo.

Los herederos de la tía Perruja habían abandonado la casa para habitación de duendes y fantasmas; pues no había hijo de vecino en la calle de la Concha, que no asegurase haber visto ó oído, apariciones, estruendos, crujidos y lamentos espantosos que hacían de aquella mansión una barandía de demonios.

Antes de alquilarla el doctor Blácker se contrajo con un habitante de la calle de la Concha, para descubrir el paradero de los dueños de la casa.

—¿Y, usted, Sr. doctor, pretende habitar en esa casa? —dijo estupefacto el vecino.

—Claro está: precisamente para alquilarla busco á su dueño.

—Pues, expone su pellejo, è infaliblemente será víctima de los duendes que allí habitan.

—Pero á mí me han asegurado, caballero, que la casa estaba sola; y efectivamente hacen dos horas que la he visitado y á nadie he encontrado. Extraño, pues, que se hubiesen anticipado en tan corto tiempo, á ocuparla los señores de que Ud. me habla.

El vecino sonrió maliciosamente, comprendiendo desde luego la ingenua sencillez del extranjero. Deseoso de pasar á sus expensas un rato de buen humor, continuó:

—Es que esos señores duendes se han apropiado de la casa contra la voluntad de su dueño.

—Tanto peor para ellos. Porque con una autorización ó poder en forma del señor dueño, corre de mi cuenta mostrarles el camino para que lleven la música á otra parte; y si se resisten....

El doctor hizo con la cabeza un ademán de entereza varonil, sacando al mismo punto de los bolsillos de su paletó dos hermosas pistolas.

El interlocutor que tenía ínfulas de literato, se acordó en ese momento de D. Quijote de la Mancha en el lance aquel de los Molinos de viento.

—Por lo mismo que se ha cometido una injusticia— continuó el doctor—átropellando los derechos de un propietario, me interesa más llevar á cabo el contrato de arrendamiento.

--Los nuevos habitantes de la casa, están fuera del alcance de sus balas, y en su arbitrio está hacer mal á todos sin que ellos reciban un rasguño.

—¡Imposible! Yo les haré poner los pies en polvo—sa. Aunque tuvieran el cuero de un jabalí, por los dos costados les traspasaría con mis pistolas.

El doctor Blácker principiaba ya á indignarse de la insolencia de esos personajes, descritos por el vecino; y ésto, satisfecho de haberse reído en sus adentros de los arranques valerosos del extranjero, no queriendo se tomasen á burla sus palabras, dijo con verdadera seriedad:

—Siéntese un momento, mi doctor, y sabra lo que circula como historia de la casa:

“En la época de la fundación de esta ciudad, y cuando se trazaba el palacio de Cabildo, apareció un sujeto de incierta procedencia que se llamaba D. César de Ogáñez.

Congraciado con el Corregidor, tomó á su cargo la dirección de los trabajos del palacio; y sus aptitudes en el ramo arquitectónico, dieron por resultado la conclusión inmediata de la obra.

Como premio de su desprendimiento, laboriosidad y conocimientos, el Cabildo obtuvo de la Corona el nombramiento de Notario público del mismo, que le fué asignado á D. César con más el de Procurador general de la caja real, ambos empleos vitalicios y de pingües emolumentos.

Para la recaudación de los quintos reales, en la cual tenía jurisdicción privativa, se le concedieron en propiedad algunas hectáreas de terreno, al extremo de esta calle, donde construyó la casa que tenemos á la vista, que le sirvió de guarida, durante veintiocho años. Allí se instaló con su esposa doña Jacinta de Neiva, y un negro esclavo que hacía de cocinero, llamado Blasco. Un año entero después de la instalación, nació un hijo de este matrimonio, hoy único heredero de la casa.

Los deudores al Cabildo y á la Caja real, tenían que entenderse con D. César para cancelar sus deudas; los empleados públicos y militares para la recaudación de sus despachos y percepción de sus sueldos; los directores de industrias y de artes; los mineros y compradores de terrenos del Cabildo, los litigantes en materia judicial, y en general todo hijo de vecino que interesaba hacer valer sus derechos políticos y civiles, ante la ley, tenía que

ocurrir á la fe pública del empleado estacionado en el extremo de la Calle de la Concha; y su casa fué bautizada por el vulgo con el significativo nombre de *La Tarasca*. (1)

Las malas lenguas, aguijoneadas por no sé qué descripción que se hacía en la Crónica de la *Gaceta de Madrid*, de un religioso apóstata que había fugado de las cárceles del convento de Ermitaños de San Agustín, principiaron á bincarle el diablo á D. César de Ogasáez, por encontrarlo muy parecido á Fr. Esteban Padilla, cuya exacta filiación se hacía en la *Gaceta*.

Mr. Blácker, cada vez más entusiasmado con la relación que escuchaba: luego no eran muy limpios—exclamó—los antecedentes de nuestro personaje.

—Lo peor para D. César—continuó el historiador—fué que al poco tiempo vino inserta en la *Gaceta* la carta escrita por un soldado retenido en la cárcel de Bilbao por el robo de las alhajas de una iglesia, cuando venía en compañía de una mujer que había traído de los Pirineos, después de la campaña contra Francia.

—Materia suficiente para que caiga otro pájaro en la trampa, exclamó Blácker con hilaridad.

—La carta decía en compendio que se había comprobado la inocencia del soldado; que la pirenaica Carlota Flaucáis que lo acompañaba era la autora del robo y había alzado con las alhajas, la cual apenas apresaron al soldado, se había hecho á la vela, en un buque que zarpaba para América, junto con un sujeto que parecía muy sospechoso. En seguida se daban los pelos y señales de cada uno de los dos.

—¡Bella pareja!... dijo Blácker—la de un *frache* y una *guaricha* (2) en el suelo de la virgen América...

Las gentes principiaron desde entonces á mirar con desconfianza á la célebre trinidad de la Tarasca; pero como todos necesitaban al Notario y mucho más á doña Jacinta que hacía de Mentor y Cicerone de la casa, se hacían de la vista gorda en lo que tocaba á las noticias de la *Gaceta*.

Los muchachos especialmente, con su ingénita curiosidad, estaban en atalaya de todo lo que se hacía dentro de la Tarasca; pero la Sra. Jacinta, burlaba su curiosidad por más que se acercasen en puntillas: pues con sólo aplicar su pupila al orúmen practicado en el escondrijo de la portería, tenía tiempo y espacio para rega-

[1] Monstruo imaginario con que se designaba en América la ambición española. (2) Apodo que se da por desprecio á las mujeres de los soldados.

larles desde adentro asperges de agua de ají y lejía y canutillos embutidos con sal, nicosiana y jacapa. Este ofato de galgo, le mereció el apodo de la *tía Perruja*.

Las dos puertas con llave que tenía el largo zaguán de la casa, la primera manejada por la tía Perruja y la de más adentro por el Notario, impedían penetrar á todo el mundo hasta el despacho de este empleado, sin someterse antes á un prolijo examen sobre el objeto de su visita. Si resultaba lucrativa para las arcas de la casa, la tía Perruja oprímia el botón de un resorte que avisaba al Notario la presencia de un pollo que desplumar, y la segunda puerta se abría al instante. Si no ofrecía provecho alguno, el cliente era despedido, á pretexto de que *el Señor estaba ocupado en asuntos del Rey*, á no ser que, para posponerlos se violentase la escrupulosidad de conciencia y el celo del Sr. Notario por los *negocios reales*, ofreciéndole la propia de un doblón ó de un escudo. A la Sra. doña Jacinta era también necesario agasajar á fin de que interpusiese su influencia, por el pronto despacho.

—¿De modo que en lugar de una caja habían dos— observó el Dr. Blácker—y los dos de la pareja, podían hacer competencia á una Bolsa de Londres y á los mejores gerentes de un banco.

—Iban al partir de utilidades, porque habían hecho Compañía de *Socios industriales*—contestó el vecino con cierta seriedad burlona.

En efecto,—continuó—por la declaración tomada al negro Blasco, después de la muerte de nuestros héroes, se supo que la Perruja tomaba cuentas mensuales al Notario, y que éste tenía que dividirse con ella del último maravedí que entraba en la caja *industrial*, especialmente del producto de los quintos reales del cual se dejaban como una tercera parte, merced á la destreza de D. César, en las operaciones de contabilidad. Cuando la partición no estaba arreglada á la conciencia, entonces los dos socios entablaban riñas y reyertas, en las cuales recíprocamente se sacaban á *pampa* sus defectos, procedencia y todos los antecedentes y milagros de su vida.

—De modo que el negro era como el índice ó el compendio de esa obra de fraude, en dos volúmenes de á folio—dijo Blácker con aire chocarrero.

—El negro no tomaba cartas en los negocios, aunque los adivinaba, excepto cuando eran necesarios sus oficios para la inhumación de algún cadáver que resultaba en casa.

—¡Diablos!.....¿También eran asesinos?—dijo espantado el médico.

—Desaparecieron, como por encanto, muchos viajeros hospedados en la Tarasca y entre ellos un portugués comerciante en pedrería y alhajas preciosas.

—¿Luego el negro era cómplice en los asesinatos?

—No; era sólo sepulturero.—Como esclavo no podía ante la ley denunciar á ninguno de sus amos, y por otra parte carecía de pruebas.

—¿Y el cadáver no era el cuerpo del delito?

—Pero la muerte le explicaban á su gusto, como resultado de una casualidad fatal. Hé aquí cómo: ¿Usted conoce ya esa especie de azotea, arruinada al último muro de la casa en la parte trasera del huerto?

—Sí, Señor.

—El muro corresponde exactamente al filo del peñasco, en cuyo fondo se extiende un barranco profundo que sirve de canal á las avenidas de la corillera, durante el invierno.

—Es verdad.

—Ese barranco es un dilatado precipicio que mide como cincuenta pies de profundidad.

—También es cierto.

—Pues á pretexto de gozar de la vista de las selvas ó de tomar el fresco de la brisa, la víctima era allí llevada y con un ligero empujón de los dos socios, era fácil que el curioso diese un salto mortal, ó tuviese el gusto de resbalarse hacia el barranco, destapándose la tapa de los sesos.....

—Lo comprendo todo ahora.... La muerte era infalible.

—Al negro se le ponderaba la desgracia hasta con lágrimas en los ojos; y éste por no envolverse en algún desenlace de funestas consecuencias, guardaba silencio y obedecía ciegamente, ocultando el cadáver.

—Debía á lo menos avisar á la autoridad.

—Se le había tapado la boca con la promesa de su redención; y ciertamente el Notario extendió, ante la autoridad del ramo, la escritura de manumisión que la guardó el Sr. César entre sus papeles importantes.

Un día, muy por la mañana, la gente se aglomeraba bajo la alameda de la Concha hasta frente de la Tarasca. Grupos de soldados, alguaciles y regidores de Cabildo, Procuradores, y hasta el mismo Corregidor hallábase empeñados en descerrajar las puertas de la habitación del Notario, sin poderlo conseguir. Llamáronse cerrajeros, picapedreros y albañiles, y sólo después de dos horas de trabajo penoso y sostenido vinieron las puertas á tierra, repitiéndose la operación con la segunda puerta que franqueaba al despacho del Notario. ¿Qué había sucedido?.....

El negro Blasco había escalado el muro póstero que encerraba el patio donde estaba su bohardilla, la cocina y más piezas del servicio doméstico. Sólo por ese costado quedaba el muro al descubierto, y los otros tres del patio sostenían el techo y corredores del edificio. La puerta que ponía en comunicación este patio con el primero de la casa, era maciza y le hubiera sido imposible forzarla; y la llave la manejaba la Sra. Jacinta por la parte inversa. No había otro medio de evasión que el escalamiento de la muralla..... Pero ¿cómo realizarlo?..... Arrimó, pues, al muro todo el mueblaje de la cocina y comedor que se hallaban bajo su jurisdicción, y desgarrándose las manos y los pies, logró coronar el muro á beneficio de un madero que le sirvió de apoyo; pero ya encima quedó horrorizado cuando sacó la cabeza y midió con la vista la profundidad del barranco. Le sobrecojieron vértigos, se le desvaneció la cabeza, y careciendo de cuerdas é instrumentos para el descenso al exterior, quedó un momento sentado en cuñillas y las manos apoyadas para sostener el cuerpo que le parecía balancearse como enazogado.....

Derrepente concibió una idea: la de improvisar un cabo ó una cuerda de toda su ropa, despedazándola en girones; más para esto era necesario volver á su bohardilla y el descenso por el madero, hasta tocar en el mueblaje era peligroso y difícil: como un león del desierto excavó con las uñas hasta formar sobre el muro una especie de ranura, y poniéndose de vientre buscó con los pies el madero, y colgándose de las ranuras se deslizó por él, abandonándose al peso natural del cuerpo; pero el madero, saliendo del punto de apoyo cayó con él, despedazó el mueblaje sobre que descansaba y le causó dos heridas en el hombro y en la espina dorsal. Sintió coagularsele la sangre y un sudor glacial bañó todos sus miembros; pero repuesto algún tanto de la impresión de la caída y del dolor de las heridas, principió á clavar estacas en la pared hasta una considerable altura, valiéndose del mismo madero. En seguida fué atando en las estacas pedazos de cuerdas, forjadas de todas las prendas de ropa que pudo haber á las manos. A medida que subía llevando consigo otras estacas para clavarlas sobre la altura de la cabeza, las cuerdas atadas en las de abajo le sostenían el cuerpo por la cintura impidiéndole volcarse de espaldas. El trayecto era largo y el trabajo angustioso y expuesto á la muerte; pero después de infinitos esfuerzos y algunas horas de ansiedad, logró al fin sobreponerse á la muralla, en donde jadeante y desfallecido se extendió de costado

hasta tomar aliento y restaurar las fuerzas agotadas, meditando entre tanto el modo más seguro de descender al barranco.

De rato en rato el infeliz Blasco volvía los ojos al interior del edificio que tenía á su espalda, tético y silencioso como el cementerio. Parecía distinguir apariciones siniéstras que se levantaban en pos de él, como para arrastrarlo de nuevo al patio que acababa de abandonar. Entónces, apesar de la palidez lívida y mortal que cubría su rostro y del temblor que sentía en todo su organismo, cual si estuviese atacado de fiebre intermitente, sacando fuerzas de flaqueza, comenzó con ardor su impropio trabajo: clavó dos fuertes estacas verticales al muro, y midiendo otra vez la altura que le separaba del barranco, calculó la longitud de la cuerda que llevaba consigo para descollgarse. Esta era más del duplo de la altura calculada, y por lo mismo podía hacer algunos nudos que de trecho en trecho le sirviesen de apoyo. Ató en las estacas los dos extremos de la cuerda y así duplicada le serviría una rama para las manos y otra para los pies.

Concluidos los preparativos, se sentó en cuclillas, pensativo y nervioso, sin resolverse todavía á abandonarse al abismo. Por un instante se le heló la sangre en las venas á la idea de una muerte próxima, caso de la ruptura de la cuerda; pero un estruendo sordo y fatídico en el interior de las habitaciones, parecido al que produce un torrente desbordado, cuando se levanta el dique que lo aprisiona, lo decidió en el acto al peligroso descenso, asiéndose de una cuerda con ambas manos, mientras que con los pies se apoyaba en los nudos de la otra.....El dorso de las manos comenzaba á desollarse, rozándose contra las asperezas de la pared, y cargado el cuerpo en la cuerda de los pies, ésta cedió al peso, rompiéndose en la mitad. Colgado entónces sólo de las manos y un poco de costado, la tensión de la cuerda iba aumentando gradualmente á medida que por ella se deslizaba; y á los dos tercios del trayecto la segunda cuerda se rompió, cayendo el negro contra las piedras del barranco bañado en sangre y sin señales de vida.....

¡Desgraciado Blasco! La muerte se cernía sobre ese tronco humano, exánime y descoyuntado, y la soledad y el silencio de los sepulcros aumentaban en aquel sitio el aspecto aterrador de aquella escena solitaria. Blasco se encontraba exactamente sobre la tumba del portugués sepultado por él, hacía dos años. Cualquiera hubiera pensado, al contemplarle tendido boca arriba, y la cara ensangrentada que era el fruto de algún crimen, perpetrado

de en los alrededores de aquella casa.

Cuando el negro volvió en sí y principió á reanimarse, el sol se hallaba en más de la mitad de su carrera. Blasco hizo un esfuerzo para sentarse, pero no pudo; el un brazo estaba descoyuntado y la cabeza le pesaba como si fuese de plomo: aún no se daba cuenta de lo que le había sucedido, ni dónde se encontraba. Pasó una media hora, hasta que al fin la robustez de su organismo le devolvió la fuerza vital: se limpió la sangre de los ojos y medio arrastrándose se arrimó de espaldas contra la pared del barranco. ¿Cómo para salir de allí?... La cabeza se le desvanecía, no podía ni aun arrastrarse sin sentir dolores indecibles en todas las partes de su cuerpo magullado. No tenía ni aliento para respirar: nadie podía llegar hasta él en estos parajes inaccesibles, excepto una fiera hambrienta atraída por el olor de la sangre. Por un momento se dibujó en su fantasía el cuadro horripilante de un tigre, sacando contra él su enorme cabeza y clavándole en la cara sus garras y sus dientes: dos lágrimas de desesperación y de agonia rodaron por sus mejillas lívidas y contraídas.

Pero el instinto de la conservación le hizo adelantar algunos pasos, buscando una salida que recordaba había conocido, cuando el enterramiento del portugués, y que en sus cálculos conduciría á alguna de las quintas que quedan en los arrabales orientales de la ciudad. ¿Pero cómo treparía la enorme cuesta que corresponde á un largo trayecto de esa salida? Continuó, sin embargo arrastrándose penosamente, semejante á esos escarabajos mutilados que se ocultan deslizándose bajo las basuras de una cloaca.

La noche comenzaba á extender sus negras alas por las concavidades del barranco, y las selvas se veían de ese aspecto plomizo y centicento que las vuelve tan solemnes á la hora del crepúsculo. Si continuaba allí aquella noche su muerte era inevitable; no había, pues, tiempo que perder. Durante un minuto le pareció distinguir unas sombras movibles y ambulantes, que simulaban figuras cadavéricas, cubiertas con sudarios sepulcrales. El miedo le dió fuerzas y emprendió el ascenso de la cuesta sostenido por una palanca. A medida que subía, sentíase desfallecer, hasta que exhausto de aliento dejóse rodar, confiándose al peso de su cuerpo, sobre unos matorrales, con riesgo de volverse de nuevo sobre el abismo.

De improviso, el ladrido lejano de unos perros le infundió un rayo de esperanza: se incorporó, aspiró con avidez las auras de la tarde y comenzó á escurrirse de

vientre como una culebra que mide el camino que describe con las curvas de su cuerpo. El ladrido se acentuaba y parecía acercárcele, pero no pasaba de cierto límite y se interrumpía por largos intervalos. Entonces comenzó á gritar con todas las fuerzas que le quedaban, sin dejar de caminar por entre las malezas y zarzales que le quitaban pedazos de epidérmis y jirones de camisa: "Por Dióoooó, Señores, no soy mucccéto.....so-corio.....neguito soooooó.....de Ñor César y Ña Jaciiiiinta....."

Felizmente para él, la luna en su apogeo iluminaba con su plateada lumbré los rincones más ocultos, y el cielo límpido y despejado desterraba las nieblas y las nubes queriendo remodelar al día.....

Dos hombres guiados por los gritos y el instinto de los perros se le acercaron, recelosos de dar á esas hioras con un bandido. Eran las diez de la noche, y la luna, iluminando de espaldas al negro, hacia destacarse su figura informe y oscura, en la que sólo realzaba el blanco de sus ojos y sus dientes sobre el fondo de azabache de su rostro.

Repuestos los exploradores de su primera impresión, manifestaban toda la buena gana de reirse que tenían, a costilla del negro y de su peregrina figura, pero informados del estado peligroso y alarmante del aparecido, lo transportaron de contado á la granja inmediata, de la cual eran guardadores, instigados también por la curiosidad de enterarse del terrible acontecimiento que el negro aseguraba haber tenido lugar en la Tarasca. Este exigía con instancias le trajesen al Corregidor ó á cualquiera autoridad para denunciar todo aquello de que había sido testigo y actor hasta cierto punto; pero á esas horas no era dable complacerle y solamente fué encontrado un Alguacil de capa y espada, quien, después de muchas averiguaciones y preguntas supo por boca de Blasco lo siguiente:

La mañana que precedió al escalamiento de Blasco, Don César y su esposa tuvieron una formidable reyerta, disputándose una cadena de oro que cada uno aseguraba pertenecerle. Contra su costumbre, Blasco se acercó en puntillas esa mañana, para observar por las rendijas de la puerta, que comunicaba al primer patio, el resultado de la fatal riña, porque el corazón le avisaba no sé qué de funesto.

El patio donde existe la bohardilla del esclavo se halla contigua al corredor, al cual corresponden las ventanas del aposento de doña Jacinta. Estas ventanas están aseguradas con barrotes de hierro, y desde ellas pue-

de ser vigilado el cocinero y recibir órdenes del ama de la casa.

Esa mañana pudo notar Blasco que la Sra. del Notario tenía oculta agitación: estaba taciturna y pensativa, parecía que acomodaba ropa, abría y cerraba cajones, y aun pudo distinguir una cuchilla ò hoja de puñal que se rozaba contra una piedra, como si á hurtadillas lo estuvieran afilando. Todo esto lo puso suspiroso, y con el oído tan atento que hubiera escuchado hasta germinar las yerbas.

Así que apenas se acentuaron los insultos, apóstrofes y maldiciones que los dos esposos se regalaban mutuamente con infernal rabia, corrió Blasco tras la puerta, pensando en su colato: "ahora que no se ocupan del esclavo, saboreemos un ratico de los requiebros y piruetas que brotan del pico de oro de la hembra, y en cuanto al macho ya veremos cómo sale airoso y á buen paso.".....

Pero la curiosidad le salió cara; porque entre las revelaciones que uno á otro se enrostraban, habia la de que aquel hombre, tan modesto, tan laborioso, tan honrado en el ejercicio de su empleo, era un farzante, un ladrón de las rentas reales, y por último un fraile apóstata, excomulgado, sacrilego, cómplice de aquella hembra, destinada á galeras, asesina y ladrona de las alhajas de una iglesia.

A Blasco se le erizaron los cabellos y principió á temblar de miedo, cuando vió á esas dos furias salidas del infierno acometerse en el primer patio, como dos tigres del desierto, acosados por el instinto de los celos, despedazándose, arañándose y llevando entre los dientes y las uñas, pedazos de carne viva, manojos de cabello y jirones de vestido.

Hubo un receso en que D. Cèsar, desgajó de uno de los olivos que sombreaban el patio un robusto garrote para coronar la batalla. Cuando esto vió la mujer, con la velocidad de una liebre voló á su aposento y sacando una cuchilla, se presentó en la arena mascando espuma y arrojando chispas de los ojos, inyectados de sangre.

—Con esto te mandaré á los infiernos, antecristo, excomulgado—dijo la hembra—y saltando sobre D. Cèsar con la furia de un condenado, le rasgó el vientre de una descomunal puñalada; pero el hombre que habia tenido levantado el garrote para desviar el golpe de su enemiga y partirle la cabeza, dió con el palo sobre el hombro y brazo extendido de la mujer, haciéndole soltar el puñal en el suelo. D. Cèsar, casi muerto recogió

al punto el puñal y se lo clavó en la garganta á su asesina.....Ambos cayeron á la vez, encharcados en su propia sangre.....En el estertor de la agonía todavía se echaban maldiciones, se disputaban el puñal, y se agarraban de los cabellos, dándose siquiera débiles puntapiés.....

Por último se amortiguaron las voces y reinó el silencio.....Empero, á Blasco le pareció escuchar, entre las copas de los olivos del patio, el alecto siniestro de algunas aves de rapiña, y no pudiendo ya sustentarle sus piernas, se desplomó hipnotizado contra la puerta, tras la cual y á pocos pasos descansaban en consorcio fúnebrario, los cadáveres de los que fueron sus antiguos amos.....

En medio de aquel silencio que lo había enajenado, por largo rato oyó un chirrido como de goznes de hierro que se rozaban, y con la esperanza de que estuvieran vivos sus señores, se levantó de golpe y se puso á mirar de nuevo por las rendijas. Pero su espanto ya no conoció límites al contemplar los cadáveres horriblemente desfigurados, medio desnudos, los cabellos en desorden, las manos lívidas y crispadas, y el de D. César con los intestinos afuera y los ojos abiertos!.....

Pálido, demacrado, nervioso, principió Blasco á desplegar su energía para abstraerse á su prisión, horrorizado con el cuadro que acababa de mirar y temeroso de que la noche le sorprendiera en aquella soledad mas impoamente que la del cementerio.

Cuando el Alguacil oyó la narracion del negro, creyó de su deber aprehenderlo por sí resultara responsable en alguna de las escenas de aquel monstruoso drama, y confiándolo á la custodia de los dos hombres, en nombre de la ley, se retiró á Zamora á dar parte á la autoridad.

A la mañana del siguiente día, hemos visto la calle de la Concha atestada de gente y á muchos trabajadores empeñados en echar abajo las puertas de la Tarasca. Conseguido esto se amotinó la gente, á pesar del hedor insoportable que despedía el patio, manchado con sangre coagulada. Todos se atropellaban por ver con sus ojos los cadáveres de los dos famosos socios industriales; pero no pudieron ser encontrados en ningún rincón de la casa. ¿Qué se habían hecho? El edificio era mucho más elevado que las casas ordinarias: no permitía el acceso á nadie, á no ser por la puerta de entrada. No había tampoco orámen alguno por donde pudiese sospecharse el robo de los cadáveres ó que los perros hubiesen penetrado. Algunos opinaron que habiendo pa-

sado muchas horas después de la muerte, la descomposición provocada por el sol y el calor de la estación atrajo á las aves de rapiña que alzaron con los cuerpos; más la gente del vulgo estuvo en sus trece para asegurar con toda evidencia que se los cargaron los diablos.....

Lo cierto es que la casa permanece abandonada, hace mucho tiempo, sin que nadie se atreva á habitarla por temor de los estruendos, crujidos, lamentos y apariciones de fantasmas, que traen despavoridos á los vecinos de la Concha. El mismo hijo de D. César, declarado ya único heredero de la casa, hace un año vino de Madrid á donde le enviaron sus padres por causa de estudios y hasta la fecha no encuentra medio de enagenarla ó alquilarla siquiera para retirarse al extranjero á ocultar la afrenta de su nacimiento y la triste historia de sus padres."

—¿En dónde existe ese desgraciado joven?—le preguntó Mr. Blácker con interés.

—Y usted, persiste mi doctor, en llevar á cabo su arriesgado proyecto?—contestó admirado el narrador.

—He pensado—insistió con calma Mr. Blácker—en establecer un Museo de curiosidades incásicas, colecciones de plantas y animales raros y por añadidura un jardín botánico que me indemnice de mis viajes por los campos.

El vecino se convenció que era inútil insistir por más tiempo en discusiones sobre duendes con un hombre del temple de Mr. Blácker, y abandonándolo á sus caprichos, le dió las señales del domicilio del dueño de la casa, no sin burlarse para su capote de la candidez del extranjero.

Éste, á su vez, compadecido de la grosera ignorancia de la época, trató de utilizarla en su provecho; pues sabía hasta donde la preocupación y las supersticiones llevan su credulidad sobre apariciones sobrenaturales. Por lo mismo, estaba seguro de que en la casa en relación no penetraría ningún muchacho, ninguno de esos bichos y rateros que pululan en los grandes barrios: su domicilio quedaba exento de ser profanado, por más que en él reuniere cuanto de maravilloso atesoran la Fauna y Flora ecuatoriales.

En el teatro de este mundo, todo ser social representa más ó menos su comedia, y mientras los unos se ríen de los otros, el tiempo, con su incesante y triunfal carrera, va diciendo en dónde se encuentra la verdad, y quién tiene la razón y la clave de los acontecimientos que va dejando á sus espaldas, hasta que le llega á cada uno el último drama de la vida.

Mr. Blácker se estableció en la casa del Notario, á despecho del espanto y las risas de los vecinos de la Concha, mediante una escritura de su legitimo heredero, en la que le concedía el derecho de tomarla en propiedad para sí ó tercera persona, bajo ciertas condiciones, muy fáciles de cumplir.

Cuando Flavio Páez llegó á Zamora, el doctor Blácker le traspasó ese derecho, reservándose el usufructo de una parte de la casa, bajo una pensión estipulada por los dos; y hé aquí cómo el esposo de Tocoya llegó á ser su propietario, y últimamente su viuda casada con Quiroa.

El negro Blasco, conducido al hospital, fué después declarado inocente, en fuerza de la inspección empírica que se practicó en la casa, exactamente acorde con su declaración. La escritura de su libertad, encontrada entre los papeles del Notario, le fué también entregada, y este documento de manumisión, aceleró su mejoría, aunque dejándole un brazo baldado y un tumor canceroso en el pecho. Más tarde sus aptitudes en el arte culinario le granjearon la estimación de Páez, y una joven negra de singular donaire que Flavio compró en Loyola para el servicio de su esposa, le fué dada en matrimonio, después de emanciparla de su esclavitud. El agradecimiento fué un lazo indestructible que ligó á este matrimonio de libertos con la familia Páez, y ambos negros se esmeraban en demostrar su gratitud á sus Señores, rodeándoles de continuas y exquisitas atenciones.

Pero volvamos á nuestra historia.

XI



CHO meses después del matrimonio de Quiroa, un hombre envuelto en una ancha esclavina de piel de lobo, cabalgaba á galope, por el tortuoso sendero que conduce de Zamora á las cabañas de la Sirena. Una mujer de color de ébano iba delante, aventajando en el andar al noble bruto que pedía riendas al jinete. De trecho en trecho la mujer se paraba para tomar aliento, y volviéndose al montado con mirada suplicante, le decía:

—Por San Juan, Señor Dotoó, pique su merceé al cebruno.

El montado, por toda respuesta, regalaba á la conductora una sonrisa cariñosa, aplicando desde luego sus alicates á los ijares del caballo.

Una de esas alboradas orientales se delineaba en todo su esplendor à la vista fascinada del jinete.

Grupos gigantescos de tennes nubecillas, formando cintas color de topacio, contrastaban admirablemente con ese fondo pàlido de oriente que remedaba un cortinaje de nácar y de perla, iluminado por la blanca luz de la aurora. Al pie de aquel espejo se extendían, como una base colosal, los últimos perfiles de las colinas, sombreadas por el manto indeciso de los bosques.

Después de una caminata de media hora, el día comenzaba à desdoblarse; y en el cielo se adivinaba el derrotero que iba à tomar el rey del firmamento.

Distinguíanse perfectamente las cabañas del Intiñagüi, y entre ellas descollaba por su altura aquella adonde se cucaminaban los viajeros.

—Aquicito nó ma, Señó Dotó, *descaballe* su mercè— dijo la conductera, à tiempo que tomaba la brida del búcéfalo para atarlo à un Nacosal, de espesa sombra.

El ginete desmontó con rapidez, colgó su capucha de la cabeçera de la montura; y soltando las faldas de su paletó, que habían estado plegadas sobre los muslos, descubrió sus pobladas patillas rubias que había traído cobijadas con una bufanda de cachemira carmesí.

—¿Cómo va la enferma?— dijo el montado à la primera mujer que apareció sobre el dintel de la cabaña.

—Està en las últimas— contestó llorosa— y se adelantó à cubrir con una tupida manta de algodón de vimba el asiento del médico. Este, que no era otro que Mr. Blácker, clavando una mirada escrutadora en la paciente, le tomó el pulso sin decir una palabra, y conoció desde luego que acababa de sufrir un ataque nervioso que la había debilitado por completo.

—¿Y à qué hora le dió la convulsión?— preguntó à media voz el médico.

—Hacen dos horas que sintió dolores agudísimos, y mascando espuma y contrayéndose sus miembros quedó de repente como muerta.

Blácker hizo con el dedo à la interlocutora una señal de que callase; pero su pregunta hirió la delicada sensibilidad de la enferma, que abriendo los ojos para fijarlos cariñosamente en su protector, sólo pudo gesticular un doloroso gemido.

El médico impresionado hasta el extremo, preguntó por Quiroa, y habiéndole asegurado la negra, que por instancias repetidas de la enferma, había volado à Zamora à llamar al P. Anselmo, se tranquilizó algún tanto.

Ordenó entonces frotaciones de colpache, zhinvilla y

estoraque (1), y una infusión de náchac, ayaguache y alcea mezclada con hucarè (2); mientras se entendía aparte en dar instrucciones reservadas á la negra, que se mostraba llena de ansiedad por saber el resultado del diagnóstico del médico.

Cualquiera habrá adivinado que era Tocoya la que se encontraba en el lecho del dolor y próxima á un parto de inciertas y talvez funestas consecuencias.

Desde el día aquel que se constituyó en su nuevo domicilio, ni un momento había podido sobreponerse á la negra melancolía que la acometió, después de la conferencia confidencial entre Blácker y el P. Anselmo, en la tarde de su matrimonio.

Una calentura lenta y sostenida iba minando insensiblemente su existencia, y á medida que se acercaba su alumbramiento, li acometían con frecuencia convulsiones nerviosas que se prolongaban gradualmente. Cuanto más se debilitaban sus fuerzas, tanto más temía por la vida del sér que llevaba en sus entrañas; pero disimulaba sus dolencias á su esposo y le ocultaba sus temores.

Este desplegaba sus desvelos para rodearla de cuantas comodidades y atenciones pudieran labrar su felicidad, satisfaciendo siquiera en parte el cariño que ella le había inspirado con sus modales dulces y complacientes, y borrando al mismo tiempo la impresión que le causara el incidente de mal agüero de aquellas aves que turbaron su ventura.

Tocoya estaba igualmente interesada en pagar á su esposo sus sinceras manifestaciones de afecto conyugal, y se desquitaba en practicar con todos sus súbditos del Intiñahui los oficios de la caridad cristiana, aún á costa de su fortuna, de su tranquilidad y de su salud.

Nadie había en la Sirena que no hubiese sido objeto de la abnegación y de los desinteresados beneficios de la esposa de Quiroa; y ¡cuánto hubieran sacrificado por prolongar esa preciosa existencia que se iba apagando por momentos! En efecto, la muerte parecía cernerse con su hábito de hielo sobre la frente de Tocoya y todos presentían el aniquilamiento de ese débil organismo en que antes habían circulado con profusión la juventud y la vida.

En el momento en que visitamos á Tocoya, cualquiera hubiera dicho que ya la vida la había abandonado si nó fuera por una respiración fatigosa y uno que otro débil quejido que fijaban la atención. De repente dió

[1] Chaquino (2) Goma del ciruelo.

un grito, agitándose penosamente en el lecho.... Las aplicaciones ordenadas por el médico habían producido su efecto, y la enferma parecía querer incorporarse.

Entonces llegó el P. Anselmo y pudo hacerse cargo de las últimas disposiciones de Tocoya.

Quiroa jadeante y desfallecido, dirigió à su amigo Blácker una mirada suplicante, como interrogándole del estado de su esposa. Pero el médico que desde el principio había abarcado toda la horrible realidad, desvió aquella mirada y se sustrujo á sus investigaciones, insinuándole fuese á buscar calambuco (1) y raíces de guaranga (2); pero era sólo un pretexto para evitarle la presencia de un cuadro desgarrador....

Cuando salió el P. Anselmo, notablemente emocionado por la agitación agonizante de la enferma, Blácker se permitió observarle que no convenia su regreso hasta el último resultado. El religioso creyó se le necesitaba para un bautismo en caso extremo; mas una mirada significativa del médico, le hizo comprender se trataba del secreto... que los dos debían llevar à feliz término.

—Pero si nace un niño con el color español, puede despertar sospechas—observó en voz baja el P. Anselmo.

—Está ya previsto el caso—contestó el facultativo—y he dado à Crisnelay los polvos y raíces, y también las instrucciones suficientes para oscurecer la piel en el primer baño que dará al recién nacido.... Pero lo importante está en que pueda nacer el niño....

—¿Y qué, aún no es llegado el tiempo?...

—Hacen cinco días que está llamando à las puertas de la vida, y la naturaleza se niega à secundar por ahora los auxilios de la ciencia. Parece que la muerte se cebará en dos víctimas.... Mi empeño está cifrado en arrebatarle por lo menos una....

—¿Es decir que Ud. desconfía de la vida de Tocoya?

—Se necesitaría un milagro para que en el estado de destrucción en que se encuentra, ejerciera sin peligro de muerte la más difícil función de la maternidad.

Crisnelay, que llegó á escuchar estas palabras, se anegó en llanto, amargo y desconsolador, y el tierno Jaco (3), hijo de Blasco, que lactaba à sus pechos, recibió también sobre su cabeza ese triste bautismo de lágrimas que surcaban las mejillas de su madre....

Los dos interlocutores, al ver el llanto de la liberta, quedaron algún tiempo mudos de dolor, heridas bruscamente las más delicadas fibras de su sensibilidad.

(1) Aceite de Murfa. (2) Vainilla. [3] Diminutivo de Jacobo en esta tierra.

La religión y la ciencia, personificadas en esas dos grandes figuras, rendían á Tocoya el último tributo de su ternura en aras de la amistad más pura y sincera, santificada por la virtud.

Aquella mujer angelical, mártir de sus deberes, desde que conoció la religión de Flavio Páez, había llevado con resignación cristiana, la corona de espinas con que el destino adornó su frente juvenil.

Y el doctor Blácker, que había tenido ocasión de admirar, bajo un mismo techo, los prodigios obrados en esa tierra virgen por la semilla del Evangelio, echaba ya de menos al sacerdote del hogar y la influencia de sus poderosos ejemplos....

Crisnelay, es decir la pobre negra, cuyo llanto impresionó tan hondamente al médico y al religioso, no tenía valor para resignarse á la pérdida de su señora, á quien había amado en este mundo más que á una madre; pues ella había sido su único apoyo en tierra extranjera, especialmente después de la muerte de Blasco.

Cuando Flavio Páez la compró en Loyola, á instancias de Tocoya, para salvarla de las crueldades de un amo que le servía de verdugo, la infeliz Crisnelay, contaba solamente doce años, y había pasado cuatro en su horroroso cautiverio.

No había día en que los azotes, el garrote y las torturas dejaran en paz ese organismo endeble y enfermizo que concitaba la furia del gallego que la había comprado, el cual para indemnizarse de su dinero la abrumaba con trabajos superiores á sus débiles fuerzas.

Crisnelay, desfallecida de fatiga y sin alientos para quejarse, inclinaba la cabeza y recibía en silencio la lluvia de golpes y puntapiés que le propinaba su brutal martirizador....

—Toma todas mis prendas y mis alhajas—dijo un día Tocoya á su esposo—y con su producto libérame de presenciar los suplicios en que vive esa desgraciada criatura, que me destrozan el corazón....

Crisnelay, pasó á ser miembro de la familia Páez, y al ser trasladada á Zamora, su bienhechora ama la declaró libre ante la ley.

La esposa de Flavio había adivinado, como por instinto, toda la historia de esta desventurada hija de la Guinea. Héla aquí:

“A orillas del Kángis se alza una especie de ciudadela rodeada de murallas y refrescada por la sombra de mil palmeras, cuyas copas se mecen muellemente remendando abanicos de verdes plumas.

Ramelik, viuda joven, heredó el trono de su esposo,

que reinaba en la ciudadela y dejó dos hijos, una hembra de seis años y un niño de pechos, à quien ella misma lactaba como destinado à suceder al rey.

La niña por su precoz inteligencia era la delicia de su madre, y por su rara belleza el encanto de las Linkas (1) de palacio. Ramelik la había confiado para su educación y desarrollo à la ciencia y al cariño de una cèbre nodriza que poseía el secreto de las plantas y virtudes de las flores, para el desarrollo del organismo y la hermosura de sus formas. Todas las mañanas la niña Crisnelay era llevada en procesión à un estanque cristalino à orillas del río, formado artificialmente de conchas y mariscos. Un hermoso Inerto de frondosos árboles y un jardín que rodeaba el estanque, hacían de aquel ameno paseo el punto de reunión de todos los compañeros de la hija de Ramelik.

Una mañana de primavera, en que el sol enviaba torrentes de luz sobre los cristales del estanque y las ondas del río, las jóvenes y niños que formaban el séquito de la hija de la reina, revoloteaban como alegres mariposas y se ocupaban en tronchar las flores que les indicaba la nodriza; y al compás de sus cantos infantiles y de una danza campestre, las iban deshojando sobre la tersa superficie del estanque, hasta que concluido el baño se aglomeraban todos los de la festiva concurrencia al rededor de un mástil, incrustado con dientes de elefante y plantado en el fondo del huerto para trenzar los cordones de seda de vivos colores que pendían de su extremo. Atado luego el cabo de cada cordón à la cintura de los bailarines, un coro de voces femeniles, dulces como las del ruiseñor y dirigido por la nodriza, era el preludio de los acompasados movimientos y evoluciones artísticas de la danza con que se formaba una especie de pinnela semejante à los dâtiles de la esbelta palmera, consagrada à los dioses penates de Ramelik.

CORO.

*A la bella ninfa
Crisnelay querida,
los cantos y bailes
se ofrecen hoy día.*

Sus ojos de fuego
en que el sol se mira,
alegran el alma
y esparcen la vida.

Su voz de sirena
que hechiza y cautiva
el amor infunde
causando una herida.

CORO.

*A la bella ninfa
Crisnelay querida,
los cantos y bailes
comienzan hoy día.*

[1]. Danas.

Córales y perlas
esmaltan su boca,
que sirve de nido
á dulces sonrisas;
el ébano y seda
harnizan su cutis,
que forma un conjunto
de flor peregrina.

CORO.

*A la tierna niña
Crisnelay querida
los bailes y cantos
se ofrecen hoy día.*

La grama á sus plantas
esparce rubies,

los bosques le envían
delicadas brisas,
las flores se inclinan
exhalando aromas
y se hacen alfombra
de sus pies divinos,
y también las aves
le entonan sus trinos,
cantando cada una
amores sin fin.

CORO.

*Los cantos y bailes
se dan á porfía
á la bella niña
Crisnelay querida.*

En el entusiasmo del baile nadie se había apercibido de una enorme chalupa cargada de hombres desconocidos que, al amor del espeso follaje que guarnecía las orillas del río, se habían acercado sigilosamente hasta atracar á pocos pasos de la bulliciosa concurrencia, tras el tronco de un frondoso cocotero. Los tripulantes, después de ocultar la embarcación entre los matorrales y ramas inclinadas de la rivera, se habían deslizado á gatas hasta franquear el huerto y agazaparse por entre los troncos de los árboles y lulos, midiendo con la vista la corta distancia que los separaba de su presa.

A una señal del capitán, acordada de antemano, todos los asaltantes, puñal en mano, cayeron á un tiempo sobre la comitiva, cual aves de rapiña sobre una bandada de palomas, y destrozados los cordones de seda ataron con ellos á los bailarines para trasladarlos á bordo del bote conductor.

Entonces se trabó una lucha desesperada entre el jefe de los traficantes y la nodriza. Esta se había avalanzado á arrebatarle á la espantada Crisnelay que lloraba á gritos en brazos de su raptor. Pero el bandido, asegurando con el un brazo á la niña, amenazaba con el otro despedazar á su adversaria, que ébria de furor se había colgado con ambas manos del brazo que sostenía el puñal y le mordía la mano hasta hacérselo caer. Dueña de él la nodriza le asertó en el acto una herida en la costilla; pero el pirata no dió tiempo á la mujer para que continuara la carnicería que intentaba; porque re-
puesto de la sorpresa y abandonando su presa en el sue-

lo, arremetió con tal fuerza á la valerosa nodriza que, aunque cortado de las manos, le arrancó nuevamente el puñal y se lo clavó en el pecho, dejándola que se revolcase en su propia sangre, entre los estertoros de la agonía.

La niña casi muerta de estupor fué arrebatada á la embarcación que zarpó al punto, antes de dar tiempo á los de la ciudadela para que fueran en su persecución.

Los gritos, los alaridos, los llantos, que atronaban el jardín llegaron hasta la Reina, quien puso en movimiento á sus guardias para que fuesen volando al puerto del baile y se informasen del siniestro. Pero era demasiado tarde: la maniobra del asalto habíase ejecutado con tal rapidez y maestría, que cuando se echaron al agua los más intrépidos de los guardias, el bote se hallaba ya llegando al golfo, donde aguardaba el buque negrero, pronto á darse á la vela.

Cinco muchachos y cuatro niñas, entre las que se contaba Crisnelay, fueron depositados, como artículo mercantil, en la bodega del buque, el cual, viento en popa, zarpó majestoso con dirección á las costas de la América del Sur.

Durante la travesía del río hasta el buque, Crisnelay todavía no se daba cuenta de su infeliz destino: tanto ora el estupor que se habia apoderado de ella, con la sorpresa del asalto, la confusión y gritos de los prisioneros, y sobre todo con el cuadro de sangre que habia ofrecido á sus tiernas miradas la muerte atroz de su nodriza. En seguida el vértigo que le produjo el balanceo del bote sobre la superficie del líquido elemento, su carrera veloz á impulso de las ondas y de los remos, como si fuese conducido en alas de los vientos; la fuga precipitada de los árboles, de las colinas y de las riberas que se lanzaban hacia sus espaldas: todos estos fenómenos, nunca sospechados por ella, la habian sumido, con toda su irresistible extrañeza, en una especie de hipnotismo.

Pero cuando ya, á bordo del buque, se repuso de sus primeras impresiones y fué depositada en la bodega como vil mercancía: cuando empezó á sentir la ausencia del hogar paterno, la falta de las caricias de su madre y de su nodriza, el encanto de sus juegos infantiles, y en fin todo ese cielo de delicias, de ensueños é ilusiones en que habia vivido sumergida, sin cuidarse jamas de las espinas que se levantan en las realidades de la vida; cambiado todo ahora en aislamiento y orfandad horribles, sin más lecho que un montón de paja, pan negro por alimento, teniendo sin cesar delante de sus ojos un mar

sin límites y un cielo que le parecía de bronce, ocultando talvez para siempre las alegres costas de su patria, y por añadidura, devorando en silencio, las miradas terribles y amargas sonrisas de los que se llamaban sus amigos. ... ¡ah!... entonces, desesperado lloro nubló sus ojos, y cayó exánime sobre su lecho de paja, para dejarse arrebatar por entre las inmensidades del Atlántico, como la delicada flor es tronchada por el vendaval y arrastrada por enrespadas corrientes."

XII



El lector nos perdonará que hayamos hecho la digresión anterior, para que la figura de Crisnelay no aparezca aislada y sin antecedentes, en nuestra historia, á manera de sombras chinescas en una decoración de títeres.

Después de la muerte de Tocoya, que tantas lágrimas la habian causado, volvemos á encontrarla instalada en la misma casa de Mr. Blácker y llevando en sus brazos una preciosa niña de blanca tez, á la cual amamantaba. El alegre Jaco, ya bien crecido, acompañaba á su madre á todas partes, haciendo minutos y picaresecas gesticulaciones á su linda hermanita de leche.

También encontramos al Corregidor y á Mr. Blácker departiendo confidencialmente en una de las calles del jardín botánico, plantado por el célebre naturalista en el espacioso huerto de la antigua Tarasca, hoy transformada en Museo de preciosidades artísticas y naturales.

--Oree Ud., mi caro amigo, que los tratados de paz con los yaguarzongos llegarán á relajarse con la muerte de Tocoya?—decía el Corregidor á Mr. Blácker.

--Me extraña la pregunta—contestó éste—toda vez que el número de trabajadores en las minas de la Corona va disminuyendo diariamente, á vista y ciencia de las autoridades de Zamora; y violado un artículo de los tratados, los demas estan en camino de seguir la misma suerte.

Esta observación de Mr. Blácker, contenía una reprimenda contra el Corregidor, quien entregado de lleno á sus negocios personales, descuidaba algún tanto los asuntos públicos, confiandolos al celo de sus subalternos.

El Corregidor habia ido á visitar al médico naturalista, no tanto por discutir asuntos de interés público, cuanto por llevar datos á su esposa doña Blanca de Quintana y Rojas, de una niña que cuidaba la negrita Crisnelay.

Pero Bläcker, que había adivinado el objeto de la visita, se aprovechó de la conversación iniciada por el Magistrado, para recordarle sus deberes y llamarle la atención sobre el incierto porvenir de la colonia.

—Cuando vivía Tocoya—continuó el médico—el poder mágico de sus ejemplos, los abnegados beneficios que hacía á los yaguarzongos y el ascendiente sobre su marido eran bastante garantía para sostener el equilibrio de la paz general y el cumplimiento de los tratados; pero en la actualidad el fiel de la balanza se inclina en favor de la preponderancia de los indios.

—Pues yo levantaré mi brazo y haré caer sobre ellos el peso de la autoridad. Aumentaré la guarnición; multiplicaré los alguaciles, los procuradores y los capataces (1), apresaré á los refractarios; y el cepo, los azotes y aún la horca reducirán á los insolentes á la senda del deber.

—No soy amigo de las medidas extremas, que casi siempre dan un resultado contraproducente: la sagacidad, la prudencia, la caridad penetran más fácilmente en el corazón y dominan la cabeza.....

—Pero á los salvajes no es posible dominarlos ni manejarlos sino como bestias de carga.

—Rechazo la proposición y me atengo á la experiencia que comprueba lo contrario: una pobre y sencilla mujer, como Tocoya, ha hecho en poco tiempo mucho más, que cualquier sabio misionero en muchas años, y más que los ejércitos del Rey.

—Lo reconozco; pero ¿en dónde encontraremos á la sucesora de Tocoya que siga cultivando el campo que ella ha dejado sembrado?

—Nada es difícil para quien intenta civilizar á los salvajes, no con la fuerza, sino con la cruz del Evangelio.

Estas palabras hicieron colorear al Corregidor, que iba perdiendo terreno en la discusión con el doctor.

Este, descosido de interesarlo en la educación de Naya, que era el fin último de su conversación:

—Pues con el P. Anselmo—continuó—hemos adoptado una medida que nos parece eficaz para conservar un punto de contacto con Quiroa, y por medio de él con los yaguarzongos.

—¿Y hay inconveniente en saberla?

—Nó: la de conservar entre nosotros, como en rehenes, á Naya, con pretexto de su lactancia y educación.

—¿Y quién es Naya?

[1] Así se llamaban los que conducían los jornaleros á las minas.

—La huérfana de Tocoja y de... ó por decir la hija de Quiroa.

—Pero tal pretensión es imposible, atendida sobre todo la invencible repugnancia de los indios á confiar sus hijos á los blancos.

—¿Es decir que Ud. ha olvidado el artículo de los tratados que obliga educar en la religion de los blancos á los hijos de los matrimonios entre cristianos y jívaros?

—Cabalmente... Entonces sí, parece probable que...

—Pues lo que á U. parece tan sólo probable, —dijo Blácker un poco picado—goza de toda la evidencia de un hecho consumado. Vamos á las pruebas. Y lo condujo por la mano á las habitaciones interiores de la casa.

El lector recordará que en el patio oriental donde existía la cocina, el comedor y la buhardilla de Blasco, sólo era habitable por la *tía Perruja*, la pieza que comunicaba al zaguán por una puerta, y por otras tres que también eran ventanas, al patio ya indicado.

Mas, cuando Flavio Páez se estableció allí con su esposa, el patio aquel fué transformado con una multitud de habitaciones elegantes á su alrededor, gracias al genio artístico de Mr. Blácker y á su bolsa siempre rebotante: cocina cómoda y aseada, comedor, repostería, bodega, costurero, ropero y un higiénico dormitorio, contiguo á la sala de recibo estaban distribuidos á espaldas de los cuatro grandes corredores cardinales, adornados éstos con arquería de tablas de cedro y sustentados con pilastras guarnecidas con molduras de nogal.

En el centro del patio un pequeño jardín de flores aromáticas, embalsamaba el ambiente de aquella mansión encantadora que constituía otra casa en miniatura, independiente del resto del edificio, pero en comunicación con él por la memorable puerta desde donde Blasco presenció la espantosa muerte de sus primeros amos. Por último un arroyuelo bullicioso y de cristalina corriente que atravesaba el jardín botánico llegaba hasta el jardín que hemos descrito, pasaba por la cocina bajo alcantarilla é iba á terminar en el baño del huerto de frutales que estaba arimado al comedor.

Los dos personajes que allí se dirigían penetraron en el primer corredor, á tiempo que Crisnelay, arrimada de espaldas contra el barrandillaje de chontas que encadenaba las pilastras, no se había apercibido de la llegada de los visitantes. Al ruido, volvió la cabeza, y antes del acostumbrado saludo cubrió maquinalmente con la punta del pendil la cabecita de la pequeña Blondina (1)

(1) Adulteración de Blondina.

como queriendo defenderla de miradas extrañas.

—La visita no es ahora á la Señora doña Crisnelay— dijo con donaire Mr. Blácker,—sino á una princesita que está durmiendo en una cuna formada por redondos brazos de azabache. Y él mismo quitó el pendil que la ocultaba.

—Ja jay—; Quién sabe si su mercedes venga á robá á la princesita, á mi linda, á la mujé de mi Jaco—dijo la negra riéndose á carcajadas.

—Sí, sí; venimos no sólo á robarla sino á comerla.

—Pue no hay como visitá á mi ña princesita, poque acaba de amorzá su mercè y está durmiendo la sieta— contestó con más humor.

El Corregidor quedó hechizado al contemplar por vez primera á ese embrión de mujer que se abría paso á la vida como un botón de rosa entreabre su caliz á las primeras auras de la mañana. Una sonrisa de duda burlona jugueteaba en el rostro del Corregidor como preguntando á Mr. Blácker si aquella encarnación de la aristocracia, podía ser hija de Quiroa? En efecto, en aquel marco infantil, de un fondo blanco mate, se delineaban las formas y perfiles de una cabeza de Virgen que hubiera servido de modelo á la inspiración de un Rafael para sus primeras Madonas, ó de molde á un Fidias para vaciar sus estatuas de Venus ó de Apolo.

El médico entendió perfectamente las sospechas del Corregidor; y para evitar explicaciones á presencia de Crisnelay, vamos—dijo al magistrado—para mostrarle mis últimas disecciones de las especies volátiles que he encontrado en Suririsa.

—Muy bien; y dejemos inter tanto que el Angel de los sueños pose sus alas sobre este pinpollo de la Sirena.

Los dos amigos se separaron de la negra, y volvieron á atravesar la espaciosa galería que conducía á las habitaciones del naturalista. Estas, colocadas en toda la extensión del corredor que da vista al tercer patio, se reducían á una pieza de recibo y dormitorio, Biblioteca, Laboratorio químico, ropero y por último el gran salón de Colecciones naturales, distribuido en compartimientos elegantes para minerales, vegetales y animales. El comedor, cocina, repostería y más habitaciones para la servidumbre, correspondían á los dos ángulos del huerto, contiguo al mismo corredor. Multitud de animales disecados colgaban de las pilastras que sostenían el corredor occidental: entre los monos el mico, el tejón, el frailecillo, el chilchico (1); entre las liebres el cuscullo, el

[1] Mono miniatura.

roncoso, el guaratinajo; entre las zorras, el huanuri (horniguero), la guatusa, el quimsañahui (1), el vergarsoso (2); entre los acuáticos, el tuyuyo, el alcatrás (pelicano), el gansón, el fihi (la gabiota), el cherli (3), el lirón acuátil (1) y variedades de patos, garzas y papagayos de caprichosos colores y figuras.

Cuando el Corregidor hubo saciado sus ojos, haciendo revista general, á vuelo de pájaro, de todas las maravillas encerradas en la confortable mansión de Mr. Blácker, fué invitado por éste á penetrar en la Biblioteca, que era el lugar de su estudio reservado, y le señaló con la mano una otomana de terciopelo carmesí para que se sentase á descansar.

Pasando así mismo revista en conjunto al suntuoso mobiliario francés, de elegantes formas, que adornaba la Biblioteca, no menos que á la profusión de instrumentos ópticos, quirúrgicos y de dibujo expuestos á la vista sobre lujosos estuches de raso y cajas aterciopeladas; sobre los mapas, cartas geográficas, globos, cuadros al fresco, y multitud de curiosidades de gusto ó de pasatiempo, entró de lleno en el objeto de su conversaci6n y dijo al médico:

—Mucho habrá tenido que luchar el Dr. Blácker para vencer la repugnancia de Quiroa, al desprenderse de la niña que acabamos de visitar, creyéndose el su padre.

El Corregidor acentuó intencionalmente las últimas palabras. Pero el médico que sabia adónde se dirigian, desvió el giro de la conversaci6n y le contestó:

—Quiroa habia perdido la esperanza de que la niña viviese al camino de la vida.

—¿Qué; habia nacido muerta?

—Aun no habia nacido cuando su madre sucumbió.

—¿Es posible? ¿Y cómo la niña está viviendo?...

—Antes de que fuese sofocada en el útero materno, fué arrancada de él y arrebatada á las garras de la muerte.

—¿Por medio de algún nuevo aparato ó instrumento?

—No Señor; la *operaci6n cesárea* se substituyó á la naturalidad.

—Lo comprendo. Luego á usted es deudora de su vida esa niña, y Quiroa el llamarse de ella padre....

—No á mí, sino á los auxilios y prodigios de la ciencia.

—¿Pero su *padre* habrá quedado de Ud. muy agradecido?

[1] Tres ojos, en el Napo. (2) Tumullí. [3] Del tamaño de la paloma. [4] Ave áfibia en América.

—Lo supongo. Y á eso debe contribuir el haber conseguido de Quiroa que la encomendase á Crisnelay para su lactancia, toda vez que en el conflicto no era posible encontrar otra nodriza. La negrita habia couchido por desmamentar á Jaco, y viviendo en mi misma casa, estaria yo siempre alerta para precaver cualquier mal incidente en contra de la vida y de la salud de Blondina.

—¿Y no se llama también Naya?

—El P. Anselmo creyó muy oportuno dejar que su padre cumpliese con todos los ritos del bautismo indio y en él recibió la niña el nombre de Naya, que era el de su abuela, ó mejor dicho de la madre de Quiroa. Pero su nombre cristiano es el de Blondina.

—Sospecho que de un momento á otro pudiera reclamarla Quiroa, á pretexto de haber encontrado otra nodriza, y hallarse la Naya en perfecto estado de salud.

—No hará tal cosa. Pues él me ha ofrecido venir frecuentemente á visitarla, y de mi parte también le he prometido mandar á Crisnelay, siquiera una vez semanalmente en unión de su hija. De este modo se establece un núcleo de relaciones incesantes entre la capital y el jefe de la Sirena, que mantendrán latentes la paz, la amistad y la confianza. Y cuando Blondina esté crecida y amaestrada por la Religión y por la ciencia, ella irá á plantar, como Tocoya, el lábaro de la cruz y la bandera de la paz en el corazón de su padre y de sus súbditos.

—Comprendo ahora muy bien su pensamiento y el vasto plan que se ha propuesto.

—Pero necesito el contingente de todo buen patriota.

—No seré yo el único que secundaré entusiasta sus grandiosos servicios en pro de las colonias: mi esposa servirá de madre á ese ángel que se cria en su casa y todos mis empleados y mejores amigos estarán sujetos á la voluntad de Ud. Voy, pues, á trabajar desde este instante en este sentido. Y se separaron contentos de haberse explicado y dádose muestras de sincera amistad.

Durante las seis cuabras de separación, entro la casa de Mr. Blacker y el palacio del Corregidor, éste iba ponderando en sus adentros el talento político de aquél, y sus sagaces alcances administrativos en la recta dirección de los negocios públicos. Mientras yo—se decía para su capote—había pensado principiar á dar algunos pasos, Mr. Blacker tenía ya puestos los cimientos de la paz universal, base indispensable para el progreso de las colonias.

Aquel hombre, pues, era una verdadera Providencia en Zamora; no solamente curaba los males del cuerpo, sino también las llagas del alma y las heridas del corazón; no sólo se prestaba á remediar las necesidades de los particulares, sino que ponía el mayor anhelo en precaver los peligros de la cosa pública y conjurar las tempestades que se condensaban sobre el horizonte político.

Por esto es que el Corregidor acogió con entera decisión las observaciones y consejos de Mr. Blácker, y aun que sus palabras envolvían serios reproches contra él, por su indolencia y descuido en el cumplimiento de sus deberes, que más de una vez le habían hecho sonrojar, esto no obstante, se le habían dirigido con cultura y sólo para poner á cubierto su decoro de Magistrado. Estaba por lo mismo resuelto á desplegar toda su actividad, para llevar á feliz término los ideales de Mr. Blácker, como nacidos del más acrisolado patriotismo, del cual, el médico, á pesar de ser extranjero, le había dado lecciones tan elocuentes.

Cuando llegó á palacio, su esposa doña Blanca, que lo había estado esperando con ansiedad, le dijo:

--Por la tardanza, supongo que has hallado mucho bueno, al lado de Mr. Blácker.

--¿Y cuándo hay cosa mala en la casa de ese grande hombre?

--No digo eso, sino por lo que vienes de festivo. ¿Has visto á la chiquita?

--¡Caramba! ¡es un portento!..... Me ha fascinado. Es un diamante engastado en broche de azabache.

--¡Vaya! dejémonos de imágenes, y veamos si se han confirmado las sospechas.

--Pues no hay sospechas. La realidad con toda su evidencia está imponiéndose en el tipo, color, frente, nariz y en las formas de esa niña, para decir quié es su padre.

--¿Flavio Páez?

--El mismo, cual si hubiera resucitado.

--Luego es Chapetona, como lo pensábamos. (1)

--Empero Mr. Blácker parece que pretende conservar el anónimo hasta el fin.

--¡Extraña pretensión! ¡Con pruebas en contrario tan claras y ostensibles!

Sin embargo, que no se diga de nuestra parte ni una sola palabra á este respecto.

--Pues serviremos de cómplices á Mr. Blácker. Do

[1] Llámase chapetón en el Diccionario de la lengua al europeo, después de establecerse en el Reino del Perú.

mí parte quedo muda, ciega y sorda, desde este momento.

La conversación se prolongó más de lo ordinario entre el Corregidor y su esposa, hasta informarse ésta, con nimia prolijidad, de los detalles del nacimiento de Blondina, de su lactancia por Crisnelay, de los proyectos de Blácker, de la disposición de Quiroa en continuar las relaciones de amistad, etc. etc. Desde luego no podía explicarse satisfactoriamente que fuese tanta la influencia del médico sobre Quiroa, que lo hubiese decidido á confiar á una negra aquella hija que debía ser objeto de su idolatría.

Y á la verdad, entre la raza africana y la cobruna, ha existido desde tiempo inmemorial una innata repulsión y antipatía que no pueden corregir hasta ahora ni el andar de los tiempos, ni la mejora de las costumbres, ni la predicación de la fraternidad universal hecha por el Evangelio, para aproximar á todos los hombres en una sola familia.

Los indios verán siempre en el color negro una maldición, una marca de afrenta, un sello indelible de los furiosos de Cúpay, cuyo origen les es incierto.

Los negros, creyéndose colocados en una gerarquía superior á la raza cobruna, despreciarán siempre á ésta mirándola como indigna de ocupar su puesto: ellos suponen que su color es debido á la influencia del clima en que habitan, á la reflexión solar de las arenas de sus desiertos, á la reverberación de sus golfos y de sus ríos, al régimen alimenticio, etc. (1) y es por esto, que en sus relaciones sociales les gusta hombrarse con los blancos, más bien que con los indios.

Y á la verdad, en la América del Sur, y particularmente en esta parte del Reino de Quito, son más raros los zambos, como resultado del cruzamiento entre indios y negros, que los *mulatos* producidos por la alianza entre españoles y negras, de cuyos matrimonios han nacido hijos de tipos y formas esculturales, entre los cuales han sobresalido muchos por su talento y virtudes cívicas y morales. (2)

[1] La ciencia moderna, estudia actualmente el modo de cambiar ó siquiera modificar el color de los descendientes de Cam, investigando el medio ambiente en que viven, sus grados de calor, las sales y metales evaporados por el sol en las aguas, y arenas de los desiertos, los elementos químicos de su alimentación, etc.; pero no podrá llegar á la solución del problema, sino cuando tome la Biblia en sus manos y añe la ciencia con la revelación.

(2) Ya tendremos ocasión de comprobarlo en la nueva leyenda que tenemos entre manos, titulada "La Tahuada."

Sea por que los negros son de un carácter franco, alegre y comunicativo, al revés de los americanos, naturalmente re-concentrados, taciturnos y recelosos, sea por que éstos se negasen á formar parte de la servidumbre de los españoles, lo cierto es que todos los acaudalados en Zamora, los que se dedicaban á explotar minas, y en general los que blasonaban de aristócratas, se habían entregado al prurito de comprar esclavos; y no había casa de alguna significación que no contase muchos entre sus jornaleros, inquilinos y sirvientes.

El infame tráfico de negros que entonces se llevaba adelante por los piratas holandeses y portugueses, agrandó, en la provincia de Yaguarzongo, la colonia africana, hasta un considerable número de esclavos, de los cuales la mayor parte eran alquilados por sus dueños, como si fuesen máquinas ó viles bestias de carga, para someterlos en las minas á tan rudos é improbos trabajos que muchos de ellos sucumbían en la faena, al rigor del látigo de los capataces. Cierta, que el puesto de estos últimos llegaron á ocupar muchos de los libertos que consiguieron su redención á fuerza del oro que robaban en las minas, aunque sea sujetándose á torturas y suplicios indecibles, y entonces á su vez se desquitaban de los indios trabajadores haciendo caer sobre sus desnudas espaldas los mismos golpes y azotes que los primeros habían sufrido entre las risas, burlas y algazara de los segundos.

Esta situación recrudecía el odio y el rencor de los yaguarzongos; pero guardaban silencio y esperaban la ocasión para la represalia y la venganza.

La señora del Corregidor vió, pues, un grave inconveniente en que Crisnelay continuase dirigiendo la infancia de Bloudina, y se encargó ella de su educación primaria, no sólo para realizar los ideales de Mr. Blácker y satisfacer el compromiso de su esposo, sino principalmente para dar pábulo á sus generosos instintos, naturalmente inclinados á derramar la luz de la verdad, de la virtud y de la ilustración en las almas de los pequeños, de los ignorantes y de los desgraciados.

Doña Blanca de Quintana, matrona respetada en toda España, había bebido el espíritu de propaganda católica en la escuela de Tomás de Villanueva, Obispo de Valencia, el mismo que bautizó á Flavio Pérez, su compatriota y contemporáneo; su corazón había latido á impulsos del mismo entusiasmo religioso que hervía en el pecho de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, dos antorchas que iluminaban entonces á España con su poesía, su elocuencia y su misticismo; había conferenciado con

su pariente el duque de Gandía, sobre las más delicadas cuestiones religiosas de la época, había aspirado la misma atmósfera en que sobresalían por su talento, su virtud y sus esfuerzos, tantos genios eminentes que forman esa época de renacimiento tan fecunda para la madre patria y sus colonias.

Nadie mejor que doña Blanca estaba preparada y resuelta á formar de la hija de Tocoya, un corazón como receptáculo de sus conocimientos, de sus inspiraciones y arranques religiosos y sociales.

Y á la verdad, la esposa del Corregidor no solamente templaba el rigorismo de su marido cuantas veces lo provocaban los conflictos de la cosa pública, sino que contribuía con su buen criterio, su sagacidad y su prudencia al buen arreglo de los negocios administrativos; y los empleados, los jueces, los particulares, á más de una conversación entretenida y amena, encontraban en casa de la Corregidora leyes, consejos y la solución de sus diferencias y dificultades.

Dejemos que la Chapetona (tal era el nombre que se daba á Blondina en todos los círculos de Zamora) crezca y se desarrolle bajo ese ambiente de notabilidades sociales, científicas y literarias.

XIII



RISNELAY había entrado de lleno en el vasto plan de los protectores de la huérfana de Tocoya, pero sin desprenderse de los derechos de tutora de la niña, adquiridos á la muerte de su madre.

Cuando el último reflejo de la vida se eclipsaba en el semblante de Tocoya, ésta llamó aparte á Crisnelay para decirle: "Si el ser que llevo en mis entrañas me sobrevive, tú serás su madre y protectora. El amor que te he tenido te lo dejo en esta herencia de mi corazón", y dos lágrimas rodaron por sus mejillas lívidas y demeradas que apagaron en el acto su existencia. Aquellas lágrimas, cayendo en el alma de Crisnelay, fueron el bautismo de dolor que marcó la frente de la huérfana, y como la semilla de una nueva maternidad, fecunda en arranques sublimes y desinteresados sacrificios.

Desde entonces Crisnelay que suponía no haber amado lo bastante á los que la redimieron de los suplicios de su esclavitud, reconcentró todos sus cariños en ese precioso legado de su Señora, haciéndolo el centro de su vida y el objeto de sus más exquisitas atenciones.

Es verdad que uno de los protectores de Tocoaya, el P. Anselmo, había regresado á España por asuntos de su Orden, llevándose consigo el secreto de la filiación de Bloudina, secreto que tanto interés había despertado en el ánimo del religioso; pero en cambio Fr. Alonso de Carbajal, misionero infatigable, había sido destinado á la provincia de Yaguarzongo, en sustitución del P. Anselmo, diez y siete años después de la muerte de su compañero de Orden y de Apostolado, el P. Fr. Luis de Beltrán con quien había permanecido mucho tiempo en el nuevo Reino de Granada. En la escuela de este famoso Tammatungo, aprendió Carbajal ese arte maravilloso de persuadir, que arrastraba la convicción de cuantos le escuchaban, y ambos dominicanos inmortalizaron su nombre en casi todas las regiones de las Indias occidentales; pues mientras Francisco Solano en Lima y en las más apartadas comarcas del Reino del Perú atraía al seno de la Iglesia millares de almas sumergidas en la idolatría, Luis Beltrán asombraba al mundo con su prodigiosa predicación, en la que sólo usaba de su idioma patrio, y sin embargo se dejaba entender por centenares de tribus barbaras de diferentes dialectos y localidades.

La Chapetona se desarrollaba, pues, en aquel siglo de propaganda evangélica, de ardimento religioso, de grandes empresas, de acciones heroicas; y bebía la inspiración que brotaba en todas las fuentes del espíritu clásico de aquellos tiempos. Su desenvolvimiento físico iba muy por atrás de su progreso intelectual y moral, y apenas contaba diez y nueve años cuando estaba ya iniciada en todos los ramos del saber humano, gracias á su prematuro ingenio, á su imaginación ardiente y creadora y sobre todo á la diestra dirección de Mr. Blácker. Este había cuidado de no hablarla desde su infancia sino en inglés; había prescrito á Crisnelay que en sus visitas á la Sirena no oyese sino el idioma de los yaguarzongos, y previo el ejercicio de conversación familiar y el aprendizaje de las gramáticas, la Chapetona hablaba correctamente el castellano, el inglés y el dialecto del Intiñagui. Así, pues, hojeaba todos los libros de la Biblioteca, pasaba revista por todos los instrumentos ópticos de Mr. Blácker, le acompañaba en sus ensayos químicos y daba la nomenclatura técnica de todas las plantas del jardín botánico.

Sobresaliente en el arte litográfico sacaba en limpio los croquis borrajeados por Mr. Blácker, con tal pureza de líneas y de sombras que el naturalista quedaba encantado al encontrar la copia muy superior al original; y multitud de vistas panorámicas, dibujos de flores y

plantas, de insectos, pájaros y mariposas, con sus colores naturales, tapizaban las paredes del Museo, y del Laboratorio químico.

Crisnelay secundaba todos sus propósitos y aspiraciones, se asociaba á sus entretencimientos y empresas, estaba en atalaya de sus menores movimientos y descos, para complacerla; y fuera de las horas que la Chapetona pasaba en casa del Corregidor, en compañía de Jaco, el resto del tiempo la acompañaba á todas partes, sin tener valor de separarse de su hija de leche, que formaba su dielo y su corona.

La liberta tiempo há que hubiera podido regresar á su patria, mediante las recomendaciones de Mr. Blácker y los recursos que éste podía proporcionarla; pero esto hubiera equivalido á removerla de su centro, á matar sus ilusiones en el primer brote. ;Tanta era la fe que reflejaba su rostro sobre el porvenir de la Chapetona! Esta sin embargo, tomándola de la mano, la llevaba al mapa-mundi, y con su índice, que parecía iba á manchar de tinte rosa la carta, le señalaba en el Africa central el punto que ocupaba el país del oro y del marfil, lugar de sus recuerdos infantiles, explicándole al mismo tiempo el valor de las distancias que tenía que recorrer, desde las costas sur-americanas hasta el Golfo de Guinea; lo que valían los grados terráqueos de longitud y latitud; y todo lo que podía darle idea de la incommensurable separación que podía interponerse entre las dos.

Crisnelay, con los ojos humedecidos, se negaba á prestar atención á todas estas indicaciones de Blondina y colgándose de su cuello la dirigía miradas de tierna reconvección porqué trataba de amargar las horas de ventura que á su lado saboreaba. Y en efecto, la liberta nada tenía que esperar de su regreso á la Guinea: las relaciones de los últimos esclavos transportados á la colonia, ponían de manifiesto el desastreado fin de su parentela, pasada á cuchillo por la ambición de un usurpador más poderoso, que había ocupado el trono de aquel hermano que dejó en tierra árida al ser arrebatada al hogar materno. Por otra parte, su querido Jaco no conocía los cuadros de lágrimas y sangre que á cada instante se desplegaban á los ojos de su madre. Hubiera sido una crueldad arrancarlo de aquella casa, donde había nacido y se había desarrollado tan feliz, para transportarlo como planta exótica á extraño suelo, y entregarlo en brazos de un porvenir desconocido.

Jaco que formaba parte de la servidumbre de Mr. Blácker, había recibido del doctor una educación supe-

rion á su clás: sabía leer, contar y escribir eleganté-
mentos: era diestro, disecador de pájaros y cuadrúpedos,
curtidor de pieles de serpientes, y más de una vez ha-
bía causado sorpresas infantiles á su hermana de le-
che, tirándola del delantal de su vestido y poniéndola de
improviso en presencia de una enorme boa, ó de un ma-
tizado coral, rellenos de paja, que la hacían lanzar un
grito lagudo, entre los silvos y las piruetas de Jaco,
triumfante de su travesura.

De seguida para desquitarla del susto, la conducía al
jardín botánico y la regalaba con un concierto de gor-
geos, silvos y arpeggios que á un tiempo salían de to-
das las jaulas pendientes de los azarquirus que orilla-
ban las calles del jardín: era el saludo unísono de las
aves dirigido á Jaco, que les llevaba el alimento. Cada
una de ellas, había sido bautizada por Jaco con un apó-
do significativo: una se llamaba la monjita, otra la ex-
pulgadora, ésta la golosa, aquella la saneas-largas, y en-
tre las *chumcas*, la más hermosa por su canto y su
plumaje de terciopelo, se llamaba la *chapetona*. Había
también un *cocinero* que escabulléndose de la jaula se
colaba de repente en la cocina y exponiendo su pluma-
je y abriendo sus alas, obligaba con sus cantos escan-
dalosos y sus picotones á que le dieran hilachas de car-
ne cocida: era un maduro *tordo* color de terciopelo ne-
gro, fundador de la pajarera, y cuando había engullido
lo bastante se escapaba al jardín huyendo de la perse-
cución de Jaco para atrajar los mosquitos, insectos y
menudas piedrezuelas, auxiliares de la digestión; pero al
fin era sorprendido por Jaco y subiéndose al dorso de
su mano le compensaba la golosina de la carne con una
docena de cantos estentóreos y algunos picotazos en los
dientes á manera de besos pajarunos que á la postre
degeneraban en pellizcos sangrientos.

No había vicho en la casa que no se moviese á hila-
ridad con los chistes y agudezas del negrito; y su natu-
ral alegre le hacía andar á brincos y carreras por to-
das las avenidas y corredores de la casa, en la cual le
eran familiares hasta las piedras que embaldosaban el
gran patio. Sabía las alturas de los entresuelos, la que
tenían las columnas que sustentaban los techos, la dis-
tancia simétrica que éstas ocupaban, el estado de con-
servación de las puertas, ventanas, pasamanos y diver-
sas ornamentaciones del edificio. Así es que nadie era
tan á propósito para cuidar del asco, del adorno y repa-
raciones del edificio como Jaco que incessantemente an-
daba con la brocha de legía abrigando el piso de ta-
blas de las habitaciones, ó con el plumero ahuyentando

el polvo de las paredes y de los patios. Cuando en su revista cotidiana encontraba algún pilar barrenado por la carcoma, ¡hola amigo, don zacha (1) cedro!—le decía—necesita usted ir á descansar en las llamas del hogar por vejeito: mañana harémos que venga otro á ocupar el puesto de honor que se ha usurpado; y la reparación se llevaba á efecto inmediatamente.

Además, sus dotes sobresalientes en el arto culinario le habían constituido director de la cocina, y era el alma de todas las delicias de la mesa de Mr. Blácker.

Si algún día Jaco hubiera sido separado de esa atmósfera de felicidad en que respiraba á sus anchas se habría agotado por grados su existencia, y de rechazo el silencio, la monotonía y el fastidio se habrían sustituido al movimiento, á la animación y al contento que aquella mansión encantadora exhalaba por todos sus poros.

Sólo algunas veces una nube de tristeza se extendía por el rostro de Jaco, que lo volvía taciturno y melancólico; y era cuando quedaba cerciorado de los maltratos y suplicios á que eran sometidos los desgraciados esclavos, sus compatriotas y hermanos, en casa de varios señores acaudalados. Un día lo encontró Crisnelay sentado en un rincón de la casa y derramando lágrimas.

—¿Pá qué lloras?—le dijo con dulzura.

—¿No han medio matao á cuero á Nor Prudencio?—lo contestó entre sollozos.

Crisnelay se volvió á un lado para ocultar á su hijo la emoción que le causara tal noticia; élla había también saboreado el acíbar del dolor en el amargo cáliz del cautiverio, y en ese instante se agolparon en su memoria todas las torturas y los suplicios de que había sido víctima en la ciudad de Loyola, antes que Tocoya la redimiera de su infortunio. Así es que no pudo reprimir el llanto al acordarse de su libertadora y de los atroces martirios de que la había salvado; y en lo más acerbo de sus recuerdos no acertaba á encontrar una palabra para mitigar el llanto de su Jaco, á quien tan hondamente había herido la situación de su amigo Prudencio.

En ese momento se presentó Blondina, sorprendiendo á madre é hijo en su actitud dolorosa, y preguntándoles, más con los ojos que con los labios, qué incidente desagradable había intervenido entre los dos. Crisnelay se arrojó en sus brazos, no sólo para enterarla de lo que ocurría, sino también para pagarle con un tributo de

[1] Falso, bechizo.

lágrimas amorosas, el beneficio de su madre Tocoya en haberle alcanzado su calidad de liberta y sobre todo de nodriza de su hija, a quien consideraba no haber servido lo suficiente, ni haberla todavía amado lo bastante.

Blondina que no era menos sensible que sus dos interlocutores a las desgracias ajenas, con una sola palabra devolvió la paz y la placida alegría á esos dos corazones lacerados.

— Yo te juro—dijo á Jaco—por los uanes de mi madre, conseguir la manumisión de tu amigo; y si el Dios verdadero, en cuyas aras he consagrado mi virginidad para dedicarla durante toda mi vida al servicio de los esclavos, oye mis ruegos y acepta mi holocausto, te prometo—dijo—dirigiéndose á Crisnelay—que muy en breve no quedará un solo esclavo en Zamora, y todos serán libres.

Jaco y su madre se pusieron de rodillas y pronunciaron, henchidos de fe, la palabra. Amén.

Les parecía haber escuchado un oráculo del cielo, por el ministerio de un Angel.

Crecían haber descubierto una aureola de celeste lumbré sobre la frente de la virgen del Yaguarzongo.

Y á la verdad, el noble continente de la Chapetona, la firmeza de sus palabras y cierto aire de divina inspiración que la circundaba, la asemejaban en ese momento á una profetisa, ó á una heroína de los tiempos clásicos de Grecia.

Blondina no era una visionaria ni una claudatana; en quien los arranques de entusiasmo juvenil podían traducirse por alteraciones del sistema nervioso ó arbotos de misticismo sobreexcitado. No; ella sabía valorizar sus promesas, abarcar con un solo golpe de vista todos sus alcances y los obstáculos que podían interponerse para allanarlos de antemano; la educación esmerada que había recibido, el talento precoz que había desplegado desde de sus tiernos años y cierta intuición de su destino para realizar cosas grandes, la ponían muy por encima de las notabilidades de su época, siendo ya considerada como un genio dotado de misión providencial, y un instrumento de los designios del Eterno.

Blondina era el retrato de Tocoya; también el Dios de la compasión y de la caridad se había encarnado en su espíritu, pero en ella más pronunciado y exigente. Con la actividad de la inventiva y los recursos del ingenio, Blondina se interesaba y trabajaba con ahínco por la felicidad de los yaguarzongos y de la colonia africana, cuya sangre se había inoculado en ella con la leche que había lido en los pechos de Crisnelay. Y en efecto,

muchos libertos debían su manumisión al prestigio y al ascendiente poderoso que la Chapetona ejercía en la aristocracia de Zamora. ¿Quién hubiera podido resistirse á la arrastradora elocuencia de sus ruegos y al poder de su mágica palabra?

Cada manumisión que conseguía era el preludio de otra más ruidosa è importante; y para estimular la filantropía de los *amos* ó *patrones*, había logrado revestir el acto, de cierta solemnidad religiosa que formaba fecha gloriosa en los anales de la colonia.

Hé aquí cómo se celebraban las manumisiones de esclavos:

Llegado el día de jueves santo, el candidato era conducido por dos libertos jóvenes de la casa de su amo a la de Blondina, en donde se le vestía de blanco: camisa, pantalones y chupilla habían sido aplanchados por Crisnelay, y á esta ornamentación se agregaba un gorro y un cinturón de color azul que formaban contraste con el fondo blanco del vestido y el color carmesí de un gran pañuelo que colgaba del cuello sobre el pecho. Luego se dirigía á la Iglesia parroquial, en compañía de algunos libertos de su misma raza, y llegada la hora de la comunión general se acercaba á la sagrada mesa y recibía con lágrimas de tierna emoción al Libertador del hombre, previa la preparación catequística que se le daba con un mes de anticipación. El amo del futuro liberto había extendido, la víspera, el instrumento público de manumisión, ante la autoridad competente, el que llevaba en su bolsillo, y tenía el derecho de ser condecorado con la llave, guarnecida de diamantes, que cerraba el sagrario del monumento, para ostentarla sobre su pecho hasta el día siguiente. Concluida la ceremonia de la mañana en la Iglesia parroquial, el agraciado se dirigía á la casa de donde había salido, y gozaba de un modesto banquete que se le había preparado, en el cual hacían los honores de la mesa Jaco, Crisnelay y Blondina; asistía á éste la colonia africana que se solazaba á su antojo, libre siquiera un día de los quebrantos de la servidumbre.

Al día siguiente, viernes santo, el amo ó patrón iba personalmente á conducir al liberto á la Iglesia, en donde ocupaba éste un puesto de honor, algo más atrás de los miembros de Cabildo, y cuando llegaba el momento de la adoración de la cruz, el patrón tomaba una especie de cadena de papel de colores que llevaba al cuello el antiguo esclavo, y conduciéndolo por ella al sitio de la adoración, la hacía pedazos con ambas manos, acompañando este acto con las siguientes palabras:

“ Desde este momento quedas redimido de tu esclavitud y entras á gozar de los derechos de hombre libre. Ado-remos, pues, juntos al Redentor del género humano, que en este gran día nos libertó de la servidumbre del demonio, derramando su sangre por nosotros.” Y en seguida dejaba, sobre una bandeja de plata que estaba al pie de la cruz, la escritura de manumisión que era como la ofrenda de adoración tributada al Dios Salvador del mundo. Un maestro de ceremonias recogía la escritura y se la entregaba al liberto envolviéndola en el pañuelo carmesí que colgaba de su cuello.

Por la noche de ese mismo día, una procesión espléndida y solemne, conduciendo en triunfo el Santo Sepulcro, se deslizaba magestuosa desde la Iglesia de los dominicos por todas las calles de Zamora. Un concurso inmenso, que acudía de todas partes, como si se hubiera dado cita en esa noche, se desplegaba en dos alas, por el trayecto de la procesión, que marchaba en imponente silencio al compás de los acordes fúnebres de la banda militar. El Ayuntamiento, las corporaciones de empleados, las congregaciones y comunidades religiosas, los caballeros y matronas; todos de riguroso luto ostentaban sus uniformes, sus preseas, sus gulas y pedrería, ahuyentando las sombras de la noche con los blandones que llevaban en las manos. No pertenece á nuestro objeto describir la famosa procesion que tan hondas huellas dejaba en la memoria de los habitantes de Zamora, y que atraía con su boato y magnificencia á casi todas las tribus salvajes del Corregimiento. Bástenos decir que la colonia africana presidía la procesión en primer lugar, y el liberto redimido cupuñaba el estandarte de color azul, entre dos camaradas también libertos, para ostentarlo entre sus compatriotas como el trofeo de su emancipación y el simbolo de sus esperanzas para sus compañeros de infortunio.

La Chapefona había reglamentado de tal manera esta especie de fiesta de la raza africana que sin faltar al respeto y reverencia que se debía al día más venerando del catolicismo, santificado por los blancos, podían los esclavos y sus ad-láteres disfrutar de una alegría moderada en la casa de la primera, entregándose á las danzas y cantos á que son tan inclinados. Por la mañana gozaban en la mesa común de un banquete sobrio y adecuado y por la tarde se les servía con profusión una como cena, consistente en queso, tortas de harina y una especie de jalea del fruto del guayabo; y luego, mujeres y hombres adultos, se aseaban, se vestían con sus mejores galas, miéntr que las mujeres fuesen atquiladas; y entonces era de ver cómo

las hembras eran de repente transformadas con sus originales prendidos, sus arreos y profusión de adornos consistentes en anillos, brazalotes, collares y sarcillos unos de polopunita, otros de zangapilla y cascabeles, y los más de brillantes cuentas de cristal dorado, formando altaiza con los diversos colores de sus vestidos. Los hombres llevaban un uniforme bien sencillo que aunque variaba en la forma y el color, sólo tenía por añadidura una banda terciada al pecho, un cinturón de color vivo y sobre la cabeza uno como turbante ó morrión militar, que les daba un aspecto marcial, suprema delicia de los hombres de raza africana. Pero, á decir verdad, no obstante sus instintos de hacer parranda de todo, aquel día se penetraban del recogimiento que guardaban los blancos, y á lo más se contentaban con meudear algunas letrillas que nada tenían de alarmantes. Apenas el más listo había acabado de uniformarse se lanzaba al patio en són de danza, cantando al mismo tiempo:

Si mi negro Na Cecilia
me viera de milta,

Vestido de punta en blanco,
y tréca en Magesta;

Sh, los ojo de lucero
lo blanqueará por ítema;

que por casarse conmigo,
¡ja ja! se va á aloca!

O T R O:
El día que me hagan libegta,

eta de albicia la Maco,
y que se casa conmigo,

disputa podá con etabo.
Ella me ha dicho á la oreja,

que soy negro muy engroido,
si no cumplo lo ofrecido,

en mis bárlas se hace beata;
O T R O:

El amo Señó Francisco,
me amora da libegta;

pues hoy su merce me dijo,
que almoza con el vengá;

Aunque esté de jueves santo,
en el amo me da vergüenza;

yo no voy; me jó confesto; lo del
cribano, cribano eta. (1)

[1] Señor, está escribiendo.

MUCHOS:

La Chapetona es nuestro ángel,
es la máma de los negros;
lo viste y dà qué comé
le dà también libegta.

Viva siempre Ña Brondina
viva en nuestro corazón;
como el ara en que reciba
nuestro tributo de amor!

XIV



ADA manumisión que se verificaba en Zamora, debía ser un triunfo para la Chapetona; puesto que era el fruto de su poderosa influencia en la sociedad, de sus colectas en dinero, recogidas con perseverante actividad, y sobre todo de su genio ardoroso é insinuante que, á manera de un resorte eléctrico, ponía en juego todas las inteligencias, explotaba todas las pasiones generosas, se valía de todos los caracteres, adunando en conjunto armónico y certero todos los esfuerzos y energías para llegar á la meta de sus aspiraciones. Y sin embargo no estaba contenta ni satisfecha, mientras no borrarse en lo absoluto la esclavitud de la colonia africana y la devolviese sus fueros y prerrogativas en la escala de los seres racionales. Había conseguido la redención de muchos esclavos á fuerza de ruegos, de instancias y de dinero; pero los más carecían de pan, de un techo que los abrigase y hasta de ocupación para procurarse lo necesario; y por lo tanto, sus buenos oficios debían extenderse á formarles un porvenir honroso y seguro para que el cambio de vida no les fuera mas bien perjudicial. Con tal objeto, meditaba el modo de transformar su casa en un Asilo, dándole la capacidad suficiente no sólo para ofrecer en su recinto habitación adecuada á los agraciados, sino toda clase de comodidades y menesteros, cual lo requiere un gran establecimiento de beneficencia pública.

Dos famosos ideales perseguía al respecto la Chapetona: cortar de raíz el odioso tráfico de negros en las colonias del Sur de Quito, y obtener la libertad de los esclavos entonces existentes en Yaguazongó, haciéndolos entrar al goce de todos los bienes sociales.

Para lo primero había conseguido de la corona de España una cédula real que prohibía, bajo severísimas penas, el tráfico negrero.

Blondina, para arrancar aquella cédula interpuso el poderoso ascendiente que el P. Alouso ejercía sobre la familia de Luis Beltrán; aquel nuevo Francisco Javier que acababa de morir en 1582 y cuyo ruidoso apostolado, rodeado de prodigios y de una santidad admirable, había inmortalizado su nombre en la Corte de España.

Un joven, sobrino de la Corregidora, y pariente por línea materna de Fr. Luis Beltrán, se prestó gustoso a ser el conductor de la cédula hasta Zamora; pues los médicos le habían aconsejado salir de Madrid y buscar el restablecimiento de su salud en el mar y en los deliciosos climas del reino de Quito. Llamábase Alfredo Figüez el joven español conoció á Blondina, en casa de su tía, concibió por élla una pasión tan vehemente, que resolvió fijar para siempre sus destinos en la capital de Yaguazongo, si su buena estrella le deparaba para esposa á aquella encantadora virgen de las selvas americanas. Pero, dicho sea de paso, la huérfana de Tocoya era una alma tan excepcional, vivía tan retraída de los goces terrenales, que si por su organismo se rosaba con la tierra, por su pensamiento y sus aspiraciones sublimes hallábase muy por encima de la materia, cerniéndose su espíritu en regiones inaccesibles al común de las gentes, bien así como el águila real, se levanta en rauda vuelo á los etéreos espacios inflamados por la luz del sol.

Pero el mas grande pensamiento de la Chapetona consistía en realizar la manumisión de todos los esclavos al mismo tiempo, y si posible fuere en el mismo día.

Varias tentativas había hecho y combinado diversos planes para conseguir de los monarcas de Europa, los capitales suficientes para tan laudable objeto; y mientras la impulsaba la esperanza de superar todos los obstáculos y satisfacer su noble ambición, Dios premiaba la constancia de esta virgen privilegiada, poniendo en sus manos todo lo que habia menester para el logro completo de sus aspiraciones.

En efecto, un día que estaba subida sobre un taburete, midiendo la altura de la pieza que antiguamente ocupaba el notario D. César, con el objeto de hacer construir un altar para transformarla en oratorio, cayó del taburete sobre unas tablas del pavimento, que comprimidas por la polilla se hicieron pedazos, yendo á parar el cuerpo de Blondina en una especie de subterráneo que tenía una escala de nogal y al pie de ella, como incrustada en el muro, una piedra cuadrada, que parecía dar entrada á otro subterráneo. Repuesta del dolor del golpe, y de la impresión de una caída tan inesperada, exa-

miró con los ojos cuanto la rodeaba, á la media luz que penetraba por la abertura que habia dejado la tabla deshecha; pero nada pudo descubrir, excepto la piedra de que hemos hablado y la gradilla que sin duda era el camino para penetrar por ella. Forcejeó cuanto pudo para remover la piedra, pero sin resultado alguno, con excepción de un ligero vaivén que notó al pulsarla. Comprendió que allí se encerraba algún secreto, y procuró ocultar el hueco á miradas extrañas, adaptándole otras tablas semejantes, hasta poder escurdirá con calma y con las precauciones convenientes lo que contenía aquel oculto subterráneo.

La pieza que iba á ser convertida en oratorio, habia permanecido constantemente deshabitada, y sólo servia como de antesala á la inmensa galeria que conducía al segundo patio. Era por lo mismo muy á propósito para el objeto á que se la destinaba. Blondina comenzó por asegurarla con llave y para no despertar sospechas en el examen que iba á practicar, resolvió hacerlo por la noche á horas en que no pudiese ser vigilada por nadie. Se provveyó de una linterna sorda, de algunos ácidos y álcalis para desinfectar el ambiente y de algunos instrumentos de hierro que le parecieron necesarios....

Cualquiera pudiera creer inverosímil que una joven de veinte años como Blondina, acostumbrada á las preocupaciones de una sociedad afeeminada como Zamora, y sojuzgada por las supercherias y supersticiones de la época, se atreviese á penetrar en altas horas de la noche, en un subterráneo desconocido, que más tenia trazas de cementerio ó de catacumba para guardar cadáveres; tanto más si se recuerda la pavorosa historia de aquella casa, después del terrible drama de la muerte de sus primeros dueños.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el carácter de la Chapetona era excepcional. La Providencia la habia dotado de prendas tan singulares, que más parecia destinada á vivir en mundos más espléndidos que en nuestro miserable planeta. Lo oculto, lo desconocido despertaba, aguijoneaba su espíritu, ávido por descubrir la verdad que era el alimento que la satisfacía en todos sus actos, y no el simple prurito de la curiosidad femenil, y entonces, á más de los alcances de su gran talento, su ilustración que se habia procurado con la lectura de muy buenos libros y la educación delicada y completa que habia recibido, se aunaban en admirable concierto para hacerla emprender en proyectos sorprendentes; ajenos al sentir general de las gentes.

Por esto, cuando se apoderaba de ella algún ideal, la

absorbía en todas sus facultades, la enajenaba de cuantas cosas la rodeaban, y constituida en una especie de febril delirio, parecía una loca, pero loca sublime que estaba siempre en los momentos lícidos, que siempre acertaba en la elección de los medios conducentes al fin.

Blondina, pues, inició con ardimiento la inspección que se había propuesto; pero al descender la escala comprendió que el pavimento estaba á nivel del barranco que circunla la casa por el Norte. Al instante se le ocurrió la idea de que aquella entrada que daba paso al segundo subterráneo sería una puerta de escape para proteger la fuga del funesto personaje que había vivido de incógnito en aquella casa; pero desechada esta idea como importuna, se propuso no cejar ante ningún obstáculo y descubrir lo que se ocultaba tras de aquella puerta de piedra, tan bien encajada en el muro. Sólo después de algunas noches de tanto forcejear, de introducir la hoja de un cuchillo, de limpiar la piedra, enaceitar los sitios donde aparecía hierros, logró distinguir un botón que había sido el resorte para asegurar la puerta. Una vez enaceitado el botón y, libre del orin que lo había tomado, se puso en movimiento, haciendo girar la puerta al rededor de un eje de acero, y franqueando el paso á una como cueva fabricada en el peñasco.

Lo primero que descubrió fué un cuadro de frente á la puerta, muy empolvado, pero que dejaba entrever una bellísima pintura, producto del pincel de Miguel de Santiago. Era en efecto la copia del retrato de la Santísima Virgen que se atribuye á San Lucas...

Postróse en tierra, y con la emoción de una hija acostumbrada á derramar su corazón en el de su idolatrada madre, la dirigió esta súplica:

"Reina del cielo y Madre de los desgraciados, cúbrame tu sombra protectora en esta empresa; y si algo se encuentra en esta cueva, mi primer cuidado será promover tu culto, y lo demás aplicarlo á los infelices esclavos."

Dijo, y dirigiendo su linterna á los rincones de la cueva, encontró armas de varias clases, todas ellas tomadas del orin, vestidos deshechos, y bajo unas mantas de listú, completamente deterioradas, una enorme caja de nogal, con doble cerradura y guarnecida con cinchos de acero. Tal hallazgo la sorprendió sobremanera; pues no había duda que dentro de la caja se encerraba algún secreto. Mas, ¿cómo remover la caja que apenas la podrían alzar unos doce hombres? ¿Cómo forzar las cerraduras y levantar la pesada tapa? Tres noches más tuvo que trabajar, después de proveerse de limas, tena-

zas y barras para romper las cerraduras y examinarla en su interior. Lo primero que se ofreció à su vista fué una multitud de trapos que oían à moño y que la polla había deshecho en mil pedazos. Tan luego como descartó la caja de la basofia indicada, observó varios compartimientos proporcionales en el fondo de la caja, formados con tablas de la misma madera y conteniendo cada uno de ellos piedras preciosas de toda clase, alhajas de oro y plata incrustadas de diamantes, perlas, esmeraldas, topacios y rubies. Levantaba una tapa y encontraba barras y bolas de oro en abundancia, y luego en otro compartimiento lateral, vajilla y útiles de mesa y cocina, todo de oro y plata, adornos, cadenas, y útiles de escritorio de oro fino, y más al fondo, monedas de los mismos metales en sacos de piel, colocados con profusión; y por último frascos de vidrio y de metal, llenos de oro en polvo perfectamente conservados.....

El asombro de la Chapetoua no conocia límites, y ofuscada por el resplandor de los diamantes y el brillo de las joyas, quedó por un momento hipnotizada sin saber el partido que debía tomar. ¿ Quién había depositado allí tantas riquezas? ¿ A quién pertenecía aquel tesoro?

Las dudas y las sospechas se cruzaban por su mente, dando lugar à mil encontrados pensamientos. Pero tuvo la suficiente energía para repelerlos, y repuesta de su primera impresi6n se levanto como enzagada, cerró la caja nuevamente, amontonó sobre ella cuantas armas y trastos viejos encontró y arrodillándose de nuevo delante del cuadro de la Virgen exclamó enternecida: " Madre de gracia y de bondad! has puesto en mi poder este tesoro, ayúdame para emplearlo cual conviene. Aunque soy débil instrumento de tus misericordias; con tu auxilio voy al fin à cumplir mis ardientes deseos." Y renovó inmediatamente sus antiguos votos.

Salió de la cueva, entornó la puerta, llevándose consigo solamente un precioso relicario de oro con incrustaciones de diamantes que halló entre las alhajas: era una bellisima miniatura tallada en marfil que representaba por el anverso à la Divina Pastora y por el reverso el Niño de Belén en el acto de recibir las adoraciones de los Magos. Se lo aplicó al pecho y se retiró à su aposento à la luz indecisa de las estrellas que cuajaban el firmamento. Aquella noche no pudo dormir revolviéndose en cien proyectos para trasladar cuanto antes el tesoro a un sitio donde no pudiese engendrar sospechas; y se levantó muy por la mañana para ir à la Sirena en busca de un joven recién bautizado, que le había ofrecido Quiroa para portero de la casa, indispensable en su con-

cepto en las presentes circunstancias.

Dejémosla regresar y oigamos inter tanto la conversación de dos personajes que ya juegan su papel en esta historia.

XV



N la Biblioteca de Mr. Bläcker, que tenía entrada por el primer patio, había llegado de visita el joven sobrino de la Corregidora. La segunda puerta que daba al jardín botánico estaba entornada, pero abierta la ventana ojival que dejaba visibles las alamedas y la multitud de plantas y de flores que decoraban los cuadros del jardín. Sentado al frente de esa ventana en una rica otomana de damasco carmesí, el joven Alfredo dirigió la palabra al médico, cual si hubieran sido antiquísimos amigos.

—Aplando el gusto de Mr. Bläcker en haber escogido esta Capital como centro de sus investigaciones botánicas, decía Alfredo á su interlocutor.

—Por lo que comprendo, contestó Bläcker, que el domicilio provisional que Ud. ha elegido es también de su gusto.

—Y tan de mi agrado que en lugar de provisional quisiera hacerlo permanente.....

—Está en su mano, mi querido Alfredo, procurarnos su presencia en este suelo. La juventud se aprovecharía entonces de sus conocimientos en artes y bellas letras.

—No depende tanto de mi mano, cuanto de la de otros, el conseguir mi felicidad en Zamora.

—Entonces, nadie mejor que sus tíos que lo aman á Ud. sinceramente, le ofrecerán una colocación brillante; toda vez que su prestigio es poderoso desde que representa la primera autoridad de Yaguarzongo.

—En efecto, la mayor prueba de cariño que me han dado es, haber agotado todos sus esfuerzos para que yo llenara mis deseos, y nada han conseguido....

—Pues me extraña, mucho... y no comprendo.... Desearía que Ud. fuera más explícito. ¿Se trata acaso de alguna cosa tan difícil?

Mr. Bläcker iba sospechando á dónde tendían los preámbulos del joven, que deseaba buscar su felicidad en Zamora. Y, observando que su sistema nervioso principiaba á exaltarse, hizo un gran esfuerzo para prepararse a cualquier desenlace, resolviéndose á mostrarse indiferente y á no adelantar palabras indiscretas.

—Por lo que á mí atañe, dijo Blácker, estoy pronto á prestarle mis servicios.

—Gracias, caballero, Ud. es el único que puede labrar mi dichoso porvenir, venciendo la resistencia de Blondina.

—¿ De Blondina ? . . . ; Para qué ?

—Para que me otorgue su mano, como premio de mi inextinguible amor . . .

Y el joven inclinó la frente sobre el pecho, como esperando resignado la sentencia de su muerte.

Mr. Blácker se aprovechó de este momento de silencio para acomodar sus palabras, que iban á salir entrecortadas á consecuencia de una como corriente eléctrica que circuló por todo su organismo.

—Aquel hombre tan excéntrico que parecía ajeno á las influencias femeniles, hacia algún tiempo que guardaba en lo recóndito de su pecho una pasión vehemente por Blondina: la amaba más que á todo en este mundo; y si le hubiera sido posible, habría sacrificado mil veces sus rentas y sus millones por poseer aquel corazón virginal hermosado por la virtud. Así es que las últimas palabras del joven español le hicieron el efecto de la hoja de un puñal clavado en el corazón.

Más, para encerrarse en su reserva y no suscitar sospechas, se esforzó, con evasivas, en sustraerse del compromiso que se le quería imponer, contestando netamente al joven Alfredo:

—No encuentro la razón, caballero, de que primero se foque conmigo, antes que con los que ejercen la patria potestad sobre Blondina.

—Pero es usted, Sr. Dr., su padre putativo, y tiene sobre ella más autoridad que nadie.

Nó, Sr.; el asunto tiene que arreglarlo usted con su padre verdadero que es Quiroa.

—Me parece, Sr. Dr., que tanto usted como Zamora entero tenéis la convicción de que no es Quiroa el padre de Blondina, sino un europeo; y este instinto de todo un pueblo es el que la ha bautizado justamente con el sobrenombre de Chapetona . . .

Mr. Blácker dió un salto invisible en su sillón á la revelación de una verdad tan clara que para él había sido un secreto; y deseando dar un corte á la conversación para él ya asaz enojosa, dijo á su interlocutor con acento de manifiesta tristeza:

—Si lo que usted acaba de afirmar fuera cierto y llegase á oídos de Quiroa, estaría ya pronunciada la sentencia de muerte de la Chapetona y su inmolación en las llamas de una hoguera

—¿Es posible?...!

—Los indios son inexorables en la ejecución de sus leyes; y una de ellas es sacrificar al hijo introducido en un matrimonio, perteneciente á otro padre, y Blondina se hallaría en este caso....

—Pero como ha pasado de su mayor edad, la potestad paterna ha caducado.

—Entre los indios la patria potestad no acaba hasta el momento en que la hija es entregada al esposo elegido por su padre.

—¡Qué horror!... Luego de todos modos es esclava?

—Conviene pues aplazar este asunto complicado, hasta descubrirlo con toda precaución entre sus tíos, el P. Alonso y la misma Blondina.... Y los dos interlocutores se separaron, Alfredo dando muestras de inusitada agitación y el médico silencioso, reconcentrado e inerte como una momia del Egipto....

Nunca el médico naturalista había sufrido impresiones tan bruscas y encontradas, como las que habían sido resultado de la conversación que acababa de pasar.

Inmóvil en su asiento y libre ya de tal visita, se puso á reflexionar si sus palabras podían haber denunciado su pasión, que hasta entonces había tratado de ocultar, aún á la misma Blondina....

Cierto que había ensayado con ésta algunas palabras, para sondear su corazón y sorprender sus misterios; pero no habían pasado de meros juegos confidenciales y desahogos de familia.

Por lo mismo, Mr. Blácker había vivido tranquilo y satisfecho del cariño de su abijada, gozándose de amarla en secreto, sin dárlo á conocer á nadie, y guardando ese amor en su pecho, como guarda á la perla la nacarada concha.

Mas, ahora que se presentaba un rival, de las prendas y cualidades del gallardo Alfredo, el médico se sentía visiblemente contrariado y celoso. Aquel joven de veinticinco años, de encantadoras formas, de familia distinguida y rica, que se había educado en la Universidad de Salamanca, y era juriconsulto, ingeniero, pintor y retratista afamado y hasta poeta, no podía menos que cautivar el alma de una joven artista, y cuyo talento, tan bien cultivado, debía hacerlo divisar horizontes de felicidad y un porvenir color de rosa.

Por otra parte, bien comprendía que aquel matrimonio, á más de ventajoso para Blondina, le era muy benéfico, y hasta cierto punto necesario; porque, retirándose á España con su esposo y poniendo los mares de por medio, quedaba sustraída al alcance de los indios

que jamás la perdonarían, al descubrirse que no era hija de Quiroa...

Pero el amor es egoísta; y Mr. Bläcker prefería que la Chapetona se consagrara al servicio de los negros redimidos, consumando sus votos hechos desde su infancia, antes que desprenderse de aquel tesoro que formaba el encanto de su vida y el paraíso de su corazón...

¿Pero podía prometerse que así sucedería? ¿Podía esperar de una joven, exuberante de vida, de amor y de ilusiones, que trocarse los dulces y plácidos placeres del himeneo, por las tristes y áridas prácticas de una vida cenobítica? ¿Talvez los ardorosos arranques y heroicos proyectos de Blondina no serían más que una comedia para entusiasmar y decidir á alguno de sus numerosos admiradores?... ¿Talvez la venida del joven español donde el padre putativo de Blondina sería una farsa estudiantil y concertada de utemano entre Blondina y la Corregidora, para arrancarle su consentimiento, y prepararlo al terrible sacrificio?...

De todos modos, Mr. Bläcker quería entenderse con la Chapetona y escuchar de sus mismos labios la declaración explícita y sincera de sus resoluciones y modo de pensar en este asunto.

Dejemos por un momento al azorado naturalista revolviéndose en sus dudas y cavilaciones; y con las alas que nos presta la imaginación trasladémonos de un salto á la Sirena, para presenciar otra escena que tiene íntima conexión con el presente drama.

XVI



A Chapetona, acompañada de Crisnelay, había llegado al Intinahui precisamente en el momento en que tocaban á su fin las fiestas lúnebres, ordenadas por Quiroa para solemnizar la traslación de los restos de sus difuntos padres á un sitio aislado y distante de los sepulcros en donde yacían los españoles muertos en la batalla de Yacuambi.

En la confluencia de este río con el Chalau un poco antes de que tributen sus caudales al Yayamayo, extiéndese una hermosa sabana de verdura, esmaltada de flores campestres y cobijada por el imponente follaje de la floresta que la circunda, á manera de dos brazos maternos, obligando al viento que sopla del desierto á romperse en su espesura para no llegar á la pradera, sino en forma de suave céfiro ó de brisa matinal.

En el costado oriental de la sabana, álzase una pequeña eminencia, sobre la cual se habia erigido la nueva Tola que guardaba en su seno al príncipe Payaná y á su esposa Naya.

Los ecos de los taquis y de los pingullos aun repercutían en los barrancos y en las quebradas, mezclando sus lúgubres acentos, al ruido de las cascadas y al rumor de los ríos al estrellarse contra las rocas que les servían de lecho.

Crisnelay, tan conocida de antiguo en la tribu de los Payanás, fué á incorporarse á la comitiva fúnebre y aun á tomar parte en las libaciones de costumbre y en la comida, á pampa rasa, que era el remate de esta clase de fiestas; mientras que la Chapetona, por medio de algunas moñitas que servían en la cabaña, se informaba de los pormenores de la solemnidad.

Durante el peregrino ágape salvaje, Crisnelay llegó á descubrir que á la traslación de los restos de los príncipes cumbinamas debía seguirse la exhumación secreta de los de Tocoya y Flavio Pérez; mas no para depositarlos en sitio más decente, sino para reducirlos á cenizas en el fuego sagrado del dios Cúpay. Esta noticia le despertó serias sospechas respecto del porvenir de la Chapetona; y, para precaverla de cualquier impresión inesperada, se escurrió sagazmente de la concurrencia y se adelantó á prevenirla no se diese por notificada de tal incidente, sino que se mostrase serena, benévola y tranquila, en todo cuanto su padre le dijera.

No fué posible esa noche tener ninguna inteligencia con el jefe yaguarzongo; pues tuvo éste que resignarse á las exigencias de sus capitanes que le ofrecían entusiastas ovaciones, hasta horas muy avanzadas.

Entre tanto, Mr. Bläcker, que no tenía valor para soportar la ausencia de su adorada Blondina, despachó á Jaco á la Sirena, al día siguiente, para informarse del motivo del retardo.

El fiel Novo, meneando la cola y con resoplidos atiplados llegó primero, para besar las manos de Blondina y esperar de ésta las caricias con que acostumbraba galardonarle.

Jaco en seguida se plantó de un brinco en el umbral de la habitación, á tiempo que la Chapetona frotaba con su delicada mano la sedosa piel del hermoso terranova.

—Vengo á encaminá á la ña Blondina—exclamó Jaco con gracia.—poqué: cuando viene aquí se pone á viví pá siempre y no se acuerda ni un poquito de muchos que deja en la ciudad con el ojo pelao, divisándola, habé si parece en el camño.

Jaco tenía muchas ganas de continuar su interminable sermonata, pero le interrumpió la presencia de Quiroa, que apareció dando visibles muestras de entenderse con la Chapetona.

—Mi querida Naya me perdonará—dijo á ésta—que me haya detenido más de lo ordinario en cumplir los deberes que exige la piedad filial, privándome por ellos de saborear los encantos que gusta un padre al lado de su hija idolatrada.

Y Quiroa acentuó intencionalmente la última palabra, aviéndole por descubrir el efecto que ella producía.

Pero Blondina trató de desviar la alusión que á ella se dirigía, contestándole de un modo general:

—Los deberes de los hijos son superiores á los de los padres, cuando así lo lo requieren el decoro del puesto que se ocupa y el honor nacional.

—Y, justamente, la traslación de los restos de mis finados padres, ha sido decretada por todos los capitanes reunidos en Concejo; y á mí me correspondía, no sólo como Jefe General sino como hijo, darle su exacto cumplimiento—

—Yo aplaudo más que nadie tal resolución y sobre todo el celo con que ha sido ejecutada; y creo hallarme también en el caso de honrar las cenizas de Toco-ya, trasladándolas á la ciudad, donde procuraré erigirle un sarcófago especial que sea digno de tal matrona y de su esposo primero, el valeroso Flavio Pérez.....

Quiroa no pudo disimular la impresión que le causarían las atrevidas pretensiones de Blondina; pero comprendiendo que en el presente caso le era indispensable guardar toda reserva, procuró suavizar su acento, y le contestó con la mayor dulzura:

—Mi adorada Naya, permíteme observarte que tus deseos son irrealizables, porque nuestras leyes consideran como una propiedad de la Nación los restos del finado que yace en nuestra tierra y forma con ella un solo cuerpo: arrebatar sus cenizas sería, pues, como un robo de su territorio, y una verdadera profanación.

—¿Por ventura habría profanación en el culto que una hija puede rendir diariamente á los despojos de sus progenitores, teniéndolos junto á sí?

—Ciertamente en ese culto no lo hay; pero si en la violación de una Tola, que es motivo suficiente para una declaratoria de guerra.....

Blondina no insistió más. Tenía que habérselas con un hombre demasiado astuto, quien, aparte de explotar ladinamente su autoridad aparente de padre, se valía de su calidad de jefe supremo de las tribus para contrapo-

ner argumentos contundentes que la dejaban vencida, sin adelantar otra cosa que hacerse más sospechosa.

Eran pues, dos adversarios formidables que se medían mutuamente las fuerzas y se conservaban à cierta distancia respetuosa, sin resolverse a romper hostilidades.

El uno, Quiroa, se esforzaba en llamarse padre dando à su trato toda la benevolencia y la amabilidad que le convenían, hasta cerciorarse por completo del engaño ultrajante y bochornoso de que había sido víctima.

El otro, la Chapetona, no quería perder el gran prestigio que había adquirido sobre los yaguarzongos, como hija del primer jefe, para reducirlos por la instrucción y el catecismo à la fé cristiana y à la civilización verdadera..... ¿Y qué hubiera adelantado Blondina con declararse hija de Flavio Páez? Atraer sobre su cabeza las iras de los yaguarzongos, concitándose la sanción de una de sus leyes más bárbaras, que la condenaban à morir en una hoguera.....

Ella lo sabía muy bien, no sólo por las relaciones de Crisclay, sino por ese delicado instinto de la naturaleza que nos descubre con mano infalible los lazos de la carne y de la sangre; cadenas invisibles que nos unen à los seres más queridos, descorriendo el velo de los más recónditos secretos. Por eso entre Blondina y su padre aparente no existían esos efluvios misteriosos del amor, esas fruiciones inefables, esos arranques involuntarios de cariño que son el grito de la naturaleza y se traducen en actos espontáneos de heroísmo y de sacrificio. Sin embargo, Blondina no mentía, ni exageraba las muestras de benevolencia y de respeto que rendía al jefe yaguarzongo; pero si sacaba de las manifestaciones paternales de Quiroa todo el partido que había menester, para el logro de sus incesantes aspiraciones.

Por lo demás, ella permanecía tranquila, respecto de las consecuencias que pudieran sobrevenirle, con la declaratoria de su verdadera filiación, porque aparte de favorecerla las leyes del Corregimiento, tenía la convicción de su inocencia y la intuición de su destino providencial que la hacían abandonarse confiada y resignada en brazos del Omnipotente, pródigo y justiciero....

Por su parte, Quiroa ponderaba la imposibilidad de satisfacer la venganza de la ley, à lo menos por lo pronto, caso de descubrirse el engaño humillante y la suplantación de un hijo; que había sufrido en su matrimonio con Tocoaya. La Chapetona era el ídolo de todas las familias de Zamora; su nombre era pronunciado con gratitud por todos sus habitantes y en especial

por los colonos africanos: ella se había conquistado el amor de muchos yaguarzongos que hubieran sacrificado su vida por defender la suya; y hasta en la Corte de España era objeto de la admiración y de los aplausos, como lo atestiguaba la Gaceta de Madrid, cada vez que llegaba en el Corregimiento. Todo esto lo sabía Quiroa; y por lo mismo, poner la mano sobre Blondina equivaldría á pronunciar su sentencia de exorcinio, á concitarse el furor de todos los blancos y la rabia de los negros y á que se levantaran á tomar venganza hasta las piedras de Zamora.... Era pues, indispensable no incurrir sospechas, permanecer indiferente y preparar en secreto el golpe certero, precaviendo responsabilidades y evadiendo represalias que para los jíbaros podían ser irreparables, atendida la numerosa población de Zamora y la respetable guarnición que la guardaba.

El salvaje americano, tan feroz é inexorable, en sus venganzas, es astuto, sagaz y traicionero. Deja con paciencia recorrer el tiempo, hasta condensar todas sus fuerzas, aglomerar todos sus elementos, conjurar todos los peligros y los obstáculos que pudieran oponerse á la satisfacción de sus deseos; y cuando ha estudiado los medios más adecuados para llegar á su ideal, cuando ha medido los pasos de su enemigo ó de su víctima y el modo de superarla ó anularla, obstruyéndole todo medio de salvación ó de defensa, entonces se lanza como el milano sobre el descuidado pajarillo, sin respetar el espacio y el tiempo, atravesando montañas, salvando precipicios, franqueando ríos, recorriendo distancias incommensurables y aún burlando las tinieblas de la noche y la furia de los elementos.....

Quiroa, pues, dejaba al tiempo la solución de sus dudas, y la preparación de los planes infernales que bullían en su cerebro, sin darse por notificado de nada y aparentando una tranquilidad patriarcal.

Inter tanto, concedía á Blondina, cuanto ésta le pedía para realizar sus proyectos, haciéndole al mismo tiempo las más lisonjeras promesas paternales de que no omitiría medio alguno para llenar sus más ligeras insinuaciones. La orden secreta de exhumar los restos de Páez y de Tocoña fué revocada también secretamente....

La Chapetona se retiró del Intinahui satisfecha de las promesas y del buen tratamiento de su padre, quien le había ofrecido hasta cien trabajadores por semana para la pronta renovación de la casa, que iba á transformarse en asilo de beneficencia, idea que, emitida por Tocoña en los momentos de su agonía, ella, su hija, iba á tener la gloria y el consuelo de darle cumplimiento.

Un apuesto joven de veinte años, llamado Chigna, hijo del general Ráric, fué destinado por Quiroa para portero en la casa de Blondina.

Además, ésta había obtenido permiso de su padre para levantar cerca de la triba de Tocoya una tienda rústica que sirviese á la instrucción de los neófitos y á sus prácticas religiosas. Pero Quiroa comprendió al punto que tal construcción sólo obedecía al propósito de cuidar las cenizas que allí yacían. Blondina se había captado el amor de todas sus neófitas, y ellas le comunicarían cuánto en la Sirena aconteciera.

XVII



R. Blácker, muy por la mañana, se había instalado en uno de los balcones del comedor que da vista al huerto de frutales que ya conocen nuestros lectores. Desde allí podía observar el regreso de las viajeras, merced al desnivel de la casa, muy superior á los edificios vecinos y al extenso panorama que se desplegaba hacia el Oriente.

De colós, sobre el barandillaje del balcón, Mr. Blácker parecía abismado en la contemplación de aquellos paisajes imponentes que ofrecen los bosques orientales á la mirada del observador, en la hora solemne del orto del Sol.

Pero el naturalista no se cuidaba en esos momentos de los múltiples cambiantes que ostenta la naturaleza cuando de súbito se encuentra iluminada por un sol de primavera.

Una sola idea lo embargaba por completo, y sembraba dudas y sobresaltos en su espíritu: saber la resolución de la Chapetona sobre su enlace con Alfredo.

Si su abijada había de marcharse á España ¿para qué continuaría él en Zamora? ¿Podría soportar la existencia en aquella casa que antes respiraba alegría, animación y vida sin la presencia de Blondina?... ¿Aquella mansión encantadora no se convertiría para él en un sepulcro, si la virgen que la embellecía fuera entregada á un extranjero que la enajenase á su cariño?... Necesitaba, pues, escuchar de los mismos labios de Blondina la solución del problema que esclareciese el porvenir. Por eso la aguardaba allí, sobreexcitado, anhelante y pensativo....

De rato en rato alzaba la tapa de su reloj, y pareciéndole años los minutos y las horas siglos, se le esca-

paba un gemido imperceptible, que iba á mezclarse, con las auras embalsamadas de la mañana al penetrar por la ventana.

De improviso dirigió el anteojo hacia la parte norte del camino, á un punto donde se escurría un joven, vestido de paletó y botas hasta las rodillas, bajo el follaje de unos frondosos palopontas, desapareciendo luego en la espesura. ¿Será Alfredo?—sospechó al punto el naturalista—temeroso de que el ardoroso pretendiente hubiese ido á hacer de las suyas en la Sirena. Mas, á poco se oyó la detonación de una pistola, que le hizo entrar en dudas, si podría ser algún cazador de las quintas inmediatas que preparaba su almuerzo de perdices.

Por lo mismo, le convenía cerciorarse personalmente si Alfredo se hallaba fuera de casa, porque entonces era casi seguro que había acompañado á las viajeras.

Cerró, pues, las persianas del balcon y se dirigió á su ropero: abandonó en un sillón la bata de abrigo y tomando un vestido de etiqueta se encaminó á la casa del Corregidor.

Apenas había andado unas dos cuadras, sintió en las piernas un suave coleo del festivo Novo, que jadeante y con la lengua afuera, había seguido la pista de su amo con su delicado olfato. El médico comprendió que habían regresado ya sus favorecidas; y haciendo un ademán imperativo á su leal perseguidor para que desandara las dos cuadras, Mr. Blacker se apresuró en llegar á la casa del Magistrado.

XVIII



El inteligente Novo, mohino y coliculado, se sometió á la obediencia, como el soldado mejor disciplinado.

—¿Craí encontrar muy acompañado al Sr. Corregidor—dijo Mr. Blacker—al encontrarse con éste, aislado sobre su bufete.

—Lo que es ahora—contestó el Magistrado—sobrellevo yo sólo el peso del despacho.

Y acercó un asiento á su lado para que se sentara el visitante.

—¿Pues no ha aumentado Ud. el número de sus empleados?—repuso Blacker, arrellanándose en la poltrona.

—¿Y esto qué importa, si todo el mecanismo de las oficinas se ha trastornado con la enfermedad del Secretario general?

—¿Alfredo enfermo!....

—Allí lo tiene Ud. sin querer salir de su aposento, ha-se cuatro días: ni más ni menos que una niña mimada de quince años, á quien ha atacado la *potaleta*, por que se le ha muerto el gato.

Estas palabras desvanecieron las dudas de Mr. Blácker, y lo tranquilizaron algún tanto. Así es que tomando un aire de benévola compasión continuó:

—Siento en el alma que su simpático sobrino principie á saborear el cáliz de los dolores; y extraño mucho que mis servicios profesionales no hayan sido reclamados esta vez por la amistad.

—No me ha parecido tan grave la cosa, que merezca la pena de mortificar á un amigo tan ocupado como U.

—¿Talvez Alfredo se deja dominar por los ataques de nervios?

—Los que como él han vivido bajo el ambiente afe-minado de las ciudades cortesanas, presto se marchitan al primer soplo del aquilón.

—¿Es decir que sufre la nostalgia por la patria ausente?

—Creo que no se acuerda de ella; toda vez que ha querido permutarla con la de Yaguarzougo, que se ha elegido resueltamente....

—Entonces no hallo el motivo de la enfermedad.

—La enfermedad no está en el cuerpo sino en el alma; y la han motivado las contrariedades que han combatido sus arranques juveniles y sus ilusiones color de rosa....

—Pues yo me prometo superar la indisposición de su sobrino, con un régimen bien sencillo.

—Pero la ciencia de Hipócrates y todos sus modernos adelantos curan el cuerpo, y sólo llegan á un cierto límite; mas son impotentes para cerrar las heridas del alma y devolverle su primitiva energía.

Mr. Blácker comprendió que el Corregidor iba á exponer de golpe la causa del martirio de su sobrino, causa para él demasiado conocida; pero ansioso por desviar el giro de la conversación, añadió, simulándose vencido por los razonamientos de su interlocutor:—

—Convengo con Ud., mi carísimo amigo, en cuanto acaba de decir; pero tendrá también que concederme que hay para el espíritu un remedio eficaz y omnipotente, cuyos resultados maravillosos, han cambiado la faz de los pueblos, é informado la historia; hablo del verbo humano, de ese instrumento prodigioso que el Eterno ha entregado á la raza humana para hacer brotar la luz, de la conciencia y germinar el bien y la belleza en el mundo.—De él se han valido los hombres

de ingenio y de talento para imponerse á la inteligencia y al corazón de sus semejantes, y con él han abierto nuevos derroteros á las costumbres, á las creencias, y al progreso de la humanidad.

Mr. Blacker iba á proseguir entusiasmado en la enumeración de los milágrs de la palabra humana, y convencer al Corregidor que tenía fe en el empleo de este medio poderoso para cambiar la situación del joven Alfredo, cuando de improviso se presentó Jaco para noticiar al médico que Crisnelay se hallaba á las últimas, atacada de convulsiones mortales.

Cual si hubiera sido movido por un resorte, se levantó el médico en el acto; y haciendo protestas á su amigo de que pondría cuanto antes en práctica el plan curativo de Alfredo, se despidió del Corregidor dirigiéndose precipitadamente á la antigua Tarasca.

¿Qué había sucedido allí...? Mientras Blondina, Crisnelay y Jaco se conservaban en ella, antes del viaje á la Sirena, el movimiento, la alegría, la animación, y la vida se evaporaban por todos los poros de aquella casa, ostentándose aún fuera de ella. Hoy, el silencio, la inacción y un ambiente de tristeza la envuelven por todas partes, impresionado al primer golpe de vista á cualquier observador que la visitara. Mr. Blacker no se dio cuenta de ese aspecto melancólico que hemos descrito, y si se lo dió, pudo atribuirlo al estado de turbación en que estaba embebida su alma por los acontecimientos que hemos narrado.

Al penetrar en la casa, recibió de Chiena una esquela, nemada para Blondina, á quien el portero no había podido entregar, por lo preocupada que la notaba y ajena á toda otra cosa que no fuese la enfermedad de Crisnelay. Aquella esquela, escrita con limpieza de caracteres, y perfumada, le hizo sospechar cuál era su autor; y sin decir nada se la metió en la faltriquera y se encaminó al aposento de la enferma.

Algunos gemidos y callados lamentos cerca del aposento, hicieron comprender en Jaco el estado de gravedad de su madre: la naturaleza es infalible en sus presentimientos, y el desgraciado hijo de Crisnelay se anticipaba á llorar su orfandad.

El médico abarcó de una mirada, el cuadro de muerte que se dibujaba en el aposento de Crisnelay. Esta, tendida de espaldas, no daba señales de vida, sino por la respiración labigosa que se ahudaba en su garganta y alguno que otro gemido que á intervalos se escapaba de su pecho. Blondina á su lado, ni aún levantó la cabeza para mirar al médico: se ocupaba en limpiar el su-

dor de la enferma y empapar algodones con una sustancia corroborante para aplicarlos á sus labios; pero á media voz dijo á su protector: "siquiera ya no estoy sola en esta angustia". El médico tomó el pulso, observó los ojos, la lengua, y los síntomas externos que presentaba la paciente, y se limitó á decir pocas palabras para no exaltar la susceptibilidad femenina. En seguida hizo con los ojos una llamada á Blondina para indicarle las preparaciones que convenían; y ya fuera del aposento, observó en las mejillas de su ahijada el reciente llanto que las había ajado ligeramente. Esto lo conmovió sobremedura, porque sabía los lazos de amor que unían á esos dos seres, vaciados en el mismo molde de dolor, desde sus primeros años; esos dos corazones que latían unísonos el uno para el otro, que se correspondían en afectos, en sentimientos, en aspiraciones... Blácker estaba persuadido de todo esto, y temeroso de que la desaparición de la una comprometiese la existencia de la otra, se mantenía en una prudente reserva, sin atreverse á adelantar conceptos, ni pronunciar sentencia que pudiese deshonrar la profesión ó también herir la delicada sensibilidad de Blondina.

Sin embargo, por la agitación del médico podía traducirse cuál sería el resultado final de aquella escena; y la mirada penetrante de Blondina, abarcó la situación en todos sus detalles, no quedándole ya duda del infortunio que el destino la preparaba.

Blácker se retiró á poner en movimiento á toda la servidumbre de la casa, y luego al penetrar en su escritorio; sacó del bolsillo la esquila que le había entregado Chicna, humedeció con una brocha la cubietta y la abrió de modo que no presentase señales de violación. Lo primero que llamó su atención, fué la firma del autor, que no ora otro que Alfredo, como lo había pensado, y después de admirar la corrección de la letra y lo elegante de los perfiles, que revolaban á un diestro dibujante, se puso á leer los siguientes versos que contenía la esquila:

"Nada importa que te hayas negado.
Tu retrato ofrendar á mi amor,
Si en mi pecho tu imagen querida
La esculpió mi pasión con primor.

Tu retrato, en un mudo cartón
Pueden ojos profanos mirar,
E ignorando de tu alma las prondas
Tus encantos tal vez despreciar;

Mas tu imagen que llevo en mi seno,
Entre llamas de activo volcán,
Tiene allí un altar consagrado
Al cual otros llegar no podrán.

Una copia á lo más reproduce
Las facciones que son del momento;
Pero no las bellezas acultas
Que en tu sér se suceden sin cuento.

Al contrario: mi fiel fantasia
Multiplica con vivos colores
Cuantas gracias rodean tu existencia
Cual adornan al jardín las flores.

Ella pinta la humbre hechicera
De tus ojos; la suave sonrisa
De tus labios; y el negro infortunio
Que á tu frente talvez martiriza:

De los lienzos, tu faz seductora,
Puede el tiempo borrar algún dia,
Mas no al ángel grabado en mi pecho,
Del cual nunca arrancarlo podría.”....

¡Infeliz joven!—exclamó Blácker al terminar la lectura—se conoce que tiene dos heridas en el alma, ambas mortales: la del despecho que le hace renunciar á un porvenir todo sembrado de grátas ilusiones, y la del amor que lo aprisiona en un círculo de acero, donde vaga sin cesar, buscando una salida y precipitándose cada vez hacia su centro.... A mí me toca calmar la calentura de ese corazón despedazado.... yo derramaré bálsamo en sus heridas; y si el plan que me he propuesto triunfara de algunas resistencias, aún procuraré que las energías de aquel amor irreflexivo converjan todas en provecho de Blondina; haciendo á Alfredo cómplice de sus ideales y transformándolo en instrumento activo de todos sus proyectos.... Después de este monólogo, Mr. Blácker se guardó la esquila y se tendió en su hamaca sin poder alejar el pensamiento de aquel joven que se había interpuesto en su camino para arrebatarse su tesoro y despertar con violencia sus temores de perderlo.

Verdad es que el médico no se había hallado nunca en la situación de Alfredo, al cual, la desesperación y la fiebre del amor trastornaban el sentido, envolviéndolo en una atmósfera de marasmo, de inacción y de in-

sensibilidad que lo volvían ajeno á cuanto pasaba á su alrededor. Mr. Blácker, al contrario estaba siempre cerca de Blondina, la tenía en su casa, podía hablarla á cada instante, recoger sus miradas, seguir todas sus huellas, aspirar su mismo aliento y hasta cierto punto valorizar sus sentimientos, penetrar en su interior con el estudio, y la observación sagaz y atenta de sus impresiones y arranques femeniles.—Pero, que se hubieran trocado los papeles, que Blácker hubiera ocupado el lugar de Alfredo, ¡oh! entonces aquella pasión reconstruida, lenta, alimentada tantos años bajo el mismo techo con la presencia del objeto amado, desde la edad infantil de su favorecida; aquella pasión, decimos, que había ido desarrollándose paulatinamente á medida que nuevos encantos y nuevas gracias adornaban la existencia de Blondina, habría estallado con toda su fuerza, y Mr. Blácker sufriría talvez más, muchísimo más, que el pobre Alfredo, víctima tan sólo de sus ensueños de poeta y del hervor de la sangre juvenil. Porque, en efecto, la pasión de Alfredo no pasaba de ser un brote de las impresiones que había recibido al cambiar de vida social en un país como Zamora, en que los sentidos tenían la mayor parte, y la imaginación coloraba los objetos, revistiéndolos de infinitos matices: era, en suya, una pasión que podía debilitarse con sólo un viaje, y hasta extinguirse, con el peso de los años y el cambio de la edad. No así en el médico, que, como hemos dicho, la había cultivado desde los primeros años de su alijada; que á manera de una planta de los trópicos se había ido desarrollando, lentamente y extendiendo sus raíces hasta lo más profundo del espíritu, á medida que corría el tiempo y penetraba en aquella edad de reflexión, de calma psicológica y de observación científica, en que poca parte tenían las sensaciones materiales y juegos de la fantasía. Podemos, pues, decir que Mr. Blácker tenía una pasión espiritual, y amaba en Blondina principalmente su parte moral, sin desdenar la parte física, pero con la intuición de un sabio que ha hecho la anatomía de todas las bellezas encarnadas en su alma virginal: en una palabra, amaba á un ángel, que apenas tocaba el suelo con los pies, y extendía su cabeza entre los arboles del cielo.

El buen criterio del naturalista había, pues, medido y valorizado con el termómetro de su propio corazón, los grados de intensidad del sufrimiento de Alfredo, y lejos de considerarlo un enemigo y un rival peligroso, lo compadecía ya y estimaba como un compañero de alegrías, de pesares, y esperanzas y se preparaba á aso-

ciarlo cuanto antes á los proyectos de su ahijada y á su pronta realizaci3n.

Pero la enfermedad de Crisnelay lo tenia inquieto y desasosegado. Con tal motivo iba y venia cada media hora de su escritorio al aposento de la enferma. Pasaban los dias y la fiebre no declinaba y mientras tanto Blondina, resistiéndose al sueño, al alimento y al descanso, permanecia allí de pie firme, junto á la paciente, prodigándola toda clase de carifios y atenciones.

Una de esas noches, Blondina, rendida por la fatiga y el sueño, se habia quedado arrodillada y dormida á los pies de Crisnelay, cuando entró Blácker en puntillas á tiempo que la enferma pronunciaba palabras incoherentes, en el delirio de la fiebre— "Bárbaros— ¡no me quemem!" dijo extendiendo los brazos— ¡A quién están quemando? preguntó Blácker— "Los restos de Toco-ya—" contestó. Después de un intervalo y de muchas palabras confusas, ininteligibles, la enferma se sentó de golpe, diciendo: "Salvala, Jaco, salvala" ¿A quién? volvió á preguntar el médico— "A mi hija.... Blondina.... del fuego".... y se dejó caer desvanecida sobre la almohada.

Mr. Blácker quedó azorado y confuso al escuchar las palabras de la enferma, pues sospechaba que envolvían algun misterio, algún evento de mal agüero contra Blondina— ¡En el viaje á la Sirena, descubriría Crisnelay alguna trama secreta contra la vida de su hija de leche? ¿Y talvez aquella convicci3n la impresionó hasta el punto de haber adquirido aquella fiebre? Todo esto lo pensó el médico en aquel instante, ¡y cuánto hubiera dado por restituir á Crisnelay á su estado de lúcido discernimiento!.... El sabia que la negra amaba á su hija de leche más que á sí misma; que por evitarle un disgusto, un peligro, un momento de pesar hubiera dado mil veces su vida y que si habia proferido aquellas fatídicas palabras era porque alguna tempestad furibunda se condensaba sobre la frente de Blondina. ¿Pero cómo descubrirlo?....

Mr. Blácker permaneció algunas horas cerca de la enferma anhelando porque ésta hablara para esclarecer las dudas que sus anteriores palabras habian levantado en su animo. Ordenó á un sirviente despertara suavemente á Blondina y la condujera á descansar á una pieza contigua, mientras él hacia la guardia de esa noche con el resto de la familia. Pero Crisnelay no habló ya más: las últimas palabras por ella pronunciadas eran el postrer destello de la fuerza vital que habia informado su organismo. La fiebre se cebaba con furor en sus antes

robustos miembros, á manera de un tigre hambriento que devora sin piedad al gordo becerrillo; y una postración incesante y progresiva iba apagando gradualmente aquella existencia tan combatida desde sus primeros años; pero que se habia deslizado exuberante y apacible en la casa de Mr. Blacker, entre las festivas niñerías de Jaco y las dulces caricias de su hija de leche; hasta que al fin, el lúgubre tañido de las campanas anunció á los habitantes de Zamora que la célebre nodriza de la Chapetona habia desaparecido para siempre, sembrando con su muerte el luto y el dolor en el corazón de sus allegados y cubriendo su hogar de crespones funerarios....

XIX



ESTOS meses habían transcurrido, y aún no se habian secado las lágrimas que derramara Blondina al perder á Crisnelay, su segunda madre. Pero como un holocausto á sus manos habia empleado todo ese tiempo en la construcción del inmenso edificio que en lo sucesivo serviria de albergue á todos los esclavos redimidos en Zamora. De este modo satisfacía la última voluntad de Tocoaya, de convertir su casa en establecimiento de beneficencia y cumplía en parte el juramento que les habia hecho á Crisnelay y Jaco de llevar á cabo la redención de los negros. La antigua Tarasca recibió el bautismo de "Asilo de caridad", y con este simpático nombre la reconoceremos en adelante.

Antes de principiar los trabajos, Mr. Blacker tuvo la feliz idea de recomendar á Alfredo que levantara el plano del edificio, mediante los datos que le suministrara la Chapetona, y previas las sabias indicaciones que le sugeriria el mismo Blacker. El joven se dedicó con ardor á desempeñar su cometido, y no habia pasado un mes cuando le presentó su trabajo, en el cual campeaba no sólo la habilidad artística del dibujante y las dotes del arquitecto, sino también las cualidades científicas, del ingeniero y del matemático. Agrégase á esto que si en todo el conjunto del edificio se hacian admirar al primer golpe de vista la simetría, las proporciones, la pureza de las líneas y la elegancia de las formas, al trazar el oratorio de la casa habia estado verdaderamente inspirado, porque en un pequeño espacio y en miniatura habia trasladado á América el genio creador del sistema gótico, en que la sencillez y la belleza se unen armónicamente.

—Estoy seguro que te complacerás sobremedura con el trabajo que te ha dedicado el joven *retratista*.—dijo Mr. Blácker á Blondina—á tiempo que abría un armario de nogal y sacaba un rollo de cartón—vitela, atado con una cinta de seda azul, y una esquila con cubierta.

Mr. Blácker fijó una mirada escrutadora en su ahijada para ver el efecto que le había causado, la última palabra, acentuada por él intencionalmente.

La Chapetona, lejos de acortarse, dijo con una sinceridad encantadora:

—Nunca me ha soplado el viento de la vanidad para consentir que mi humilde figura fuese trasladada al lienzo ó al papel; y he pasado por el sentimiento de negarle esta pretensión al hábil *retratista* Alfredo.

—Con razón, pues, te ha dirigido esta esquila, que el portero me la entregó para tí.

—Puede Ud. abrirla y leerla libremente.

—He practicado ambas cosas, mucho antes de ahora, y sólo falta que tú te impongas de su contenido.

—Sin duda son las razones con que se excusa Alfredo ó al haber llevado á cabo su caprichoso proyecto; ¿y ese papiro contiene quizás el busto de su ahijada?

—Nada de eso—añadió Blácker, desataudo con calma y desdoblando el papiro sobre la mesa—La esquila contiene unos cuartetos que le ha inspirado tu negativa; y este papiro es el *retrato* más espléndido del edificio con que vas á embellecer á la capital de Yaguazongo.

—Pues me decido por el papiro; y en cuanto á los versos ya vendrá un rato de ocio que pueda desperdiciarse.

La Chapetona clavó su atención en aquel conjunto de líneas, de columnas, de patios y salones; en la recta distribución de los compartimientos y en general en la perfecta unidad de plan; y no pudo menos que admirar la mano maestra que había trazado el plano, bajo la dirección y las juiciosas indicaciones de un hombre tan competente como Mr. Blácker.

Sin embargo, la Chapetona se permitió observar que aún notaba deficiencias para las necesidades del Establecimiento; y para hacerlas más palpables corrió á su aposento, y trajo un plano trabajado por ella, que puesto en parangón con el de Alfredo lo superaba por completo, no sólo en la profusión de piezas indispensables para cada sección, sino principalmente en los dibujos de perspectiva y en la ornamentación de cada parte del edificio.

—Aquí en los salones de obrajes, faltan alcobas para los celadores que deben hallarse independientes de los trabajadores—decía señalando con un compás en el plano de

Alfredo,—y en este otro se halla suplida la falta.

—En la sección que hace de Hospital falta lugar propio para la Botica y otro para el anfiteatro, donde debe practicarse la autopsia de los cadáveres.—En el perímetro de todo el Establecimiento, y en la parte de campo que se ha dejado para recreo, paseo y baño, debe haber una especie de Kiosko ó casa de campo para los convalecientes, y además se nota la falta de un cementerio, propio de la casa.

Mr. Blácker quedó absorto de sorpresa, y agradablemente complacido de las notables cualidades artísticas y arquitectónicas que distinguían á su ahijada en la explicación analítica y comparativa que hacia de los dos planos; pero el médico tuvo el cuidado de defender el trabajo de su recomendado, diciendo:

—Sin duda Alfredo ha andado muy parco en eso de adornos y profusión de piezas que aparecen en tu plano porque ha debido tener en cuenta lo costoso del edificio y lo exagerado que resultaría el presupuesto.

—¿Y, á él qué le importa el gasto y el costo de la obra, si debe llenar todas las necesidades y aún los gustos ordinarios de la vida?

—Pero la obra realizada, según tu plano no puede costar ménos de unos trescientos mil doblones.

—Todo eso es poco, tratándose de una obra monumental que debe llamar la atención de Europa, y contando yo con tantos caudales. Pues declaro que soy millonaria!....

Mr. Blácker se sonrió maliciosamente, creyendo que Blondina, aludía á sus copiosas rentas que (dicho sea de paso) él las había puesto á su disposición, desde muy atrás.—Así es que al instante replicó:

—Talvez nuestras rentas lleguen al fin á resentirse de escasas, si á más del gasto ordinario que acabo de calcular, resultaran otros extraordinarios.

—Es que las rentas de Mr. Blácker quedarán incólumes: ni un solo maravedí se empleará en la obra que pretendo.

—¡Hola! ¿con que es decir que las rechazas?...

—Ni las rechazo, ni las desprecio; pero poseyendo yo más de lo que es necesario para cubrir el presupuesto, sería una injusticia afectar en nada las rentas de mi padrino, que le servirán para su vejez:—He dicho, y me ratifico que soy millonaria....

—Tú millonaria!.... ¿Por ventura cuentas ya con los capitales que te han prometido las cortes de Europa y las casas acaudaladas de España?

—Nada de eso: esas promesas se las ha llevado el vien-

to, y únicamente me han causado desengaños. Los recursos con que cuento son positivos, están en mi poder y son abundantes.—Vamos á las pruebas.—Y cogiéndolo de una mano, la Chapezona condujo á Mr. Blácker á la cueva donde se ocultaba el tesoro, no sin asegurar primero con llave las puertas que conducían á los patios y daban entrada al oratorio, en cuyo pavimento se encontraba la trampa que daba principio al descenso de la cueva.

Antes de todo Blondina había dicho al portero:

—Hasta nuevo aviso, ni yo ni Mr. Blácker estamos en casa para nadie. ¿Lo entiendes?—Y el portero hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

Después Blondina penetró en su aposento, para tomar de allí una especie de garfio de hierro, destinado á abrir la trampa y una linterna sorda para alumbrar la cueva. Además, se provoyó de un frasco con esencia de aromo para neutralizar la acción del ambiente encerrado en el subterráneo.

—¿Y qué, vamos á emprender algún viaje nocturno?—observó Blácker—al fijarse en la linterna.

—Es que vamos á internarnos en una catacumba; y allí nos envolverán las sombras, en pleno meridiano.

Durante el trayecto, el naturalista iba cavilando en sus adentros ¿de dónde reuniría Blondina las grandes riquezas que aseguraba tener?—¿Será Quiroa, se decía, quien le ha mostrado los lavaderos de Suririsa, en donde se recogen pepitas de oro en abundancia?...

Al abrir la trampa, descender por la escalera, entrar en la cueva, destapar la caja, Mr. Blácker iba de sorpresa en sorpresa; pero su asombro creció de punto cuando se puso á examinar estupefacto, pieza por pieza, parte por parte, los diversos compartimientos de la caja y la multitud de tesoros que encerraba.

Nosotros, con el lector, hicimos descendido mucho antes al mismo subterráneo y la impresión que recibimos al contemplar tantas riquezas en él acumuladas, si no ha desaparecido por completo, á lo ménos se ha debilitado de tal modo que ya no hace mélla en nuestro ánimo la repetición del mismo fenómeno.

No así Mr. Blácker: hombre acostumbrado á manejar pingües valores, conoció desde luego la necesidad de extender el examen á las cosas más menudas del tesoro: espíritu filosófico y observador, buscaba siempre la razón de los sucesos é indagaba las causas de todo lo que impresionaba sus sentidos—¿Quién podía ser el dueño de ese tesoro?—Hé aquí

el primer problema que Mr. Blaker se propuso resolver.

Pero la historia del Notario y de su mujer, tan conocida en Zamora y aún en España, daban á Blondina y á su padrino la clave para despejar la incógnita. En efecto, D. César fué el dueño de esa casa y la había construído á su gusto no solamente para ocultar las alhajas robadas por la pirenáica á una opulenta Iglesia de España, sino también las criminales ganancias que había principiado á reportar de su oficio. Allí estaban las alhajas y piedras preciosas del acandilado portugués asesinado por ellos. Allí el oro en polvo, las barras, bolas y monedas del mismo metal, producto sin duda de los tributos, quintos reales, pechos, impuestos y contribuciones de la Corona, cuya caja real él manejaba á su arbitrio. Veintiocho años de esa vida de fraude y engaños, de estafa, mala fe y exacciones á los particulares, eran más que suficientes para aglomerar en la cueva, cuanto el Notario y doña Jacinta podían haber á las manos. Jamás había rendido cuentas, ni los tribunales superiores, que estaban distantes se habían ocupado de incitar á las autoridades locales para residenciarlo; pues en aquella época de negocios, de ambiciones mercantiles y de comercio, todo el mundo se esforzaba por adquirir posesiones, fundar haciendas, levantar casas y quintas de recreo, sin que se les diese un pito por los caudales públicos....

Pero dejando á un lado deducciones y conjeturas, Mr. Blaker se persuadió de que aquella cuantiosa acumulación de caudales era un depósito sagrado que la Providencia había puesto en manos de Blondina para llevar á cabo el fin grandioso á que la había destinado. Por lo mismo, creyéndose en el deber de secundar los generosos propósitos de su ahijada, emprendió con ahínco en el balance y valoración de todas las alhajas y piedras preciosas del tesoro, cuya suma total ascendió á dos millones de escudos aproximadamente.

Ni la Chayetona ni su padrino creyeron prudente trasladar el tesoro á otro lugar: en ninguna parte estaba tan bien defendido de miradas extrañas como en la cueva, cuyo secreto solo de los dos era conocido; pero resolvieron no salir de casa simultáneamente, cuando la necesidad lo exigiere, sino quedar siempre uno de los dos en atalaya, hasta que la cueva quedase vacía.



El edificio del "Asilo de Caridad" se levantaba como por encanto, á la vista admirada de la población de Zamora que acudía en bandadas, todas las tardes, á contemplar las maravillas del arte y de la ciencia, encarnadas en cada una de las partes de aquel magnífico brote del ingenio humano.

Y si la suerte de la colonia africana, para la cual se destinaba el soberbio edificio, preocupaba tanto á la Chapetona, no le interesaba menos la futura felicidad de los Yaguarzongos, cuya educación ó instrucción religiosa debía llevarse á cima en el plantel que también se edificaba con extraordinaria prontitud en el Intiñahui, á pocos pasos de los sepulcros que guardaban los restos de Tocoña y de su esposo.

Sin embargo, esta nueva construcción, en beneficio de los yaguarzongos, iniciada por la Chapetona con el decidido apoyo y la enérgica intervención de las autoridades de Zamora, fué calificada por los habitantes del Intiñahui, como una profanación de su suelo y un rompimiento escandaloso de los tratados por ellos respetados ya cerca de 50 años.

No faltó alguno, entre los jefes de las tribus, que imputase á Quiroa una complicidad criminal en las pretenciones de su hija, aliada con los blancos para arrebatar nuevamente el territorio de la Sirena con diestras y sagaces artimañas; y más de una vez intentaron algunas tribus destruir en una sola noche el edificio que amenazaba violar su propiedad.

Pero el astuto Quiroa que ya desde muy atrás había estado tomando medidas certeras para un golpe decisivo contra los blancos, reunió clandestinamente el Consejo de los Capitanes, el cual aprobó entusiasta la conducta del jefe general y el plan premeditado. De ese modo impidió toda manifestación hostil por parte de los numerosos súbditos que poblaban el Yayumayu, hasta el día designado para la común venganza.

Entre esas medidas preventivas que sometió á la liberación del Consejo, figuraba la alianza celebrada con Quíruba, capitán general de las innumerables tribus de alende el Paule, y por medio de éste con los jibaros Moronas, con los MacayHuamboyas. Como prenda del pacto convenido, Quiroa había ofrecido á su hija Naya para esposa de Quíruba.

Mas, hablando en verdad, tal ofrecimiento estaba muy lejos de ser sincero. Lo que se proponía era poner á

prueba la situación falsa en que Naya se había colocado, obstinándose en llamarse hija del jefe yaguarzongo. Y como éste tenía la convicción de que no lo era, al entregarla por esposa de Quirruba y resistirse ella á la voluntad de su padre, no solamente quedaría sancionada la conducta de éste ante sus súbditos, sino también burladas las leyes de la Nación, concitadas las iras del pueblo y la rabia y el furor del cacique de los Pantos....

Quirruba era en efecto un guerrero formidable, y llevando hasta la exageración el honor de su palabra, tomaba á pechos la defensa de sus aliados, sobre todo cuando se trataba de ejecutarla contra los blancos; de aspecto marcial, de lenguaje corto y sentencioso, imponía su voluntad de hierro con toda su presencia; y cuando algún obstáculo se oponía á la ejecución de sus deseos, aguijoneado su amor propio, se lanzaba á desbaratarlos, como el torrente que ruga y despedaza las piedras que se presentan á su paso. Ninguno por consiguiente era más á propósito para los planes de Quiroa y para la venganza que intentaba, que el indomable jefe de los Pantos.

Y mientras fermentaba el espíritu de sublevación en el ánimo de todas las tribus y se despachaban correos secretos á las más apartadas regiones, Chiena, el portero del Asilo, proporcionaba datos de todos los movimientos de Zamora y especialmente seguía la pista de la Chapetona. Digamos algo de este personaje, introducido casi *ex abrupto* en nuestra narración para satisfacer siquiera en parte la curiosidad del lector.

Cuando Naya se constituyó en catquista de las neófitas Yaguarzongas, ya en Zamora se la apellidaba la *Chapetona*, y este sobrenombre hizo germinar vehementes sospechas en Quiroa, que le turbaron el sueño y le robaron la calma y el sosiego de su espíritu. Juró entonces sobre la *tola* de su madre no descansar hasta descubrir la verdad; y si resultaba que el papel de padre de Naya no era más que una farsa humillante y grosera que le obligaban á representar, ahí entonces vengaría la injuria con toda la severidad que imponían las leyes de su territorio.... Pero comprendió al mismo tiempo que debía guardar reserva absoluta en el asunto, y por lo mismo afectando tranquilidad suma, se mostraba más complaciente, más benévolo y cariñoso con la hija de Toroya.

Un día llamó aparte al hijo del general Raric, en quien había descubierto prendas muy sobresalientes, especialmente para la guerra. Tú serás, le dijo, el sucesor de tu anciano padre, si cumples puntualmente la co-

misión que te voy á encomendar, y las mismas hazañas con que ha cubierto de gloria nuestras armas, rodearán tu nombre, que será pronunciado con orgullo por los Yaguarzongos.

—No me considero digno de tanto honor; pero tu comisión será cumplida religiosamente—contestó Chicna.

—Pues bien—continuó el Jefe—si descubres que Naya no es mi hija, sino suplantada en mi matrimonio con Tocoya; que se me hace representar una comedia ridicula....

—Lo comprendo, y también la pena que nuestras leyes fulminan contra tal ultraje.

—Pero si Naya fuese realmente un pedazo de mi corazón, el fruto legítimo de un matrimonio legít; en una palabra, hija del jefe de los Yaguarzongos, tú serás su esposo, y tendré mucho placer en llamarte el hijo de Quiroa.

Chicna se emocionó vivamente con estas últimas palabras: sus ojos brillaron con un relámpago de felicidad; y en su arrobamiento tomó una mano de Quiroa y la besó con efusión.

Y era que desde muy atrás había puesto sus ojos en la hija de Tocoya, y los encantos y las gracias que rodeaban á la joven, habían cautivado su corazón; pero nunca se había atrevido á revelar á nadie su pasión, porque sospechando también él que fuese de una raza superior, había creído no ser dable acercarse hasta el altar de Himeneo.

A pesar de no tener sino diez y ocho primaveras, Chicna había dado ya pruebas de un talento precoz que le captaba la estimación de su tribu y estimulaba la envidia de sus compañeros. Se sometió, pues, gustoso á todas las instrucciones de Quiroa, después de jurar sobre el ara del gran Tumbal (1) que guardaría el secreto de su comisión aún á costa de su cabeza.

Para insinuarse más en el ánimo de Naya se hizo bautizar, aprendió á leer, escribir y contar; y sus aptitudes en la estatuaría le hicieron en Zamora discípulo muy aventajado de un còebre escultor español, á quien la muerte arrebató bien pronto.

Algún tiempo después las artimañas de Quiroa hicieron que la Chapetona se fijase en Chicna para portero del Asilo, y lo hemos visto ya ejerciendo su cargo sin inspirar sospechas á nadie de que era un verdadero espía. Y, en efecto, su carácter taciturno, meditabundo y hástia melancólico, si no eran las señales del genio y del

[1] Dios de la guerra.

artista que se concentra en un mundo imaginario, eran por lo menos la careta de que se vale la falsía, la astucia y la hipocresía para ocultar sus instintos proditorios.

En fuerza de ese mismo carácter y del aislamiento en que pasaba la mayor parte del día en la portería del Asilo, Chicna se dedicó con ardimiento á tallar á hurtadillas una estatua de la madera del naranjo que representase á la Chapetona con todos sus detalles. Embebido en esta obra de sus simpatías, no desperdiciaba ninguna coyuntura para estudiar en el original las perfecciones de aquel conjunto de gracias femeniles. Cada vez que la Chapetona entraba ó salía de casa, cuando tenía ocasión de hablar con ella, de acompañarla en sus excursiones domésticas ó recibir sus órdenes, Chicna devoraba con los ojos sus más insignificantes movimientos y esculpía en su imaginación, con precisión matemática, los ángulos, las líneas, los perfiles de su rostro y los contornos de su cuerpo, para copiarlos en la madera y encarnar en ella toda la inspiración que brotaba del cincel del artista.

Al cabo de nueve meses la obra estaba concluída á satisfacción del estatuario; y si alguno hubiera allanado clandestinamente su oficina, habría quedado estatico de admiración, al contemplar la exactitud de las formas, de los lineamientos y ademanes de la Chapetona, fijalos en un pedazo de madera, que remedaba el color, la pintura y el brillo del marfil.

Pero Chicna, cuyo corazón aún latía á impulsos de la esperanza de ser el esposo de la hija de Quiroa, á nadie había mostrado su trabajo: quería causar una sorpresa á la Chapetona, arancarle un grito de aprobación ó una palabra de agradecimiento; y sabedor de que frecuentaba diariamente la casa del Corregidor, regaló á la esposa de éste la estatua, y se retiró á esperar en su portería lo que se prometía de su heroína....

La estatua produjo ruido no sólo en la casa del Corregidor, sino en todo Zamora: todo el mundo acudía en tropel á saciar su curiosidad y ver á la misma Chapetona sobre la mesa del Corregidor y á la cual sólo faltaba el uso de la palabra: todos convenían en que una aureola de luz debía ceñir la frente del artista y no querían creer que un salvaje yaguarzongo fuese el autor de aquel precioso brote del genio y del talento.

Sin embargo, la Chapetona miró con una sonrisa de indiferencia el trabajo del salvaje bautizado, reprobando en sus adentros que se la hubiese expuesto al público sin contar con su aquiescencia. Así es que ni una

palabra de gratitud, ni una mirada cariñosa regaló á su portero. Herido éste en su orgullo, y defraudadas sus esperanzas, devoró en secreto el desprecio que se le irrogaba, pero sin darlo á entender á nadie, confiado con que no estaba lejos el día de cicatrizar aquella herida que le habían abierto en lo más íntimo de su sensibilidad, con la venganza que hervía ya en su corazón.

Desde entonces comenzó por parte de Chicna aquella policia secreta, aquella exquisita vigilancia de todo lo que pasaba en el Asilo y en las demás casas de Zamora, respecto de la Chapetona. Sabía los pretendientes que ésta tenía, oyó la conversación de Alfredo con Mr. Blacker cuando propuso su matrimonio con Blondina, fijándose muy especialmente en la revelación del joven, que aseguraba estar convencido todo Zamora de que Naya no era hija de Quiroa, sino de Flavio Pérez; por cuyo motivo la poblacion entera la habia bautizado con el sobrenombre de Chapetona. El entendía mejor que nadie el significado de esta palabra; y al hacer la narración en el Intiñahui, de todo lo que habia observado, agregaba de su propia cosecha, cuantas anécdotas é incidentes podian exacerbar la imaginación de los jívaros, siempre pronta á la sublevación y al furor. Chicna pues era un espia muy peligroso, y Quiroa habia estado muy astuto y acertado en elegirlo para sus planes.

XXI



A fiebre de la venganza, que, á modo de una epidemia, habia cundido en todas las tribus de yaguazongos y de los pueblos aliados, no llegó á manifestarse en las colonias españolas y especialmente en Zamora, donde todo el mundo estaba preocupado con la inauguración del Asilo de caridad, próxima á verificarse en cuanto se concluyese el edificio.

Quiroa y los demás capitanes habian prohibido á sus súbditos la mas mínima revelación del horrible complot, bajo pena de muerte; á pesar de ser innecesaria esta sanción, por cuanto el salvaje americano lleva hasta la exageración el culto de los intereses nacionales; y á más de ser suspicaz, taciturno y receloso, ama con delirio su territorio y llega hasta el heroísmo y el sacrificio por la patria independencia.

Nadie, pues, se apercibía en Zamora de lo que pasaba en el Intiñahui, y la Chapetona se habia entregado con ardor á conseguir la redención de todos los esclavos.

vos con gruesas sumas de dinero. A los *patrones* á quienes no había podido vencer con monedas de oro y plata, los subyugaba al fin con el brillo de enormes piedras preciosas y alhajas de gran valor, de manera que á poco tiempo se hallaban en su poder todos los instrumentos de manumisión, que debían jugar el gran papel que hemos visto, en la solemne ceremonia religiosa del inmediato Viernes Santo.

La esclavitud, por lo mismo, había terminado en Zamora, y la mayor parte de los libertos se había instalado de antemano en el Asilo, para dedicarse á trabajos lucrativos y entrar en el goce de los fueros de hombres libres.

Con tan admirable maestría había estimulado la Chapezona á los trabajadores, que éstos se apiñaban por conseguir un puesto y ganar la propina ofrecida al fin de la semana. Estaba reglamentado el trabajo por secciones proporcionales, cada uno con sus intendentes y proveedores especiales. El jornalero que había completado una semana tenía un premio, á más de su jornal; el que tenía una quincena lo recibía duplicado; y era de ver cómo las mujeres eran las más entusiastas en estimular á sus maridos para que sobresaliesen, con la esperanza de obtener un adorno, un vestido, ó cualquier otro objeto de lujo ó de utilidad.

Al efecto, Mr. Blácker había tenido cuidado de remitir á las cortes de Europa las más valiosas alhajas y las piedras preciosas más raras por su tamaño y brillantez. Un solo diamante de prismas deslumbradores, fué á parar á la corona de la Reina de Inglaterra, por dos mil libras; y una esmeralda, comprada por Felipe II, Rey de España, fué obsequiada al Pontífice Romano para su tiara, por el precio de veinte mil reales.

Con esos valores se equiparon en Lisboa dos naves cargadas de mercaderías y objetos de gusto de toda clase, para los premios de los trabajadores y ornamentación del Asilo, las cuales arribaron al puerto de Tumbes; y el cargamento fué conducido á Zamora á hombros de los jívaros y de los negros.

A los salvajes y en particular á las mujeres se les iba el alma por los ojos, al pasar revista sobre esa multitud de mercerías traídas de Europa, para remunerar á los trabajadores, y que se depositaban por orden en los innumerables estantes de la bodega. Así es que los sábados eran, en el Asilo, una especie de feria alegre y bulliciosa, donde cada cual recibía en efectos su propina, y el resto de la semana se convertía en una colmena ó un hormiguero en movimiento, donde sin embargo rei-

naba el orden y la armonía á pesar de la multitud de operarios, de empleados y de oficios. Chicna ponía en lista al que iba pasando por la portería, donde daba su nombre, su ocupación y lo que ganaba; Jaco distribuía las herramientas, señalaba las horas de trabajo y de descanso y al fin de la semana pasaban por su mano los jornales y propinas según los alistamientos preparados; y tantos empleados, jornaleros y servidumbre se movían á los toques de campana. Para casos extraordinarios en que pudiera ocurrir una catástrofe, como una muerte repentina, una acometida de ladrones, un terremoto, ó cosas semejantes, la Chapetona había combinado un número adecuado de timbres y campanillas, cuyo sonido siniestro se percibía hasta dos cuadras de distancia.

Nadie estaba ocioso en el Asilo: los que no podían ocuparse en operaciones de fuerza tomaban á su cargo las faenas domésticas: las mujeres preparaban el masato, y las bebidas corroborantes; los muchachos conducían materiales, molían colores ó empedraban los patios y las avenidas, y un Directorio, compuesto del Corregidor, de Mr. Blácker, de Blondina y Alfredo, vigilaba por turno las obras y á los operarios, habiéndole tocado á este último el oficio de Inspector general del Establecimiento; y con un sueldo de veinte ducados por mes el de Contador de la casa. Con tal delicadeza llevaba los libros de contabilidad, que al fin de cada mes, en que se reunía el Directorio, cortaba la cuenta y sometía á su deliberación los ingresos y egresos ocurridos.

Además, había recibido de Blondina el encargo especial de retocar el cuadro de la Virgen que encontró en la cueva, bastante deteriorado por los años. Aquella estaba destinada á servir de Patrona del Oratorio, con el significativo nombre de Nuestra Señora de la Cueva Santa.

El curioso lector extrañará encontrarse con Alfredo, completamente entregado a los asuntos de la Chapetona, y departiendo frecuentemente con ella, cual si fuera un miembro de familia ó hubiese arribado al logro de sus pretensiones matrimoniales.

Pero si recuerda la promesa hecha por Mr. Blácker al Corregidor, de curar á su sobrino, cuando lo encontró sumido en la postración moral que le causara el despecho y la ruina de sus más halagüeñas ilusiones, quedara profundamente convencido de lo que aseguraba Mr. Blácker, á saber: que nada es más á propósito para levantar el espíritu y hacerlo que se cierna en las sublimes regiones de la verdad y de la belleza, que ese maravilloso instrumento de la inteligencia, denominado la palabra humana.

Y á la verdad, Mr. Blácker manejó tan diestramente los poderosos recursos de su criterio filosófico, de su palabra poética y arrastradora, de su persuasiva elocuencia, que encantado Alfredo con la pintura que hacia el naturalista de la misión extraordinaria y grandiosa de la Chapetona, no sólo desistió de sus pretenciones, sino que quiso tomar parte real y activa en esa grande obra, en la cual su talento privilegiado, columbraba la inmortalidad para todos los que á ella cooperasen.

Por eso se consagró con esmerado ahinco al desempeño de los cargos que se le encomendaran; y para descargarse de la gratitud que los buenos oficios de Mr. Blácker le habían inspirado, se ofreció espontáneamente á tomar la dirección de la casita que el médico se estaba preparando á la espalda del jardín botánico.

Porque es de saber que Blácker, coloso al extremo de su pundonor y de su independencia, habia cedido para el Asilo sus habitaciones á él contiguas, dejándose en ellas, sólo una puerta excusada, con cerraduras de uno y otro lado, la cual se abria á los toques de la campana, cuando su presencia era necesaria para el ejercicio de su profesión de médico ó cuando lo exigia la reunión del Directorio.

XXII



ORRIA el año 1599; y en las colonias españolas se recibió la noticia de la muerte del Rey Felipe II, y al mismo tiempo de la coronación de Felipe III, su sucesor.

Los Corregidores de Zamora y de Logroño se apresuraron á celebrar las fiestas reales por el ascenso al trono de su nuevo Rey en la semana de Pascua que iba á llegar; y como en la misma semana debía tener lugar la inauguración del Asilo de Caridad, cuyo edificio estaba terminado, el Corregidor de Zamora publicó un bando, al són de trompetas y música marcial, convocando á todos los habitantes de Yaguarzongo para que cooperasen con todos sus esfuerzos á solemnizar tan faustos acontecimientos.

Los detalles de ambas fiestas se hallaban puntualizados en un programa bien ordenado, y los gastos corrian á cargo de los respectivos directorios que manejaban la caja real; el uno, contaba además con las suscripciones voluntarias de todos los acaudalados, y especialmente con las arcas del Corregidor, y el otro con los respetables fondos del Asilo que pasaban por mano del joven Alfredo.

Nosotros no nos ocuparemos de las primeras, toda vez que no vienen á nuestro objeto, porque sería distraer la atención del lector con descripciones ajenas á nuestra historia, cuya hilación debemos sostener hasta llegar al último desenlace.

La Chapetona, que había visto realizados la mayor parte de sus ideales, quiso rodear de inusitada magnificencia las postreras ceremonias que coronarían su obra y formarían época en los anales de Yaguarzongo.

Felizmente contaba con el decidido apoyo y protección de la ciudad de Zamora, y todos querían tomar parte en el triunfo de la Chapetona, cuya perseverante labor había obtenido tan brillantes resultados.

En todas las casas de la ciudad se hacían preparativos para la semana de Pascua y la procesión del Viernes Santo. Las doncellas y las niñas ensayaban cantos y décimas. Los magnates y los empleados hacían reparar sus uniformes de gala. Las matronas arreglaban sus vestidos, sus adornos y pedrería, unos de riguroso luto para la procesión, otros de fiesta para las funciones de la Pascua: todos, más ó menos, se hallaban preocupados con el papel que tenían que desempeñar.

Tres meses antes de la Semana Santa, el Párroco principal, los Padres Dominicanos en su Iglesia, la Chapetona en el Asilo, y muchas matronas y caballeros en sus casas, habían estado catequizando diariamente á muchos libertos que no habían sido bautizados, y á los demás que debían comulgar el Jueves Santo, para que recibiesen esos Sacramentos con la instrucción conveniente.

Por su parte, la Chapetona se preparaba también á la profesión solemne de sus votos en el día Viernes de Dolores, recibiendo el velo de manos del Vicario Apostólico y consumando de ese modo el holocausto de su existencia, para dedicarla al servicio del Esposo de las Vírgenes y convertirse en sierva de los esclavos redimidos. Seis jóvenes de Zamora y dos esclavas libertas, inspiradas por su ejemplo, se iniciarían igualmente con ella, en la vida cenovítica del Asilo, y en el mismo día renunciarían al siglo para cultivar en el jardín del Cordero inmaculado, las rosas, las azucenas y los lirios con que lo apacientan sus esposas.

En el Intinahui se sabía todo esto, por que Chicna seguía la pista de todos los movimientos del Asilo y lo notificaba diariamente. Temeroso, pues, Quirra de que la presa se le escapase de las manos llamó á Quirruba para que acelerase con su hija Naya el matrimonio, concertado entre los dos, como prenda de alianza entre pauteños y yaguarzongos.

El hijo de Payaná, juzgó muy del caso instruir á Quirruaba en todas las sospechas que la serie de los acontecimientos le habían hecho concebir respecto de que Naya no era su hija, sino de Flavio Páez, así para impedir que el Jefe pautoño lo inculpase por haberle ofrecido una cosa sobre la que no tenía derecho, como para provocar su indignación, y aguijonear su venganza; si la supuesta hija, desobedecía á su padre, despreciaba las leyes de la Nación y se negaba á ser la esposa del gran Jefe de los Fautes.

Un día en que la Chapetona regresaba de la Sirena reglamentando el modo con que habían de salir los neófitos en procesión, á recibir el bautismo y la primera comunión en la parroquia principal, Quirruaba le salió al camino para ensayar con ella la última prueba de reducirla á las leyes de Yaguarzongo.

La tarde se adelantaba perezosa, desplegando sus cortinas de sombras sobre el fondo plenuizo de los barrancos lejanos. El sol oculto ya tras los picos del Cóndor parecía envolverse en su lecho de plumas de oro, y sus postreros reflejos caían lánguides sobre las últimas cumbres de las montañas.

Era la hora en que el mirlo aleteando, saludaba con sus graznidos el nido protector que le abrigaría durante la noche.

Al voltear el recodo de un promontorio, Quirruaba se encontró de frente con la Chapetona; y á la luz tornasolada del Ocaso contempló aquella aparición celeste que semejava una noche de Hadas, ó una visión mística de la Virgen de Nasaret entre los pastores de Belén.

Una exaltación nerviosa sacudió todo su organismo, sus ojos se dilataron, sus bronccadas mejillas se tiñeron de un ligero matiz rojo, y abriendo maquinalmente sus brazos, corrió á estrecharla, sin cuidarse de su lanza que había caído en tierra.

No me toques, guerrero—dijo Naya—retrocediendo un paso. Por los manes de tu madre respeta la debilidad de una doncella; y tén entendido que soy la Virgen consagrada al Dios de los cristianos.

—¿Acaso no eres tú mi prometida, y la prenda que ha jurado tu padre entregarme en esta luna, para la alianza con los jívaros?

—Desconozco en tí todo derecho para que me llames tu prometida.

—Es que tengo los poderes de tu padre y soy su representante. Cuando Quiroa ajustó conmigo sus tratados de paz y de amistad, me dijo: Para sellar porpo-

tuamente nuestra alianza, te cedo por esposa á mi hija Naya; la cual está obligada á obedecer á su padre y respetar las leyes nacionales.—Vengo, pues, á escuchar de tus mismos labios la confirmación de la promesa de tu padre; vengo á saber si soy digno de compartir mi lecho contigo y de que ambos ofrezcamos libaciones á la diosa Quilla. (1)

—Es extraño que se quiera violentar mi voluntad ó imponerme por la fuerza un estado para el que no he nacido.

—Pero eres hija de Quiroa, y no puedes evadirte de cumplir la ley de las tribus yaguarzongas, que cominaban con la muerte á las hijas que no aceptan al esposo, elegido por su padre.

—La hija de... de Tocoya no puede ser esposa de un pagano.

—Yo te prometo que me haré cristiano...

—Para eso sería temerario primero que dejaras las muchas mujeres, con quienes vives en tu idolatría.

—Por tí dejaré ciento, y serás única Señera de mi cabaña y Reina de mis tribus. A tus plantas caerán de hinojos todos mis vasallos; y para probarte mi ardoroso anhelo pediré á las aves de nuestras selvas sus plateadas plumas para orlar tu sien, á las fieras sus más cedosas pieles, para ablandar tu lecho; yo arrancaré del seno de los mares y de nuestros ríos sus corales, sus perlas, y sus granos de oro para tus adornos; y si me fuera posible conquistar el mundo para que tus pies lo pisellen...

—Basta, interrumpió Naya, ante quien había caído de rodillas el cuicito. Alzate de allí, desgraciado, tu actitud y tus palabras me ofenden y hacen daño; y más que todo ultrajan al Dios vivo, á quien adoro, al cual únicamente deben dirigirse los homenajes de sus criaturas. Si has pensado alucinarme con tus mentidas expresiones, malte, que de hoy en adelante la hija de... Tocoya ha despreciado y sólo aspira á hacerse digna de otro esposo más elevado, cuyo trono está más allá de las estrellas.

—¿Bueno, rebuzna la mano de Quirruba?—dijo éste, levantándose indignado, y arrojando llamas por los ojos.

—Te lo he dicho, y vuelvo á repetirte, que jamás seré tu esposa.

—Y ¿saben aun los cristianos que se niegan á obedecer á su padre?

(1) Véase Temá, parte I del matrimonio.

—La obediencia de los hijos cristianos tiene sus límites; y allá en las alturas reside su padre celestial, cuya voluntad soberana principalmente debemos acatar.

—Pues es ya tiempo—dijo Quirruba, con voz entrecortada por la rabia—que la voluntad soberana de nuestros lares se sobreponga á las supersticiones cristianas, en las cuales te han precipitado los blancos. Mientras que, con incomprensible ceguera, preparas palacios, para esa raza maldita, enemiga de los indios y aliada de los blancos, ¿sólo tú no ves á nuestros guerreros diezmados, nuestros hogares arrebatados por la ambición española; sólo tú no escuchas los lamentos de nuestros hermanos, sepultados en esos sepulcros de vivos que se llaman minas, abrumados por los martirios de un trabajo insoportable, bajo el látigo de los capataces, y obligados por sus inhumanos Señores á llenar de oro sus arcas? ¿Y todo esto en nombre de una religión cómplice de su tiranía, en nombre de un Dios impotente para castigar sus crímenes y su opresión contra los americanos?....

—¡Barbaro, imploré!—contestó la joven, volviéndole las espaldas, y separándose de aquel lugar—refrena tu leu-maldiciente, y no quieras hacermé testigo de tus blas-femias y de tus salvajes imprecaciones.—Y se retiró.

En aquél instante, un milano, cayendo como un rayo sobre el promontorio, encumbróse á los aires, entre sinistros graznidos, y llevando entre sus garras una hermosa tucurpilla.

Pálido, nervioso, y como petrificado habia quedado Quirruba arrimado al promontorio, experimentando sacudidas de furor que aún le robaban el aliento. Más de una vez habia tenido ímpetus de sajar su cólera, traspazando á Naya con su enorme lanza; pero repuesto al punto y reflexionando sobre su imprudencia, se contentaba con revolver en su interior los diferentes medios de que se valdría para castigar el orgullo y la insolencia de la joven que tanto desprecio le habia irrogado; y en general, para vengarse de los blancos, de un modo que no tuviese semejanza en los anales de la Historia.

Porque es indispensable saber, que, á pretexto de las fiestas reales que se preparaban por la coronación de Felipe III, el Corregidor de Macas habia impuesto un pecho de oro á las poblaciones de Logroño, Sevilla del Oro, y otros pueblos, recargando con mayor cantidad á los de allende el Paute, á más del que pagaban para los quintos reales.

La publicación del bando, por el que se dejaba conocer la codicia del Corregidor de Macas, hizo rebosar las

íras de las innumerables tribus del Pante, cuyo jefe general era Quirruba; pues ya no les quedaba duda que el objeto del Corregidor era enriquecerse, abusando de su autoridad y de la ocasión.

Por eso hemos visto á Quirruba en inteligencias con Quiroa y demás capitanes de Yaguarzongo, del Morona, del Palora y del Upano; y por eso también hemos visto que la Chapetona saliera ilesa del encuentro con un jefe tan fogoso, tan feroz y altanero como Quirruba, el cual fraguaba un levantamiento general de todos los jivaros; y nada hubiera adelantado con victimar á una pobre mujer indefensa, por más que ésta le opusiera contrariedades y obstáculos á su voluntad omnimoda....

Con estos pensamientos de furor y de febril excitación se regresó Quirruba á entenderse con Quiroa y demás capitanes yaguarzongos, sobre el asunto de la sublevación que tanto ambicionaba. Dejémoslos nosotros en sus infernales conciliábulos y sigamos á la Chapetona, que penetró en la ciudad, acompañada de dos doncellas, iniciadas ya en el servicio del Asilo.

La relación que hizo á los suyos de las originales preferencias de Quirruba y de sus bravatas, lejos de concitar temores y sospechas, mas bien provocó la hilaridad de cuantos la escuchaban, con excepción de Mr. Blácker, quien, como hombre de maduro juicio, descubría peligros para su alijada en todos estos incidentes, y le recordaban, como una pesadilla, las últimas palabras que Crisnelay pronunció en su delirio, antes de morir....

Hombre cuerdo y prevenido, y con la sagacidad que le suministraba su larga experiencia, Mr. Blácker tomó todas las precauciones convenientes para conjurar cualquier desastre que pudiera sobrevenir sobre la colonia y especialmente sobre Blondina. Hizo triplicar la guarnición de la plaza, so pretexto de las fiestas que se preparaban; hizo igualmente nombrar con el Corregidor una comisión de personas honorables que fuesen á sondear el ánimo de las tribus yaguarzongas que habitaban en los numerosos ríos tributarios del Zamora; y para evitar que la Chapetona continuara visitando La Sirena, la impulsó con ahínco para que emitiera cuanto antes sus votos solemnes y se apresurara á llenar los deberes que ellos imponían. Consiguió además que una matrona de notoria competencia sustituyese á Blondina en sus visitas al Intinahui y en la instrucción catequística de las neófitas.

Por su parte, la Chapetona había casi olvidado el incidente con Quirruba, embebida como se hallaba en los preparativos de su profesión y en las solemnidades de la

Semana Santa, próxima á llegar. Y como tenía la convicción de su inocencia y desde muy temprana edad había hecho la inmolación de todo ser en aras de su espeso celestial, vivía tranquila de su porvenir; y en la actualidad estaba triunfante y gozosa de los resultados alcanzados....

XXIII.

NUESTROS lectores nos perdonarán que no entremos en este capítulo á detallar las diferentes funciones que tuvieron lugar en Zamora en la Semana Santa del año 1599, porque á más de que no tienen interés para el desenlace final de esta historia, apareceríamos asaz prolijos si nos detuviéramos en su enumeración. Basta decir que la Chapetona realizó su profesión solemne con una concurrencia innumerable de todas las clases sociales, entre repiques de campanas, salvas de fusilería, y raudales de armonía de la banda marcial, saboreando desde entonces esos arrebatos místicos, esas fruiciones inexplicables que experimentan las almas que se han inmolado sin reserva en pró de su patria y de sus hermanos; fruiciones de las que el mundo no tiene idea, porque inclinado á la tierra y á los gozgos de la materia, desconoce esa región sublime, en que los espíritus se alimentan y se sacian con la Verdad y la Belleza indeficiente.

El bautismo solemne de los catecúmenos africanos y yaguarzongos se verificó también en ese día; y fué como la guirnalda que engalanaba la profesión de Blondina, y la corona de luz que brillaría para siempre sobre esa memorable fecha.

Más luego, el día Jueves Santo, Blondina tuvo la felicidad de contemplar al Cordero sin mancha, sacrificado en el altar, tomando posesión del pecho de toda la colonia africana, por medio de la comunión eucarística; y del corazón de los neófitos yaguarzongos, también por su primera comunión que tuvo lugar esa mañana.

Fero la ceremonia principal con que debía consumarse en Zamora la redención de los esclavos, era la entrega de los instrumentos públicos de manumisión que se verificaba durante la adoración de la cruz, en la mañana del Viernes Santo, como ya conocen nuestros lectores, ceremonia que Blondina cuidó de rodear de un esplendor extraordinario, ya por la concurrencia de todas las clases sociales, vestidas de gala y con sus respectivos uniformes; ya por la ornamentación y compostura del Asilo y

de la Iglesia parroquial, ya en fin, por los múltiples obsequios, ágasajos y ovaciones que los caballeros y matronas de la ciudad hicieron á los libertos, durante el modesto ágape á que todos asistieron. Verdad es que el triunfo y la alegría de esta solemnidad se hallaba templada por la tristeza que inspiran los oficios fúnebres de Semana Santa, ya que es bien cierto que todas las fiestas cristianas participan de ese carácter de melancólico regocijo: mezcla de los recuerdos de la patria ausente entre las amarguras del destierro!... Blondina, y sus afiliadas al servicio del Establecimiento, sirvieron la comida de rodillas, como para dar público testimonio de que en adelante quedaban convertidas en siervas de los esclavos redimidos!...

Por la noche, la procesión de todos los libertos, al frente del Santo Sepulcro que iba á desfilarse de la iglesia de los dominicanos, debía perpetuarse, como un emblema de la redención de los esclavos africanos, y celebrarse de año en año mientras existiese la colonia.

A las ocho de la noche, en que principiaban los oficios de tinieblas, la población en masa se apiñaba en el ámbito del templo, en la plaza y en los alrededores de la iglesia de Santo Domingo. La colonia africana, con su uniforme de gala, y el estandarte de su libertad al medio, ocupaba el atrio exterior del mismo templo. La guarnición real de la ciudad, con su respectivo cuerpo de músicos, llenaba casi todo el perímetro de la plaza, todos de riguroso luto y con sus armas á la funerala. Multitud de Penitentes, de Almas Santas, y congregaciones de hermanos y hermanas de la Buena Muerte, de la Pasión, de Animas, etc., rodeaban la Iglesia, en la que no podían penetrar por el gran número de señoras y caballeros que la llenaban como *alumbrantes* de la procesión. Todas las casas de Zamora quedaban cerradas en esa noche: todo el mundo se precipitaba á Santo Domingo, unos por devoción, otros por curiosidad, los más por rutina ó pasatiempo y diversion. Durante el sermón, y cuando todo el auditorio estaba extasiado presenciando el descendimiento de la Cruz, Blondina que se hallaba afuera, preparando los blandones y señalando á cada uno el lugar que había de tener en la procesión, escuchó distintamente el ruido de los timbres y campanillas del Asilo, que le presagiaban alguna catástrofe.

En el instante, y sin decir á nadie una palabra, comprendió la carrera para atravesar como un rayo las dos cuadras que la separaban del Asilo!

¡Cuál fué su espanto al verla presa de las llamas y ardiendo como un horno colosal por todos sus costados!!!....

Aturdida por tal espectáculo, quiso penetrar por la portería para salvar à los enfermos que habían quedado en casa, pero desfallecida y sin aliento, cayó exánime sobre el pavimento, à tiempo que sintió la nervuda mano de un salvaje que la sujetaba por los brazos y que la obligó à exhalar un grito desgarrador!...

Jaco, que era el que había hecho rechuar los timbres, había quedado en el Asilo para preparar la cena y cuidar de las enfermas; y, en cuanto vió el incendio se propuso sacarlas à la calle y dar la señal de alarma. Ya sólo le faltaba salvar una criatura que dormía en el lecho muy tranquila, cuando oyó el grito descompasado de Blondina. Al punto suspendió su tentativa y se volvió à la portería para informarse de lo que pasaba. ¡Oh, qué desesperación para Jaco cuando vió que Quirrua, sujetando con sus puños el cuerpo inanimado de la Chapetona, hacía que Chicna lo atase de pies y manos, con cuerdas de vimba al mismo tiempo que arrojaba de su boca salvajes imprecaciones!...

Cual la leona herida por el cazador que ve arrebatarse sus cachorros, Jaco se abalanzó furioso sobre Chicna para disputarle la presa; pero una horrible puñalada que Quirrua le asestó en el vientre lo hizo caer de espaldas y perder las fuerzas. Cuando se retorció, como una culebra, entre charcos de sangre y convulsiones de muerte, vió que los dos salvajes arrojaron el cuerpo de Blondina en lo más recio del incendio y desaparecieron como sombras infernales en precipitada fuga...

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos empleado en referirlo; y mientras tanto cundió la alarma en Santo Domingo y sus alrededores, cuando se alcanzó à ver desde la plaza las terribles llamas que se levantaban à los cielos en espesas y colosales espirales à modo de serpientes embravecidas...

El desorden y la confusión eran indecibles: la población se desbordaba à manera de un caudaloso torrente que ha roto sus diques; y el asombro, los gritos descompasados, los llantos, los alaridos, se mezclaban al chisporroteo y estruendo de los maderos que se desplomaban hechos ascuas sobre los pisos de las habitaciones.

Mr. Blácker que llegó el primero, desalado y sin alientos, porque ya su corazón había presentido alguna desgracia para Blondina, tuvo el acervo dolor de encontrar à Jaco, casi agonizante, y saber por los últimos esfuerzos que éste hacía, y por el sitio que señalaba, que la Chapetona había sido arrojada viva en las llamas y que los salvajes habían huído. Lacerado su corazón con tal noticia nada le importó ya ser víctima también del in-

endio; y con intrépido heroísmo, quemándose las manos y la cara logró sacar el cadáver carbonizado de Blondina, ayudado por muchos otros que llegaban en esa coyuntura.

Jaco espiró en ese momento, y las enfermas aseguraron haber visto centenares de jívaros rodeando el edificio con teas encendidas y lanzas que relumbraban desde lejos.

Entonces el pánico ya no conoció límites: todos temían ser atacados por los jívaros. Las familias se desbandaban por todas partes: unas se retiraban á Loja, creyéndose perseguidas, otros se refugiaban en los bosques y en las cavernas; nadie durmió en su casa. Los que pudieron tomar las armas se agregaron á la guarnición para rondar los alrededores de la ciudad.

Cuando amaneció, el fuego había invadido todo el circuito del Asilo: no quedaba de aquel soberbio monumento más que escombros y cenizas!....

A la luz del día se reconocieron millares de pisadas, restos de paja, de algodón de coiba y de vimba en los alrededores del Asilo y las teas de copal que habían servido para incendiarlo; y los rondadores de la mañana aseguraron que no había quedado un solo jívaro en el Intiñahui y en los ríos más inmediatos; que las cabañas estaban quemadas, y obstruidas y cegadas las bocas de las minas, sin que mostrasen rastros de su existencia.

Con estos datos, se dedujo que los indígenas habían huido muy lejos de Zamora, y algunas familias regresaron á sus casas. Tan luego como se concluyeron los funerales de la Chapetona y de Jaco y fueron sepultados sus cadáveres en la iglesia de Santo Domingo, Mr. Blácker ansioso de abandonar aquel teatro de tantos desastres, se apresuró á entregar por inventario, los restos del tesoro que había sobrado en la cueva, descubierta ya por el incendio. La autoridad nombró un depositario honorable para que redujese á dinero aquel sobrante y fuese distribuído á la colonia africana que habían quedado sin pan, sin techo y sin amparo.

La estatua de la Chapetona y el famoso cuadro al fresco de la Virgen de la Cueva Santa que se habian salvado en la casa del Corregidor, fueron también obsequiados á la misma Colonia, para que los venerase como el único recuerdo de gratitud que quedaba de los beneficios de la Virgen—Mártir, sacrificada en el cumplimiento de su deber.

Los neófitos yaguarzongos recién bautizados, fueron agregados á las familias españolas, lo mismo que muchos

indígenas fieles que no tomaron parte, ni se contó con ellos en la sublevación contra los blancos.

Por ellos se supo en Zamora que cuatro mil jívaros, conducidos por los caciques yaguarzongos, y capitaneados por Quirruba, incendiaron el Asilo, cegaron las minas y quemando sus chozas, se retiraron á lo más espeso de las selvas, cerca del Marañón.

Por último, un indio cristiano que había sido forzado para acompañar á Quirruba en su regreso al Paute, llegó despavorido en Zamora, siete días después de la catástrofe del Viernes Santo, y refirió que las ciudades del Corregimiento de Macas, inclusive Logroño y Sevilla del Oro, habían sido asaltadas en altas horas de la noche por veinte mil jívaros, capitaneados por Quirruba, jefe de los Pautés; que después de pasar á cuchillo á todos sus habitantes en la noche del lunes de Pascua las redujeron á cenizas incendiándolas con teas de copal; y que en Logroño encontraron al Corregidor, que había ido á cobrar el impuesto en oro para las fiestas reales, y al cual dieron muerte, obligándole á beber oro derretido que le hizo reventar las entrañas, entre la algazara y las risas de los bárbaros asaltantes. Que finalmente los jívaros se llevaron consigo á las monjas Concepcas y mujeres jóvenes, después de degollar á todos los hombres, á los niños y mujeres viejas.

Este horripilante relato, apoyado en la sincera integridad del indígena recién llegado, causó tal pavor en los habitantes de Zamora que inmediatamente se pusieron en camino á las poblaciones más distantes y en especial á la de Loja, temerosos de ser atacados de un momento á otro por los veinte mil jívaros, y que renovasen los horrores ejecutados en Logroño.

La ciudad quedó desde ese día, abandonada por completo. La colonia africana, tomando en hombros la estatua de la Virgen Chapetona, fué á establecerse en Loja en una quinta comprada á un señor Ulmedo de la Peña, que regresaba á España.

La quinta tomó el nombre de "La Nueva Santa"; así por haber sido comprada en beneficio de los negros como el resto del tesoro, como por el hermoso cuadro que éstos llevaron consigo y que la piedad de los lojanos instaló en un santuario místico, dentro de la misma Quinta, para rendirle los homenajes de un culto sincero y permanente.

Al Oriente de Loja y á las márgenes del río Zamora se dilata la mencionada Quinta en una extensión de millares de metros cuadrados de territorio. Un bosque de alisos y frondosos capulíes, borda las orillas del río y

sirve de hospedaje á los yunguiches y á los tordos at-
venedizos que en ellos mezclan sus arpegios con el mur-
mullo de las cristalinas corrientes del río. A la espalda
norte del huero se fabricó la ermita para la Virgen de
la Cueva Santa, y á ella se hogaba por una alameda
de corpulentos sauces reales sembrados simétricamente.
La ermita carecía de puerta y sólo se aseguraba con una
rejilla de madera que permitía venerar desde afuera la
imagen, alumbrada como se hallaba por una bujía de
cera que los peregrinos cuidaban no fallase nunca de día
ni de noche. A los lados de la ermita formaron los
negros sus habitaciones, y cultivaban cereales, legum-
bros y hortalizas en los diferentes cuadros de terreno
que les tocó en la distribución de la Quinta.

Llegada la semana santa, aniversario de su libertad,
toda la Colonia se ponía de gran parada; y después
del ágape del Jueves Santo asistía el Viernes por la
noche a la procesión del Santo sepulcro que salía de
Santo Domingo, con el mismo lujo y magnificencia que
en Zamora. En lugar del estandarte que simbolizaba
su redención llevaban sobre sus hombros la estatua de
la Chupetona y terminada la procesión la depositaban
en la Iglesia de S. Francisco.

Así transcurrieron muchos años, hasta que lo rígido
del clima, las inundaciones del río sobre la Quinta y
la escasez de recursos para el sustento de la Colonia
casi totalmente á los valles del Arenal y Catamayo, en
calidad de inquilinos, sirvientes y jornaleros de las há-
ciendas. La quinta de la Cueva Santa fué vendida des-
pués por lotes proporcionales y el producto distribuido
entre las familias africanas del Catamayo.

Desde allí venia todos los años la caravana africana
de hombres y mujeres á la procesión del Viernes San-
to; y hospedados en casa de un Sr. Jaramillo, dueño
de Catamayo, celebraban en ella el ágape de costum-
bre entre danzas y bailes, que atraían á muchos cu-
riosos y especialmente muchachos.

El recuerdo de la Chupetona, á quien los negros lla-
maban justamente su *libertadora*, y su apoteosis, de
cada Viernes Santo, se transmitió durante dos centurias
de padres á hijos sin interrupción, hasta el año de 1858
en que pareció se prohibió la procesión del Viernes San-
to por la autoridad eclesiástica, sin duda por razones
de moralidad y para evitar los abusos introducidos. Hoy
los negros del Catamayo, reducidos á escaso número,
sumidos en la pobreza y entregados al ocio y á los vi-
cios, que con su lógica consecuencia, arrastran una vi-

Ja monstona y miserable; hasta que la sociedad actual arrojé una mirada de compasión sobre esa raza degradada, y la levante de su postración y envilecimiento al estado de progreso en que se encontró en tiempo de la Chapetona.

CONCLUSION.

La ruina inesperada de las florecientes colonias españolas de Macas y Yaguarzongo y de sus populosas capitales, hizo ruido en toda Europa. Los más de sus monarcas se apresuraron á manifestar á la Corte de España, sus sentimientos de condolencia por la pérdida de esas joyas americanas que tan bruscamente habían caído de la corona de Felipe III.

Y cuando el Exmo. Sr. Luis de Velasco, 2.º Virrey del Perú, transmitió la infausta nueva de que la sublevación se había extendido al mismo tiempo hasta Chile, en donde los Araucanos destruyeron muchas ciudades y dieron muerte al Corregidor Sr. Martín García Oñez de Loyola, la consternación fué general, y el luto de las potencias del Antiguo Mundo se dilató por algunas semanas. . . . El desastre no tenía remedio! . . . Era ya imposible restaurar aquellos opulentos emporios del comercio, de la industria y de la civilización, que habían quedado sepultados para siempre bajo un sudario de cenizas, y en donde el genio del mal aún parecía que soplabá su hábito de muerte!!!

Sin embargo la ciudad de Zamora fué trasladada á los 64 años, y restablecida más arriba, entre los ríos Numbisa y Sabanilla, con los residuos de indios fieles que habían quedado catequizados ó incorporados á la comunión católica; pero el temor de las nuevas invasiones de los jívaros de aquende el Marañón, hizo que la ciudad se acabara por completo, 72 años más tarde, y se llevarán sus campanas á Loja, cuyos corregidores se encargaron del gobierno de Yaguarzongo.

Así quedó sepultada, en el olvido la hermosa ciudad de Zamora. Pero no la memoria de la Chapetona, cuyo nombre resonó en Europa y se dilató su fama entre encomiásticas aclamaciones.

Y cuando el Sr. Recalde, Presidente en aquel entonces de la Real Audiencia de Quito, remitió á la Corte de Madrid la narración circunstanciada de la vida, ho-

adón y mártir de la Virgen Chapetona, causó tal sensación en toda España, que los oradores más conspicuos la tomaron por tema de sus brillantes y elocuentes disertaciones; los poetas más afamados inmortalizaron sus glorias, con sentidos y melodiosos versos; y un joven de 19 años que acababa de entrar en la Compañía de Jesús, se inflamó de tal manera en el deseo de imitar á la Chapetona, que pidió á sus Superiores la gracia de ser enviado al nuevo Reino de Granada para consagrar su vida al servicio de los esclavos africanos, cuyo tráfico se había implantado en grande escala en la ciudad de Cartagena, situada á las orillas del Atlántico. Cuarenta años de abnegación, de sacrificios y de asidua constancia en instruir á los negros, bautizarlos, servir y curar á los apestados, procurarles pan, abrigo y consuelos, hicieron de aquel Apóstol de los negros un nuevo Francisco Javier de la Compañía, como le llamaron los Padres del Concilio de Tarragona, en la carta común que escribieron al Papa Benedicto XIII.

Aquel Apóstol jesuita se llamaba Pedro Cláver y en los ocho primeros años de su misión evangélica tuvo por compañero al padre Juan Angel, de la misma Compañía de Jesús, el cual no era otro que Mr. Blácker, el célebre médico y naturalista de Yaguarzongó, tantas veces repetido en esta historia.

Después de la horrible tragedia del Viernes Santo, Mr. Blácker, abrumado con sus recuerdos se encaminó al puerto de Guayaquil, asociado del joven Alfredo que se regresaba á su patria, harto de experiencia y de amarguras.

Alfredo se hallaba en cama cuando el incendio del Asilo, para cuya construcción había cooperado con tanto ahínco; pero la alarma de la población por la muerte de Jaco y de la Chapetona lo esforzaron para levantarse y asistir a los funerales, en los que, dicho sea de paso, arrastró también el duelo, cual si fuera miembro de familia.

El temor de la invasión de los bárbaros obligó á los dos amigos á ponerse en camino para España. Ambos llevaban las mismas heridas en el corazón, ambos necesitaban apartar sus ojos de aquel teatro de horrores y desolación, y buscar en la travesía de las montañas, de los valles y de los mares, algún lenitivo á sus pesares.

Llegados á la Península, Alfredo, se dedicó con tenaz empeño á vaciar su alma en un poema que compuso, titulado: "La Virgen mártir de Yaguarzongó." Allí estaban encuadrados todos sus ideales de poeta; sus im-

presiones de viaje, sus decepciones y sus desengaños. Los poderosos recursos de su imaginación creadora, y su talento de artista, que campeaban en la obra, le granjearon en toda Europa una aureola de luz para su frente.

Pero Mr. Blacker, que había pensado no fijarse en España, sino continuar á Francia y pasar de allí á Inglaterra, con la lectura del poema de su amigo Alfredo, se sintió súbitamente transformado y renunciando en favor de los hospitales de su país natal, sus cuantiosos bienes, tomó el hábito de jesuita y se dirigió á Cartagena en pos de Pedro Cláver; para tomar parte en el glorioso apostolado que este varón insigne había emprendido en beneficio de los esclavos africanos.

Así, pues, la magna obra de beneficencia, llevada á cabo por la Chapetona, se continuaba sin interrupción en otros lugares del Nuevo Mundo, y su espíritu se encarnaba en otros corazones generosos, que vivirían de su misma vida y seguirían sus huellas, á manera del ave fénix que surge de las cenizas con nueva juventud para cernerse con rauda vuelo por los espacios infinitos.

¡Plugiera al cielo que el martirio de esta Virgen americana haga brotar en la presente generación, alguna heroína que, inspirada por los asombrosos hechos de la Chapetona y enardecida con los ejemplos de su caridad prácticamente cristiana, siembre beneficios entre las clases miserables y derrame torrentes de luz en medio de las tinieblas morales de nuestro siglo!



